

JANIS SANDGROUSE
DYLAN MARTINS



Desaparecida

LA HISTORIA DE

HUGO

Desaparecida
LA HISTORIA DE
HUGO

Desaparecida
LA HISTORIA DE
Hugo

Primera edición.

Desaparecida

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©Septiembre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Desaparecida

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©Septiembre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Nota de los autores:](#)

[Capítulo 1: Hugo](#)

[Capítulo 2: Alicia](#)

[Capítulo 3: Hugo](#)

[Capítulo 4: Alicia](#)

[Capítulo 5: Hugo](#)

[Capítulo 6: Alicia](#)

[Capítulo 7: Hugo](#)

[Capítulo 8: Alicia](#)

[Capítulo 9: Hugo](#)

[Capítulo 10: Laia](#)

[Capítulo 11: Alicia](#)

[Capítulo 12: Laia](#)

[Capítulo 13: Hugo](#)

[Capítulo 14: Alicia](#)

[Capítulo 15: Alicia](#)

[Capítulo 16: Hugo](#)

[Capítulo 17: Alicia](#)

[Capítulo 18: Hugo](#)

[Capítulo 19: Alicia](#)

[Capítulo 20: Hugo](#)

[Capítulo 21: Alicia](#)

[Capítulo 22: Hugo](#)

[Capítulo 23: Alicia](#)

[Capítulo 24: Alicia](#)

[Capítulo 25: Hugo](#)

[Capítulo 26: Alicia](#)

[Capítulo 27: Alicia](#)

[Capítulo 28: Alicia](#)

[Capítulo 29: Hugo](#)

[Capítulo 30: Hugo](#)

[Capítulo 31: Alicia](#)

[Capítulo 32: Alicia](#)

[Capítulo 33: Alicia](#)

[Capítulo 34: Alicia](#)

[Capítulo 35: Alicia](#)

[Capítulo 36: Alicia](#)

[Capítulo 37: Alicia](#)

[Capítulo 38: Alicia](#)

[Capítulo 39: Alicia](#)

[Epílogo: Hugo](#)

Esta historia no habría sido posible, sin Ariadna Baker.

Cuando leímos la nueva novela que tenía entre manos, los dos pensamos lo mismo "Tenemos que contar la historia de Hugo".

Y aquí está, en vuestras manos, para que sigáis disfrutando de todos los personajes que aparecen en la trilogía de nuestra querida Ari.

Gracias, hermosura, por permitirnos coger prestados a tus protagonistas y que vivan la historia de Hugo de primera mano.

Por dejarnos a ese secundario tan importante de tu novela, y que pudiéramos convertirle en protagonista.

Gracias, por estar al otro lado de nuestras pantallas, por apoyarnos y arroparnos como lo haces, y por aguantar nuestras locuras, que no son pocas.

Te queremos, señorita Baker.

Dylan Martins y Janis Sandgrous

Esta historia no habría sido posible, sin Ariadna Baker.

Cuando leímos la nueva novela que tenía entre manos, los dos pensamos lo mismo "Tenemos que contar la historia de Hugo".

Y aquí está, en vuestras manos, para que sigáis disfrutando de todos los personajes que aparecen en la trilogía de nuestra querida Ari.

Gracias, hermosura, por permitirnos coger prestados a tus protagonistas y que vivan la historia de Hugo de primera mano.

Por dejarnos a ese secundario tan importante de tu novela, y que pudiéramos convertirle en protagonista.

Gracias, por estar al otro lado de nuestras pantallas, por apoyarnos y arroparnos como lo haces, y por aguantar nuestras locuras, que no son pocas.

Te queremos, señorita Baker.

Dylan Martins y Janis Sandgrouse

Nota de los autores:

Para que disfrutéis de esta historia, y sepáis de donde viene cada personaje, así como sus pasados, es necesario que antes leáis la "Trilogía Cautiva" de la pluma de Ariadna Baker.

Aunque esta es una novela independiente a ellas, si no queréis tener algunos spoilers, no os perdáis su trilogía.

Nota de los autores:

Para que disfrutéis de esta historia, y sepáis de donde viene cada personaje, así como sus pasados, es necesario que antes leáis la "Trilogía Cautiva" de la pluma de Ariadna Baker.

Aunque esta es una novela independiente a ellas, si no queréis tener algunos spoilers, no os perdáis su trilogía.

Capítulo 1: Hugo



—Hola, Hugo.

—Hola, Andrew, te necesito —murmuré agobiado echándome el pelo hacia atrás.

—¿Qué pasó?

—La pequeña Laia ha desaparecido...

Seis meses habían pasado desde la boda de Andrew con Laia, de ahí a que Alicia le pusiera el nombre a su hija, ya nuestra hija, porque la amaba como si fuera mía.

A Alicia la conocí gracias a Andrew, cuando intervenimos en liberar en Marruecos a Laia, en aquel entonces una española que se casó con un marroquí que la sometió a una cautividad por dos años, de ahí que la escritora Ariadna Baker, contara su historia y por ende el principio de la mía en una trilogía llamada Laia, además de Cautiva.

Hoy en día Andrew y Laia, vivían felices en las Highlands de donde era él, además había pedido una excedencia para disfrutar de ella y los hijos que ya tenían, tres, Dylan, Hugo y Janis. La niña fruto del amor entre ellos y los niños frutos del corazón tan grande que poseían, ya que eran adoptados.

A Andrew lo conocí en varias cooperaciones conjuntas, ya que él era inspector en Escocia y yo en España, así que nos vimos siguiendo a las mismas bandas de narcotraficantes que intervenían, tanto en su país como en el mío, pero lo que realmente nos unió fue su historia con Laia, hoy su mujer y amiga de mi pareja Alicia.

A Alicia la conocí y poco después la dejó el marido, renunciando a la pequeña Laia por irse con una mujer a algún lugar de Europa, donde se quedó con ella. poco después supimos que esta lo dejó y él no regresó a España, pero, consciente de todo lo que dejó aquí, comenzó a amenazar a Alicia hasta que yo me puse serio.

Fue en las Navidades antes de la boda de Andrew, cuando Alicia y yo nos comenzamos a dejar llevar por eso que nos dimos cuenta que sentíamos el uno por el otro, hace un año, pero no lo confirmamos hasta el enlace de estos,

ahí donde sellamos nuestro amor con un beso.

La verdad es que esa boda fue la confirmación de un amor que se había ido engrandeciendo en medio de un cautiverio y problemas que se sucedieron por un largo tiempo y en el que nos vimos en una espiral de acontecimientos. Al final ese caso se convirtió en mucho más que algo laboral, Andrew se enamoró de ella y yo lo amé como a una hermana, esa que sé que tiene los mismos sentimientos hacia mí.

Y a pocos días de hacer un año con Alicia y esa preciosa niña a la que amo como si fuera mía, desaparece...

Ni veinticuatro horas de la llamada y ya tenía a Andrew y su familia en Huelva, en el piso que estos tenían allí de Laia y de donde era Alicia, la mujer de mi vida.

Además, yo estaba con ella y la niña afincado en mi tierra, Cádiz, en donde ejercía mi profesión de policía en cubierto y donde escribía mis novelas, ya que publicaba en una plataforma enorme y que, para sorpresa mía, tenía muchas lectoras.

Pero un día antes de esa llamada a Andrew, nuestra pequeña Laia desapareció, sí, por arte de magia. Estaba en el salón jugando con sus muñecas en una manta en el suelo y Alicia preparando la comida, solo se despistó unos minutos para ir a mover la pasta y cuando regresó al salón, ni rastro de la pequeña, eso sí, la puerta de la terraza estaba abierta, alguien había entrado...

En mi trabajo cambié todo el rumbo y dije que ahora la prioridad era encontrar a mi niña sana y a salva, no podía soportar el dolor de saber que le podría estar pasando y no podía mirar a la cara a Alicia, que estaba desgarrada de dolor, sin dejar de llorar y gritando de impotencia.

Laia y Andrew iban a dejar en Huelva a sus hijos con los padres de ella, así que lo hicieron todo rápido y se vinieron a Cádiz, ella para arropar a su mejor amiga y él, para ayudarme a encontrar a la pequeña Laia...

Andrew se acercó a mí mientras Laia, corría a los brazos de Alicia.

—La vamos a encontrar, lo vamos a hacer —dijo dándome un abrazo.

—Te necesito, aunque sé que ahora no tienes competencia, te quiero a mi lado, tu cabeza es una de las mejores para desenredar los casos.

—Aquí me tienes, no me hace falta tenerla, solo la lealtad que siento por ti, Hugo ¿Crees al igual que yo quién es?

—Sí, Pedro, el padre biológico de la niña, seguro que se la llevó a algún lugar de Europa.

—Le tuvo mucha inquina a Alicia cuando le salió mal la otra relación y se dio cuenta de que lo había perdido todo, actuó con mal sentimiento contra ella pagando toda su ira, así que hay que abrir la línea por esa parte, sin dejar otras abiertas, nunca se sabe.

1 —En eso estamos, hemos pedido las cámaras de seguridad de todo el perímetro de nuestra casa, para ver los coches que se movieron en esas horas antes de su desaparición y a los minutos después, queremos ver todas las coincidencias.

—Eso está perfecto.

Alicia estaba derrumbada, daba pena mirarla y eso me estaba poniendo mucho peor.

Nos metimos en mi despacho, ahí podíamos hablar tranquilos, lo bueno es que Laia estaba con ella, eran como hermanas y cuando pasó lo de ella en Marruecos, Alicia hizo todo lo habido y por haber por recuperarla, así que ahora contaba con ella, esa mujer que estaría dispuesta a estar ahí para todo...

—Amo a esa niña más que a su madre y eso que Alicia es el amor más grande que sentí por una mujer, pero esa niña... —Se me saltaron las lágrimas.

—Lo sé, había mucha química entre ustedes...

—Solo tiene cuatro años y me miraba como si fuera Dios, se le iluminaba la cara con solo sacarle la lengua o hacerle una gracia.

—Hugo, la vamos a encontrar —me apretó el hombro.

—¿Sabes?

—Dime.

—Las cosas no estaban marchando bien el último mes con Alicia.

—¿Y eso? —preguntó cambiando el gesto de su cara.

—Se que me ama como yo a ella, pero algo pasaba que nunca conseguí averiguar, sé que algo había, no te digo que estuviera con otro hombre ni mucho menos, eso jamás se me pasó por la cabeza, pero había algo, le pregunté muchas veces y siempre me decía que no le pasaba nada o que estaba cansada. Quiero recuperar a nuestra hija y a ella, necesito a las dos en mi vida, no podría vivir sin ellas, me volvería loco.

—¿Ella dijo en algún momento que la desaparición iba por parte de Pedro?

—No, es más dice que no, que él no vendría a por ella.

—Esto me está oliendo raro.

—¿Por qué dices eso?

—Sabes que tenemos un sexto sentido, pero siempre me dijiste que yo tengo un séptimo, ese que no lo tiene cualquier policía.

—¿Y qué piensas?

—Aquí está pasando algo más, déjame avanzar un poco más y te digo, pero creo que aquí hay algo que se nos está escapando de las manos.

—Vamos a hacer lo que quieras, tiramos por donde digas, tengo toda la fe puesta en ti, pero tenemos que traer de vuelta a Laia, de lo contrario...

—La traeremos.

—¿Ella dijo en algún momento que la desaparición iba por parte de Pedro?

—No, es más dice que no, que él no vendría a por ella.

—Esto me está oliendo raro.

—¿Por qué dices eso?

—Sabes que tenemos un sexto sentido, pero siempre me dijiste que yo tengo un séptimo, ese que no lo tiene cualquier policía.

—¿Y qué piensas?

—Aquí está pasando algo más, déjame avanzar un poco más y te digo, pero creo que aquí hay algo que se nos está escapando de las manos.

—Vamos a hacer lo que quieras, tiramos por donde digas, tengo toda la fe puesta en ti, pero tenemos que traer de vuelta a Laia, de lo contrario...

—La traeremos.

Capítulo 2: Alicia



Me la había quitado, Pedro me la había quitado...

No podía ni nombrarlo, llevaba un mes recibiendo amenazas que no le pude contar a Hugo, si lo hacía, la iba a matar, me lo había advertido mil veces desde unas semanas atrás y es que cuando mi pareja se metió por medio y le contestó a los mensajes, lo enfureció mucho más y desde ahí me lo tuve que tragar todo sola.

Sabía que ropa llevaba mi hija, si habíamos ido a una farmacia, al colegio, a comprar pan, lo sabía todo y me lo advirtió, iba a matarla si le contaba algo a él. Solo quería una cosa... recuperarnos a las dos.

Estaba en Irlanda, pero esa información solo la sabía yo, así que, si era el artífice y lo era de la desaparición de Laia, ya se la había llevado allí y yo, yo tenía que ir a por ella, no podía ponerla en riesgo, no podía contárselo a Hugo.

Lo tenía todo preparado, solo tenía que buscar la excusa perfecta, ya tenía en el maletero de mi coche una bolsa con ropas, solo tenía que salir sola de aquella casa e irme al aeropuerto de Jerez, coger un vuelo y luego hacer una escala para Irlanda, no podía ir directa, sabía que, si lo hacía, Hugo daría con mi rastro.

—Laia ¿Confías en mí? —Le dije a mi amiga, cogiéndole las manos.

—A estás alturas de mi vida y me preguntas eso —dijo ella, negando.

—Sé donde está mi hija, pero si está la policía por medio, la va a matar, él lo tiene todo perdido y la niña le importa una mierda. Por favor no puedes hablar de esto con ellos.

—No Alicia, no me pidas eso —se le saltaron las lágrimas—. Sabes que ellos me liberaron, y eran más peligrosos, era una banda. Por Dios Alicia, tenemos que contárselo.

—Si le cuentas algo, o si le llega a suceder cualquier cosa a mi hija por haberle dicho algo, te juro que no te lo perdonaré jamás —le dije, apretando los dientes—. Sácame de aquí, vamos a inventar una excusa, pero sácame de aquí sin que sospechen nada, si no lo haces, vas a salir de esta casa y de mi vida por poner a mi hija en riesgo

—la miré en tono amenazante, me dolía, pero tenía que conseguir que me ayudara a salir —Demuéstrame que quieres a mí hija y confía en mí.

—Lo haré, a pesar de saber que me estoy equivocando, pero lo haré.

Ella se fue al despacho a buscar a los chicos y les dijo que me iba a llevar a dar una vuelta en el coche para que me diera el aire y quería hablar conmigo fuera de esas cuatro paredes, que luego volveríamos.

Y así fue, salimos de allí, ni pasé a despedirme de Hugo, no quería que me viera, no quería que notara algo en mi rostro.

Nos dirigimos al aeropuerto de Jerez, a cuarenta minutos, con la suerte que abordé un vuelo que compré de última hora y al que me subí, después de dejar a Laia llorando y temblando.

Ella se pensaba que mi destino estaba en Londres y eso era lo que quería, despistarlos a todos. Si algo tenía claro es que no iba a poner en riesgo la vida de la persona que más amaba en este mundo junto a Hugo, a mi pequeña Laia, el motor de mi vida.

El vuelo lo pasé entre nervios, llorando, apagué el móvil para siempre, había comprado una tarjeta de prepago en el aeropuerto y yo tenía el número nuevo de Pedro, ese que no tenía Hugo, así que me pondría en contacto nada más llegar.

Y eso hice, aterricé en Londres y llamé a Pedro.

—Ya estoy en Londres, en dos horas vuelo a Irlanda.

—Te espero en el aeropuerto.

—Vale.

—No le hagas nada a Laia, por favor, no le hagas nada, estoy dispuesta a quedarme contigo.

—Bien, así me gusta, recuperar lo que me pertenece —murmuró y colgó.

En ese momento sentí que el mundo se me terminaba de caer encima y por completo. Jamás imaginé que Pedro fuera capaz de tener tanta maldad y sangre fría para abandonarnos renunciando a su hija, luego secuestrarla y ahora querer formar junto a nosotros esa familia que él destruyó, lo peor de todo, sin importarle nada, a costa de todo y todos.

Durante el siguiente vuelo lo pasé llorando, hasta tal punto que una de las azafatas vino dos veces a preguntarme si estaba bien o necesitaba algo.

Tenía una ansiedad que me estaba matando, no había comido nada desde que la niña desapareció y lo peor de todo, no me había dado tiempo a darle la sorpresa a Hugo, estaba embarazada de él y eso, eso iba a sumir en un caos todo. Pedro iba a enloquecer cuando se enterara.

Así estaba yo, en una situación más que alarmante y desesperante, así estaba yo, queriendo salvar a mi hija y poniendo en peligro al que venía en camino, así estaba yo, en un callejón sin salida del que no tenía ni idea de lo que hacer, pero con algo claro, tenía que recuperar a mi hija sana y salva.

a Aterricé en Dublín y allí estaba Pedro, con esa sonrisa y una cara de loco de lo más demacrado.

—¿Dónde esta mi hija? —pregunté, derramando lágrimas que no podía evitar.

—Ahora la verás, está bien —me abrió la puerta de una camioneta para que me montara y echó mi bolsa atrás como si fuera una bolsa de basura que arrojan a un vertedero.

—Pedro, dime que no le has hecho nada.

—No, claro que no cariño —murmuró sonriendo y mirándome con esa cara de loco, parecía que había bebido, es olor era inconfundible.

Dos horas de camino, por valles, por carreteras alejadas de todo, por ahí fuimos hasta que llegamos a una casa en medio de la nada, aquello más que una casa parecía un establo.

Entramos y abrió la puerta de una habitación que parecía un pasillo.

—Entra, ahí está.

Fue entrar y cerró, pude escuchar como la cerraba con llave, entré a mirar y ahí no había nada, comencé a gritar como loca, encima me había quitado mi móvil nada más subir a la camioneta.

—¡No grites, bienvenida a tu nuevo hogar!

No había ventana, no había nada, solo una luz y una cama a un lado, no había nada, absolutamente nada, aquello fue el momento más desgarrador de mi vida ¿Dónde estaba mi niña?

e

Capítulo 3: Hugo



Salí con Andrew al jardín al ver el coche entrar, quería abrazar a Alicia, sabía que estaba sobrepasada, desgarrada y muy mal.

Miré a Laia al verla salir del coche, ni rastro de Alicia. Andrew no tardó en preguntarle.

—¿Dónde esta Alicia?

—No lo sé, llevo una hora buscándola, no lo sé —lloraba constantemente.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Dónde estabais? —le pregunté nervioso y echándome el pelo hacia atrás.

—Me dijo que parase en la puerta de atrás del centro comercial Plaza, porque iba a entrar a comprar una cosa. Esperé y esperé, pero nunca salió. Tiene el móvil apagado. Entré y la busqué por todas partes.

—Vale, quédate aquí —murmuró Andrew y me hizo un gesto para que nos fuéramos.

—No puede estar pasando —le di un golpe al salpicadero.

—Relájate ¿Tienes mano allí?

—Sí.

—Vamos a ver todas las cámaras de seguridad.

—Lo estaba pensando.

Y eso hicimos, nos fuimos al centro comercial y no dudaron en enseñarnos todas las cámaras de la puerta de atrás, pero ni rastro de su entrada en todo el tiempo, ni rastro.

Nos pusimos a ver las de los pasillos y en ninguna aparecía tampoco, pero vamos, viendo que por la entrada que decía no había pasado, algo me sonaba mal.

Regresamos junto a Laia, que estaba llorando en el sofá.

—Vida, dijiste que entró ¿Tú la viste hacerlo?

—Sí —murmuró en voz baja y sin mirarnos a la cara, algo me decía que no estaba diciendo la verdad, pero siendo quien era no podía ponerme de una manera más alterada.

¹ —No hay ni rastro de su entrada, cariño ¿Puedes explicármelo?

—No lo sé, yo la vi entrar.

—Laia, esto es más grave de lo que piensas, ya no estamos buscando solo a la niña, también estamos buscando a Alicia —le dije en un tono no muy bajo—. Si sabes algo...

—¿Sabes algo? —le preguntó Andrew, ya en un tono no tan amigable.

—No se nada.

—Laia, te conozco, si estás encubriéndola en algo, que sepas que no le estás haciendo ningún favor, todo lo contrario, la estás dejando al pie de los caballos.

—¡Laia! —levanté la voz desesperado.

—Se fue a Londres —rompió a llorar.

—¿¿¿A Londres??? —preguntamos los dos al unísono y con casi un grito.

Y ahí fue cuando se desmoronó y nos lo contó todo, en ese momento no le di una hostia por ser quién era y por lo que la quería.

—Laia, lo que has hecho no me lo esperaba de ti, creí que confiabas más en mí, pensé que...

—¡Iba a matar a la niña! —gritó llorando.

—¿Y quién te dice que ahora no lo hará con las dos?! —preguntó Andrew muy enfadado y negando, mirándola desafiante —Me lo deberías de haber dicho a mí al menos ¡Joder!

—No me hables así —murmuró entre lágrimas.

—¿Te aplaudo? ¿Te felicito?

—Me voy para Huelva con mis hijos, os dejo aquí a ustedes, creo que no me necesitáis.

⁰ —Mejor, vete y si tienes noticias de ellas mejor que nos lo digas, Laia, mejor —Andrew estaba muy enfadado.

Llamé para pedir un extracto de vuelos con su nombre a través de la comisaría. No me lo podía creer, se había ido para reunirse con Pedro, pero si era listo, lo de Londres sería solo una vía intermedia para irse a otro país ¿Qué estás haciendo, Alicia? Me pregunté una y mil veces ¿Por qué no había confiado en mí? ¿Por qué no me había dicho nada?

Laia salió con su maleta y se despidió de nosotros con un gesto, ni siquiera le dio un beso a Andrew, este estaba muy enfadado con ella, y no hizo el intento de acercarse.

Se marchó para Huelva y nosotros nos fuimos a mi departamento de comisaria, donde tenía a todos los chicos en esa línea de investigación, conocían de oídas a Andrew y otros personalmente, así que lo recibieron con mucho respeto por la trayectoria que sabían que tenía y porque yo estaba al mando.

Ya estábamos en contacto con la policía londinense donde también teníamos contactos, así que iban a colaborar con nosotros en esa línea de investigación para llegar cuanto antes a ellas.

Laia mandó un mensaje diciendo que ya había llegado a Huelva, se lo mandó a Andrew de forma seca, en el fondo sabía que debía tener un peso de conciencia bastante grande, de esos que no la iban a dejar vivir como les pasara algo a las dos.

¿Cómo podría vivir sin ellas si no las volvía a ver? ¿Cómo arreglar un corazón que estaba roto en mil pedazos? ¿Cómo sobrevivir a este dolor que me estaba consumiendo por dentro?

¹ Le di una patada a un mueble y Andrew vino a intentar tranquilizarme.

—Siento lo que hizo Laia, lo siento, pero la vamos a encontrar.

—Ya no es una, son dos —rompí a llorar abrazado a él.

—Las traeremos de vuelta.

En ese momento uno de los chicos nos miró.

—Está en Dublín, hizo escala en Londres y abordó otro vuelo.

—Nos vamos para allá —me dijo Andrew, sabiendo que aquí los chicos estarían haciendo su trabajo.

—Vale.

—Pedid protección y cooperación en ese país, quiero que nos esté esperando un equipo cuando lleguemos.

o

—Así será —respondió uno de ellos.

Nos fuimos para la casa y conseguimos un vuelo para esa misma noche, vía Málaga y directos a Irlanda.

Metimos ropa en una bolsa y nos fuimos en coche para el aeropuerto, casi perdemos el vuelo, pero al enseñar la placa y explicar que íbamos a una operación, nos dejaron subir al avión.

En ese momento uno de los chicos nos miró.

—Está en Dublín, hizo escala en Londres y abordó otro vuelo.

—Nos vamos para allá —me dijo Andrew, sabiendo que aquí los chicos estarían haciendo su trabajo.

—Vale.

—Pedid protección y cooperación en ese país, quiero que nos esté esperando un equipo cuando llegemos.

—Así será —respondió uno de ellos.

Nos fuimos para la casa y conseguimos un vuelo para esa misma noche, vía Málaga y directos a Irlanda.

Metimos ropa en una bolsa y nos fuimos en coche para el aeropuerto, casi perdemos el vuelo, pero al enseñar la placa y explicar que íbamos a una operación, nos dejaron subir al avión.

Capítulo 4: Alicia



Muchas horas después me gritó que me fuera al fondo, que tenía una pistola y si me acercaba mataba a la niña.

Hice caso y abrió, dejó una bandeja con un bocadillo y una botella de agua dentro y volvió a cerrar.

—Pedro quiero hablar contigo —dije llorando, poniéndome detrás de la puerta.

—Eres una zorra —lo escuché desde detrás de ella.

—Podemos empezar de cero, aquí o donde quieras, puedo llamar a Hugo y decirle que no nos busque que estoy aquí porque quiero estar contigo.

—No me quieres, quieres a ese asqueroso poli, ese desgraciado que se hizo con mi hija haciendo creer que era suya. No te creo, Alicia, no te creo.

—Sabes que te quise mucho, que te amé, que tuvimos a esa hija convencida de que estaríamos juntos ¿Quién nos prohíbe volverlo a intentar?

—Hablas en pasado, sabes que no sientes nada por mí.

—Pedro, por favor, vamos a hablar cara a cara, no me voy a escapar, sabes que no lo haré.

—Si lo haces mato a tu hija —se abrió la puerta.

Salí temblorosa y me puse en ese salón viejo y que olía a humedad.

—Pedro ¿Dónde está la niña?

—Me la están cuidando hasta que esté seguro de que no harás ninguna tontería.

—Pero la podemos cuidar nosotros, no haré nada, tienes mis documentos, mi teléfono y aquí no hay vía de escape. Además, quiero ser feliz junto a ella y si tiene que ser a tu lado, no dudaré en hacerlo —me brotaban las lágrimas.

—Demuéstrame que no te vas a escapar y entonces la traeré, te dejaré la puerta de la habitación abierta y créeme, una sola tontería y moriréis tú y ella, no tendrás lugar en el mundo para esconderte.

—Tráemela, por favor.

—Primero, gánate mi confianza. Ahora come ese bocadillo.

—No tengo hambre.

—¿Querrás estar sin fuerzas para cuando te la traiga? Está bien, no comas —se rio y dio un trago a una botella de ron, a palo seco, daba asco ver en lo que se había convertido —. Los mismos que la han secuestrado, son los que están con ella, así que tienen todo el tiempo del mundo para cuidarla, de ti dependerá todo.

—Pedro, por favor —le supliqué juntando mis manos y sin dejar de llorar.

—Me tengo que ir a hacer algo, si intentas lo más mínimo, te puedo jurar que mañana estás enterrando a Laia.

—No haré nada, pero vuelve con ella, por favor.

—No podrás salir, pero el más mínimo intento y la entierras.

Se marchó y escuché como desde fuera echaba la llave y ponía una especie de hierro.

Todas las ventanas estaban con barrotes de hierro imposibles de derribar, pero ¿Dónde iba a ir yo?

Estaba desesperada, sin fuerzas, embarazada, ese secreto que yo sola sabía y que tanto terror me daba pasarlo en esta situación.

Cogí el bocadillo pensando en ese bebé que comenzaba a crecer dentro de mí y también en Laia, mi hija, quería tener las suficientes fuerzas para reencontrarme con ella.

Ese pan estaba duro como los picos, con asco y desgarró me lo comí, en esos momentos me acordé de Laia en manos de Kazim, cuando estuvo cautiva en Marruecos y todas esas vejaciones que tuvo que pasar.

Lloraba, no sabía donde estaba mi pequeña, me partía el alma saber que la podrían estar descuidando o haciendo

algo, eso me mataba por dentro, estaba en una situación de desesperación, vulnerable y con una presión en el pecho que iba en aumento.

En ese momento me vinieron muchas preguntas ¿La habría cagado no diciéndoselo a Hugo? ¿Habría puesto más en riesgo la vida de Laia y la del bebé que venía en camino? ¿Sería capaz de conseguir volver a ver a mi hija?

Rabia, dolor, desesperación, todo se me vino encima de golpe, todo, pero ya no tenía forma de dar marcha atrás, todo lo contrario, ahora tendría hacer todo lo que dijera Pedro, volverme esclava de su vida si hacía falta, pero conseguir abrazar a mi Laia, aunque claro, también había algo en contra ¿Qué pasaría cuando descubriera que estaba embarazada de otro hombre?

Ni una hora había pasado cuando apareció, lo escuché llegar por el ruido de la furgoneta.

Entró riendo y cantando por los Beatles, lo miré con terror, esa frialdad, esa mirada, ese odio con el que me miraba como si fuera un despojo humano, todo eso que no habitaba en él cuando lo conocí ¿En qué clase de monstruo se había convertido?

—Está en las noticias de todo el país. Están buscando a tu hija de forma internacional, debe estar desesperado ese poli.

—Dime solo que está bien, el resto me da igual —le supliqué.

—¿Quién follaba mejor?

—Pedro, por favor... —le pedí que no fuera por ahí mientras no dejaba de sollozar, estaba que me iba a dar algo, notaba que iba a desfallecer, estaba sin fuerzas.

—Eres una mierda, ¿lo sabías? Ni siquiera supiste proteger a nuestra hija.

—La cuidé con todo mi corazón, lo mejor que supe.

—No estabas preparada para ser madre, eres un despojo.

—Pedro, dime que está bien.

—Rectifica tus pecados y entonces podrás verla. Deja de amar a ese hombre, él nos separó —dijo injustamente cuando fue él, quién me dejó por otra y fue después cuando comencé con Hugo.

—Haré todo lo que me pidas, te lo juro.

—Vuelve a mirarme como antes lo hacía, ahora tu mirada está llena de odio, lo único que quieres es recuperar a la niña, no te importo una mierda.

—Pedro...

—Vete a dormir, mañana será otro día.

—Dime por favor que la niña está bien.

—Mejor que contigo, verás como a estos no se la roban —me empujó hacia la habitación y me encerró en ella.

En ese momento me di cuenta de que no me lo iba a poner fácil, ni haciendo lo que él quería. Ahora tenía claro que la había cagado, ahora sabía que nunca debí de haberle ocultado nada a Hugo, a ese hombre que tanto amaba y que tanto hizo por nosotras.

¿Cómo podía ser que la desesperación me hubiera llevado a tomar tan mala decisión?

—Vuelve a mirarme como antes lo hacía, ahora tu mirada está llena de odio, lo único que quieres es recuperar a la niña, no te importo una mierda.

—Pedro...

—Vete a dormir, mañana será otro día.

—Dime por favor que la niña está bien.

—Mejor que contigo, verás como a estos no se la roban —me empujó hacia la habitación y me encerró en ella.

En ese momento me di cuenta de que no me lo iba a poner fácil, ni haciendo lo que él quería. Ahora tenía claro que la había cagado, ahora sabía que nunca debí de haberle ocultado nada a Hugo, a ese hombre que tanto amaba y que tanto hizo por nosotras.

¿Cómo podía ser que la desesperación me hubiera llevado a tomar tan mala decisión?

Capítulo 5: Hugo



Aterrizamos en Irlanda, unos compañeros cooperantes nos esperaban, sabía que no me iban a fallar, además eran dos que conocíamos y que al enterarse quisieron ser ellos los que se encargaran de recogerlos.

Andrew tenía un enfado notable con Laia por haberla ayudado a salir del país, yo también, pero ahora no podíamos centrarnos en eso, ahora era mi chica y la niña, eso era lo más importante.

—Tenemos imágenes de ella saliendo del aeropuerto y la matrícula de la camioneta a la que se subió, su cara también —me dio unos folios con las imágenes y sí, era Pedro recogiendo a ella, que también aparecía en otras montándose en la furgoneta y con una cara de terror que me partía el alma.

—Están siguiendo todas las cámaras por donde pudo pasar, en un rato sabremos algo, ahora vamos para la nave donde tenemos montadas las oficinas.

—Vale —murmuré confiado en que sí, estaban ahí para ayudarnos y ya se habían puesto manos a la obra en ello, eso me hizo sentir algo mejor dentro de esa agonía que tenía. Ahora entendía como lo pasó Andrew y todo lo que sacrificó en muchos momentos por ayudarla.

Vi como Andrew durante el camino descolgó una llamada de Laia, él murmuraba flojo y muy distante, eso de que ella le hubiera fallado en algo así sabía que le había dolido mucho, no tanto como a mí, que estaba que me mordía la lengua y sangraba por no haberle dicho lo injusta que había sido conmigo y con su amiga, porque no le había hecho ningún bien, todo lo contrario, no pensó que ahora podría haber puesto todo mucho más en riesgo.

Llegamos a la nave y nos presentaron a los chicos de allí, todos estaban volcados en las imágenes y casi tenían parte de su recorrido.

Andrew no dejaba de dar ordenes que todos acataban avisados por el jefe de ellos de que así fuera, además Andrew estaba muy bien mirado en muchos departamentos de Europa.

Lo que hubiera dado por no haber dejado salir a Alicia de la casa con Laia, así la hubiera atado a la pata de una cama hasta resolver el caso, pero esto me partía en mil pedazos, ella sola ante el peligro de ese hombre que había

perdido la cabeza y los papeles.

Era de madrugada y ahí nadie era capaz de pegar ojo, Andrew estaba a tope revisando todo lo que entraba, rompiéndose la cabeza, y yo no era capaz de nada. Por primera vez me sentía inmóvil, por primera vez sentía que no era capaz de reaccionar, estaba en shock y es que cada vez era más consciente de la gravedad del asunto.

—Duerme un rato —me dijo Andrew, apretando mi hombro.

—No puedo, no quiero, quiero saber todo lo que pasa, pero estoy bloqueado Andrew, no soy capaz de ayudar.

—Tienes a todo tu equipo en España ayudando y a los de este país, ya ves que están dándolo todo y me tienes a mí, descansa que yo seguiré viendo todas las vías.

—No, no, me voy a tomar otro café.

—Hugo, las vamos a encontrar, te lo repito una y mil veces.

—¿Y si no lo hacemos?

—No es una opción, esa no cabe en mi mente.

—Me alegra escuchar eso de ti, para mí eres el ejemplo de todos los inspectores.

—Tú no te quedas atrás, hermano —me abrazó y esa palabra “hermano”, me dio las fuerzas que necesitaba en ese momento.

² —¿Sabes?

—Dime, Hugo.

—Mi vida fue entre relaciones y relaciones, pero nunca amé como amo a Alicia y si voy más allá, te puedo decir que me cortarían los dos brazos por esa pequeña que no lleva mi sangre, pero la amo tanto o más que a su madre.

—Lo sé, además ya sabes que así amo a mis niños, esos que adopté y que quiero tanto como a mi Janis, no hace falta la sangre, son los pálpitos del corazón y nosotros —me señaló a mí y luego a él —amamos a los nuestros y juntos, somos una familia y por esa familia estamos aquí, para volverlos a reunir todos.

—Vamos a ello —me fui a echar unos cafés y los repartí a todos —. Chicos —dije mientras se los daba —Esas dos personas que buscamos son mi vida y ustedes no sois solo unos profesionales, sois personas, así que me

entenderéis, no podemos perder el tiempo, hay que encontrarlas ya —dije y comenzaron todos a afirmar sonriendo, pero con tristeza, sabía que empatizaban con mi caso, al fin y al cabo, era uno de ellos.

—¡Nos vamos! —dijo uno —Acaba de llegar una imagen desde el helicóptero y tenemos la camioneta de Pedro localizada en una ladera aislada.

La piel se me puso de gallina y nos fuimos tres coches con cuatro agentes cada uno hacia ese lugar ¿Llegaría a tiempo para rescatarlas?

Iba rezando, pero a la vez dispuesto a todo, las tenía que sacar de allí, las tenía que llevar de regreso a casa y tenía que luchar por seguir adelante con esa familia que habíamos creado ¡Me quería casar con ella!

Nunca se lo había dicho, pero lo deseaba, estaba esperando el día de Fin de Año para hacerlo, hasta tenía comprada la sortija para la pedida y pensado todo. Quería conseguir llegar a ellas y no iba a haber ni Pedro ni Cristo que se interpusiera en mi camino, iba dispuesto a todo.

Miraba el camino por el que pasábamos y me daba cuenta de lo bien pensado que lo tenía todo. Se creía muy listo, pero no, habíamos dado con él, habíamos dado con esa guarida a la que se llevó a mi familia y ahora iba a saber quién era Hugo, el hombre que mataba por esa hija que él nunca debió abandonar, pero lo hizo. Era tan poco hombre que lo hizo, al igual que esto, porque no sabía ser leal, no conocía el concepto de esa palabra.

—Tranquilo —me dijo Andrew, dándome una palmada en la rodilla.

—Lo estaré cuando las vea y abraze.

2

—Estoy seguro de que será ahora.

—Ojalá, espero que no las mueva de ahí y no haga una locura si nos ve.

—Dejaremos los coches lejos, no nos puede oír, iremos todos a pie rodeando la casa —dijo el inspector de este país.

—Perfecto, así será más seguro.

entenderéis, no podemos perder el tiempo, hay que encontrarlas ya —dije y comenzaron todos a afirmar sonriendo, pero con tristeza, sabía que empatizaban con mi caso, al fin y al cabo, era uno de ellos.

—¡Nos vamos! —dijo uno —Acaba de llegar una imagen desde el helicóptero y tenemos la camioneta de Pedro localizada en una ladera aislada.

La piel se me puso de gallina y nos fuimos tres coches con cuatro agentes cada uno hacia ese lugar ¿Llegaría a tiempo para rescatarlas?

Iba rezando, pero a la vez dispuesto a todo, las tenía que sacar de allí, las tenía que llevar de regreso a casa y tenía que luchar por seguir adelante con esa familia que habíamos creado ¡Me quería casar con ella!

Nunca se lo había dicho, pero lo deseaba, estaba esperando el día de Fin de Año para hacerlo, hasta tenía comprada la sortija para la pedida y pensado todo. Quería conseguir llegar a ellas y no iba a haber ni Pedro ni Cristo que se interpusiera en mi camino, iba dispuesto a todo.

Miraba el camino por el que pasábamos y me daba cuenta de lo bien pensado que lo tenía todo. Se creía muy listo, pero no, habíamos dado con él, habíamos dado con esa guarida a la que se llevó a mi familia y ahora iba a saber quién era Hugo, el hombre que mataba por esa hija que él nunca debió abandonar, pero lo hizo. Era tan poco hombre que lo hizo, al igual que esto, porque no sabía ser leal, no conocía el concepto de esa palabra.

—Tranquilo —me dijo Andrew, dándome una palmada en la rodilla.

—Lo estaré cuando las vea y abrace.

—Estoy seguro de que será ahora.

—Ojalá, espero que no las mueva de ahí y no haga una locura si nos ve.

—Dejaremos los coches lejos, no nos puede oír, iremos todos a pie rodeando la casa —dijo el inspector de este país.

—Perfecto, así será más seguro.

Capítulo 6: Alicia



Estaba llorando en la habitación cuando entró Pedro.

—Hola, putilla ¿Qué tal te sientes en casa?

—Pedro, por favor, demuéstrame que la niña está bien.

—¿Te interesa ella más que yo? —esa pregunta era la más asquerosa que podía escuchar en mi vida, pero no podía ponerlo nervioso, estaba demasiado bebido.

—Pedro, podemos llegar a un acuerdo y comenzar de cero los tres.

—¿Para follar conmigo pensando en ese poli?

—Ese poli es pasado, ahora tú puedes ser mi presente.

—¡Mientes! Solo quieres recuperar a la niña, esa que es más importante que yo —me escupió y seguí pensando en frío no podía hacer ni actuar como quería.

—Pedro, me dejaste por otra, yo jamás te dejé y ahora estoy aquí.

—Viniste a por ella y, además, te faltó tiempo para buscarme reemplazo —me miró con asco.

—Pedro, podría haber enviado a la policía, pero aquí estoy, sola, sin fallarte ¿No te das cuenta de que hice todo lo que me has pedido?

—No te creo, esa cara de puta mentirosa no me la creo.

—¿Qué quieres, Pedro?

—Joderte la vida como me la jodiste a mí.

—Dime algo ¿Me vas a devolver a mi niña?

—¿Y tú a mí la felicidad?

—Lo intentaré, te juro que lo intentaré.

—No estás segura.

—¿Por qué no me respondes a lo de la niña?

—Porque no la tengo —se echó a reír desde la puerta y la cerró de un golpe.

¿No la tenía? ¿Cómo que no la tenía? ¿Cómo que, joderme la vida? Me senté en la cama y comencé a chillar de dolor, sentía dolor ¿Qué cojones estaba pasando?

Lo escuché cantar desde fuera por Sabina...

“Vístete de putilla corazón, vuélveme loco...”

Loca me iba a volver yo en esos momentos ¿Dónde estaba mi niña? ¿Dónde estaba?

Me asomé a la ventana a llorar cuando de repente unos ojos conocidos se asomaron y me hizo un gesto con el dedo en su boca, para que me callara.

¡Era Andrew! Me puse la mano en la boca y le afirmé, lloré de emoción, de nervios, de todo lo que nadie se podía imaginar ¡Estaban aquí!

Sí, sí, estaban. Lloraba, aguantando para que no se escucharan mis quejidos, lloraba porque a pesar de haber hecho esa locura, me habían encontrado. Lloraba de arrepentimiento...

) Un estruendo se escuchó en la puerta principal y los gritos de que se tirase al suelo.

—Quítate de detrás de la puerta —escuché la voz de Hugo, pero yo estaba lejos, había un pasillo y estaba al final de él.

Y la tiró, tiró la puerta y corrí hacia él, nos abrazamos, comenzamos a llorar mirándonos.

—¿Dónde está la niña?

—No lo sé, hace un rato me dijo que no la tenía —lloré con desgarro.

—Llévalo a la nave, allí lo vamos a interrogar hasta que cante —gritó Andrew, y luego vino a mí a darme un beso y un abrazo.

Me monté en un coche con un chico que iba conduciendo y atrás, Hugo y Andrew a cada lado de mí.

—Perdonadme por lo que hice.

—Ahora no es momento —dijo Andrew y apretó mi mano.

—Quiero recuperar a mi hija.

—De eso nos encargaremos nosotros, tú no puedes volver a jugarla.

—Os lo prometo, fue la desesperación.

Llegamos a esa nave de la que hablaban yo Hugo me llevó a un cuarto.

—Quédate aquí y descansa, déjalo todo en nuestras manos.

—Vale —murmuré, casi sin poder mirarlo a los ojos.

¹ —Amo a esa niña más que a ti, a pesar de que, a ti, te amo como jamás amé a ninguna otra mujer. Estoy tan interesado como tú en que vuelva a casa. Confía en mí, por favor —me dio un beso en los labios y se marchó.

Me quedé en aquella cama llorando, desgarrada por todo y también por esas palabras tan bonitas que me había dicho.

La amaba más que a mí y para mí, como madre, eso era como una bendición.

Andrew se asomó después de dar dos golpes en la puerta.

—Toma, por si quieres hablar con Laia.

—Gracias, pero es muy de madrugada.

—Está despierta, no podía dormir con todo esto.

Y la llamé tal y como salió por la puerta.

—Lo siento, les tuve que contar la verdad —me dijo llorando.

—Gracias por hacerlo, Laia, gracias —le contesté llorando y sin consuelo.

—Confía en ellos, la van a encontrar, hermanita.

—Lo sé, pero lo que no tengo claro es que Pedro sepa donde está.

—¿Sabes?

—Dime.

—Cuando estuve cautiva pensé que era mejor morir, quise muchas veces quitarme la vida...

—Lo sé.

—Y mira donde estoy.

—Ya...

—Pues piensa en eso, ella estará pronto a tu lado. No hay mayor túnel que el que no se pueda superar.

—Gracias, Laia.

—Estoy deseando abrazarte.

—Y yo a ti.

—Descansa. Te quiero mucho.

—Y yo.

—Por cierto...

—Dime.

—Eres la culpable de casi mi divorcio, así que, pórtate bien.

—¿No te ha perdonado que me ayudaras?

—Bueno, está muy serio conmigo y me habla muy seco, se le pasará.

—Lo siento...

—Descansa, quiero verte entera.

—Vale.

—Por cierto...

—Dime.

—Eres la culpable de casi mi divorcio, así que, pórtate bien.

—¿No te ha perdonado que me ayudaras?

—Bueno, está muy serio conmigo y me habla muy seco, se le pasará.

—Lo siento...

—Descansa, quiero verte entera.

—Vale.

Capítulo 7: Hugo



Después de cuatro horas de interrogatorio de Pedro y unas coartadas más que considerable, nos dimos cuenta de que nada tenía que ver en la desaparición de la pequeña.

La policía irlandesa se quedó a cargo de él por lo de Alicia, esa retención, amenazas y demás delitos que le iban a imputar.

Andrew y yo nos echamos a dormir cuatro horas para poder abordar el siguiente vuelo y, por consiguiente, continuar tras los pasos de la pequeña Laia, en España seguían tras la pista y allí es donde teníamos que estar.

Me levanté y Alicia estaba sollozando, tomando un café, con la mirada ida.

—La he cagado, Hugo, la he cagado, esto no hizo más que retrasarlo todo.

—Sí, no te voy a mentir, tú y Laia la habéis cagado, pero bueno, ahora hay que regresar y espero que ni tú, ni ella os volváis a meter en nada —la abracé a pesar del enfado que tenía, ella no lo había pasado bien y me daba pena.

Pero había puesto en peligro a su hija, lo que más amaba al igual que yo, y también a ella. No quiero ni pensar lo que le hubiera podido pasar en manos de ese hombre que estaba totalmente descontrolado, su vida se le había ido de las manos.

Nos llevó el jefe inspector hasta el aeropuerto con uno de sus hombres, allí le dimos las gracias por todo, la verdad es que habían hecho algo increíble desde el minuto uno, no habían perdido para nada el tiempo.

Embarcamos y ella quedó en ventanilla, yo en medio y Andrew a un lado.

Alicia no dejaba de llorar y yo no podía ver cómo esas lágrimas caían continuamente por sus mejillas, yo le sostenía la mano y se la acariciaba.

El vuelo fue desesperante, la niña, eso era lo que me retorció el corazón, solo pedía que estuviera con vida, era lo único que pedía y que no quería decir delante de Alicia, pero era lo peor que llevaba el pensar que no hubiera

tenido un buen final.

Aterrizamos en Málaga y nos montamos en el coche con destino a Huelva, allí íbamos a recoger a Laia, nos la llevaríamos para Cádiz junto a Alicia, esta vez estaba claro que no iban a salir ni a la esquina.

Las amigas se abrazaron entre lágrimas, se montaron detrás en el coche y nos fuimos para Cádiz, fue entrar en la casa sin la pequeña Laia y todo se me cayó encima.

Me fui con Andrew a la parte de arriba con dos compañeros que llegaron para ayudarnos, el resto desde la comisaría.

—Creemos que este coche fue el causante de la desaparición —dijo enseñándonos una foto —, pero la matrícula es falsificada y ni rastro del vehículo —dijo Nico, uno de los agentes.

—Y no sé le ve la cara —murmuró Andrew, mirándola.

—No, pero si os dais cuenta sé ve que lo hizo para eso, el lado de la gorra, gafas de sol...

—Sí, todo estaba pensado para no ser identificado. Además, un secuestro no es, ya hubieran pedido rescate. Aquí hay un trasfondo —Andrew se tocó la barbilla pensando.

Me fui a la ventana y lloré, tenía que sacar todo ese dolor e impotencia que había dentro de mí.

—Hugo —Andrew, apretó mi hombro poniéndose al lado —. Creo que deberías descansar un poco.

—No puedo, no quiero, solo quiero despejar la mente y pensar, soy incapaz de ello y las horas pasan.

—Esto lo vamos a resolver, no me cansaré de decírtelo.

—Pero sabes que cuantas más horas pasan menos posibilidades tenemos de encontrarla bien.

—Siempre no es así. Voy a preparar unos cafés.

—Vale.

Si algo me daba rabia era el tiempo que tuvimos que perder en Irlanda por la mala decisión de Alicia, esa a la que no quería echarle en cara mucho más, pero joder ¿En que estaba pensando?

Las noticias no dejaban de hablar de la desaparición de la niña, se hizo viral en las redes compartiéndose por todo

el mundo, era lo mejor, que, si alguien la hubiera visto o creía haberlo hecho, lo dijera.

Me fui abajo donde estaban las chicas y le pedí a Alicia hablar un momento con ella, salimos al jardín.

—Necesito que pienses ¿Sabes de alguien que pudiera haceros daño?

—No, Hugo —no dejaba de llorar.

—Sé que estás muy mal, pero la vamos a encontrar.

—Hugo...

—Dime.

—Estoy embarazada.

—¿¿¿Cómo???

—Te lo iba a decir el día que desapareció Laia.

—¿Estás embarazada y te fuiste a correr ese riesgo? ¿En serio pusiste al bebé que estamos esperando en peligro? ¿De verdad, Alicia? —me enfurecí mucho y le di un puñetazo al espejo retrovisor del conductor y lo rompí por completo.

—Hugo... —se puso más nerviosa a llorar.

—No, no me digas nada más —estiré los brazos —no me digas nada más porque lo único que me has demostrado es que no confías en mí y ni a lo que me pertenece me distes opción a decidir ¡No me digas nada! —grité y apareció Andrew.

—Por favor —miró al espejo que estaba en el coche —, no es momento de perder los nervios.

—¡Está embarazada! —grité llorando y viendo cómo Alicia se iba adentro Alicia —¡Está embarazada! Y, aun así se fue —rompí a llorar con rabia y dolor.

! —No, no te pongas así ahora, no es momento, Hugo.

—¿No es momento? ¿Y de qué es momento? ¡No tenemos ni idea del rastro de mi niña! —Le di una patada al coche.

—Así no vamos a solucionar nada.

—¿Sabes lo que es saber que está esperando un hijo que me ocultó y que se fue a ponerlo también en peligro?

—Piensa que lo hizo desde la desesperación.

—Yo era el que la tenía que ayudar y no me dejó, eso es lo que entiendo ¡Yo era!

—Hugo, vamos a tranquilizarnos.

—No me digas lo que tengo que hacer, joder —resoplé y pegué un grito.

—¿Y qué vas a solucionar así?

—Nada, pero tampoco me va a aliviar esto que siento dentro —me di un puñetazo en el pecho.

—¡Para ya, joder! ¡Para! —me gritó, agarrando mi cara y me abracé a él, llorando.

—Andrew, necesito a mi hija, la necesito, la quiero más que a nada en este mundo y sé que me necesita, tenía mucha complicidad conmigo, éramos un tándem perfecto.

—La vamos a encontrar...

)

{,

—Así no vamos a solucionar nada.

—¿Sabes lo que es saber que está esperando un hijo que me ocultó y que se fue a ponerlo también en peligro?

—Piensa que lo hizo desde la desesperación.

—Yo era el que la tenía que ayudar y no me dejó, eso es lo que entiendo ¡Yo era!

—Hugo, vamos a tranquilizarnos.

—No me digas lo que tengo que hacer, joder —resoplé y pegué un grito.

—¿Y qué vas a solucionar así?

—Nada, pero tampoco me va a aliviar esto que siento dentro —me di un puñetazo en el pecho.

—¡Para ya, joder! ¡Para! —me gritó, agarrando mi cara y me abracé a él, llorando.

—Andrew, necesito a mi hija, la necesito, la quiero más que a nada en este mundo y sé que me necesita, tenía mucha complicidad conmigo, éramos un tándem perfecto.

—La vamos a encontrar...

Capítulo 8: Alicia



Escuchaba los chillidos desde fuera y me desgarraban por completo, estaba fuera de sí, enfurecido, eso del embarazo le había hecho mucho daño, no por el hecho de estarlo, pero sí por el hecho de haber puesto también en peligro a ese hijo que estaba creciendo dentro de mí.

—No llores más, no es bueno para el bebé —me dijo Laia, abrazándome. También se acababa de enterar de la noticia.

—Hugo me miró con odio, lo vi en sus ojos.

—Está enfadado, no comprende que hayas tapado algo así y lo hayas puesto también en riesgo.

—Me siento mal, si no fuera por lo de mi hija me iba ahora mismo de aquí, siento que me ahogo.

—¿Quieres que nos vayamos a Huelva y lo dejemos tranquilos a los dos con la investigación?

—Quiero estar al tanto de todo, no puedo irme.

—Allí podremos estar al tanto, pero aquí os vais a matar a broncas y no es bueno para nadie y menos para lo que están haciendo.

Andrew entró con Hugo, que parecía más calmado, pero fue mirarme y de nuevo le salió palabras de rabia por su boca.

—Has puesto en peligro todo, no me quieres ni un poquito, ni lo más mínimo —gritó, señalándome con su dedo mientras Andrew lo aguantaba para que se callara.

—Me voy para Huelva, no pinto nada aquí —murmuré entre lágrimas.

—Sí, vete y no vuelvas a intervenir en nada, déjame a mí que encuentre a mi hija —dijo con rabia, pero sí, la

tenía como su hija y eso es lo que más me dolía, fallar al hombre que la trató como suya —. Y no se te ocurra moverte del lado de Laia o te juro que voy a enloquecer, ni se te ocurra volver a tapar nada que la pueda poner en riesgo —decía en tono muy de enfado.

Andrew le hizo un gesto a Laia de afirmación, dando su consentimiento de que nos fuéramos, en estos momentos y dada la tensión que había, era lo mejor que podía pasar.

Recogí ropa y Laia lo suyo, habíamos durado bien poco aquí, pero ahora necesitaba dejarlos hacer su trabajo, pese al dolor tan grande que tenía, los debía dejar actuar y no volverme a meter, no podía volver a hacerlo sentir así y es que nunca lo había visto de esa manera conmigo.

Nos fuimos y me partió en dos, no solo que no se despidiera de mí, sino que también Andrew lo hizo muy fríamente con Laia por haberme ayudado y eso me mataba, me partía el alma, no se lo merecía.

Un chico del departamento de Hugo nos llevó hasta Huelva, no hablamos durante todo el camino. Laia me sostenía la mano mientras yo lloraba mirando por la ventanilla.

Llegamos a su piso y sus padres los pobres nos recibieron entre abrazos, los pequeños de Laia corrieron a nuestros brazos, ahí se me cayó el alma al suelo ¿Dónde estaba mi pequeña y que le estaban haciendo?

Los padres entendiendo la situación y sin que le tuviéramos que decir nada, se llevaron a los niños para su casa, querían dejarnos a solas y este momento no era para compartirlo con ellos. Además, esa noche era Nochebuena y aunque no se iba a celebrar, los padres de ella le iban a hacer algo a los peques para que no sintieran ese día demasiado vacío.

—Siento que estés así con Andrew por mi culpa —le dije a Laia, cuando quedamos a solas.

—No te preocupes, peores corridas he lidiado con él —sonrió.

—Ya, pero después de todo lo que pasasteis no os merecéis esto.

—Ni tú tampoco, cariño.

—Me miró con mucha rabia —las lágrimas no dejaban de caerme por la mejilla.

—Está impotente con esta situación y enterarse de que iba a ser padre después de lo que hiciste, para él fue terrorífico.

—Amo a Hugo por encima de todas las cosas.

—Lo sé cariño, lo sé.

—Si Laia no vuelve, me muero.

—No digas eso, Alicia, no lo digas —le dije desde la terraza donde me estaba fumando un cigarrillo y ella sentada junto a la puerta por la parte del salón.

—Estaba muy feliz con la noticia del embarazo, se lo iba a decir y sabía que se iba a volver loco de contento, pero el destino me la jugó, me la jugó dándome en lo que más quería.

—Pronto estaréis felices —murmuró cuando le entró a Laia un mensaje que se descompuso por completo y se quedó pálida.

—¿Qué pasa, Laia?

—No me lo puedo creer —se le cayeron las lágrimas de inmediato.

—¡Dime! —grité nerviosa.

—La madre de Kazim...

—¿Qué pasa?

Giró su móvil y me enseñó una foto de ella riendo con la niña en su falda.

—No, por Dios, no —lloré, poniendo mi mano en la boca.

—Está en Marruecos —murmuró Laia llorando y a su vez llamando a Andrew.

—¡Nooo! —grité con mis fuerzas.

—Andrew, tienen a Laia en Marruecos, recibí una foto de la madre de Kazim y me pone que vaya sola a por ella si la quiero recuperar, porque si voy con la policía o ustedes, no la volveremos a ver.

Ella decía a todo vale, entre lágrimas, no podía escuchar lo que decía Andrew.

—¿Qué te dijo? —le pregunté cuando colgó.

—Que coja el coche y nos vayamos para Cádiz inmediatamente.

—Joder, joder, no sé para qué hemos venido, no damos una ¡Joder!

—Cálmate, por favor, cálmate. Ahora me siento yo culpable por todo, joder han cogido a tu hija en venganza a m
—dije llorando.

o —Vámonos, coge las maletas y vámonos.

Emprendimos el camino de vuelta a Cádiz llorando las dos, se hizo eterno, me mataba saber que mi hija estaba er
manos de aquella mujer que era más mala que todas las cosas. En Marruecos, en un país desconocido, donde todo
comenzó con el infierno de Laia, ahora lo mismo, pero con mi pequeña Laia.

Miré durante el camino varias veces la foto, al menos veía sana a la pequeña y normal dentro de lo que cabe, con
la mirada triste, pero parecía que estaba bien.

De repente, todo volvía a comenzar de nuevo, de repente, en aquel país estaba lo que más amaba.

—Que coja el coche y nos vayamos para Cádiz inmediatamente.

—Joder, joder, no sé para qué hemos venido, no damos una ¡Joder!

—Cálmate, por favor, cálmate. Ahora me siento yo culpable por todo, joder han cogido a tu hija en venganza a mí
—dije llorando.

—Vámonos, coge las maletas y vámonos.

Emprendimos el camino de vuelta a Cádiz llorando las dos, se hizo eterno, me mataba saber que mi hija estaba en manos de aquella mujer que era más mala que todas las cosas. En Marruecos, en un país desconocido, donde todo comenzó con el infierno de Laia, ahora lo mismo, pero con mi pequeña Laia.

Miré durante el camino varias veces la foto, al menos veía sana a la pequeña y normal dentro de lo que cabe, con la mirada triste, pero parecía que estaba bien.

De repente, todo volvía a comenzar de nuevo, de repente, en aquel país estaba lo que más amaba.

Capítulo 9: Hugo



Volver a empezar con una operación en Marruecos, pero esta vez tenían lo que más quería en el mundo, a mi niña: Laia...

Avisamos a los hombres que teníamos allí para otras operaciones, todos se descompusieron al escucharme en esa videollamada contarles todo, debía tenerlos preparados.

Tenía un dolor en el pecho tan grande, que en mi vida lo había sentido y pensar que ahora estaría en una doble búsqueda, Alicia por un lado y la niña por otro...

Me dolía y no lo podía evitar, saber lo que hizo mi pareja estando, esperando un hijo nuestro, me ponía la piel de gallina, era superior a mí, no lo podía comprender, por un lado, sí, por la desesperación, pero por el otro...

Las chicas aparecieron descompuestas, al igual que estábamos nosotros, pero como le dije a Andrew que era el experto en las operaciones en ese país, haríamos todo lo que nos dijeran.

Alicia se bajó del coche y no me miró ni a la cara, estaba llorando y mirando hacia el suelo esperando a que habláramos. Laia se acercó a Andrew y se dieron un beso, pero vamos, había frialdad, todo esto había hecho una brecha en todos.

—La situación es la siguiente —dijo Andrew—. Laia, tú tienes que cruzar a Marruecos sola por Ferry, allí te estarán siguiendo en todo momento dos coches y tienes que llegar a Chauen en un taxi, que será conducido por un cooperante marroquí policía nuestro, es el número doscientos treinta y siete, recuerda bien ese número, es el único que te debes de montar. Te va a dejar en el Hotel Parador donde te alojarás siguiendo todas nuestras instrucciones, allí están preparados para darte una habitación en la que estarán dos compañeros nuestros, además de los que se quedarán en la calle de civiles vigilándote en todo momento. Nosotros no podemos entrar por Ferry, seguro que habría un chivatazo. Entraremos desde Málaga en un vuelo a Fez y de allí bajaremos en coche a las afueras de la medina de Chauen, donde tenemos la casa preparada.

—Vale —murmuré decidida.

—No me puedo creer que la vayáis a poner en riesgo —dijo Alicia, llorando a mares.

—No, no estoy en riesgo, confío en ellos, sé que voy a estar todo el tiempo vigilada y por tu hija, hago lo que haga falta, si me tengo que aliar con el mismo diablo lo haré. Así que no perdamos más el tiempo.

Vi una valentía en Laia que me puso los vellos de punta, después de todo lo que pasó y hacer eso, me parecía un gesto muy valiente y generoso por su parte, ahí nos demostraba que era de nuestra familia, ahí lo demostró por completo.

Nos montamos en el coche y dejamos en Tarifa a Laia, todo el tiempo le fue dando Andrew instrucciones de cómo proceder en todo momento y qué hacer en varios casos.

Se bajó valiente en la entrada de Tarifa, cogió un taxi que teníamos pactado y la dejó en el ferry, nosotros continuamos hasta Málaga para abordar el siguiente vuelo.

Yo solo rezaba porque todo saliera bien, ver a Laia partir de esa forma para salvar a nuestra niña, era algo que me sobrecogió.

Alicia no dejaba de llorar, iba mal, entre nosotros la cosa estaba mal, yo sabía que era injusto, pero, ¿qué hacía cuando había visto que la confianza que creía tener ella en mí la había tirado por la borda?

No nos hablábamos apenas, eso sí, Andrew la trataba con mucho tacto y cariño y la arropaba como si de su padre se tratara.

No me podía creer que de nuevo volviéramos al pasado y que mi niña estuviera en manos de esa familia que tanto horror causó en su momento.

—Estás temblando, Alicia —le dijo Andrew a ella—. De verdad que la sacaremos viva del país, te lo prometo.

—Tengo miedo a que a Laia también le hagan algo, no podría vivir con esa culpa.

—A Laia no le harán nada, va rodeada de hombres que la vigilarán en todo momento, no te preocupes, si yo estoy tranquilo, hazlo tú —dudaba de que Andrew estuviera tranquilo, pero tenía una forma de transmitir que lo parecía

—¿Cómo la han metido en el país si ya no está la banda de Kazim?

—Alicia, estoy seguro de que su hermano desde la cárcel movió todos los hilos. No me cabe la menor duda.

—¿Y por qué a nosotros? Es que no entiendo nada.

—Era más fácil atacar en España que en Escocia, donde nosotros estábamos y sabían lo importante que era tu hijo para Laia.

—Estamos moviendo todo el pasado a ella, lo pasó muy mal y ahora está volviendo sola, no puedo soportar esa pena.

—Ella está fuerte, sabes que se reconcilió con el país, ya no está Kazim y ahora lo tenemos todo mucho más fácil que al principio, confía en nosotros.

—Lo hago.

Ese “lo hago” lo debió de haber pensado antes, pero bueno, imagino que lo decía de corazón y que yo estaba muy sobrepasado por la situación de lo que había hecho sin contar conmigo.

3 Sonó el teléfono de Andrew y lo puso en manos libres.

—En media hora subo al barco.

—Vale, ¿ves a tu alrededor a alguien raro?

—No, por ahora no, eso sí, uno de los tuyos con otro que van en plan turista, pero los recuerdos de la vez que me llevaste a la casa y estaban ellos.

4 —Vale, pues ya sabes, ni mirarlos.

—Entendido.

—Otra cosa.

—Dime.

y

· —Te amo, no se te olvide.

Se escuchó un silencio.

—Yo más que a mi vida, Andrew, yo más que a mi vida —dijo, causando que Alicia rompiera a llorar al escuchar a su amiga y marido.

—Vamos a volver todos juntos, esta vez esa mujer lo va a pagar, es la única que queda por hacerlo.

a

—Le pienso reventar la cara como tenga la oportunidad.

—Haz todo lo que te diga y no metas la pata.

—Te lo prometo.

—Mantenme informado. Te adoro.

—Yo también, nos vemos pronto. Cuidarme a Alicia, es mi hermana.

7

—Lo sé, la cuidaremos.

Colgó la llamada y a mí se me hizo de tripas corazón, aguanté de no llorar, pero estaba que me iba a dar algo, mucho dolor, nervios y miedo en mi interior, esa era la verdad.

r

—Vamos a volver todos juntos, esta vez esa mujer lo va a pagar, es la única que queda por hacerlo.

—Le pienso reventar la cara como tenga la oportunidad.

—Haz todo lo que te diga y no metas la pata.

—Te lo prometo.

—Mantenme informado. Te adoro.

—Yo también, nos vemos pronto. Cuidarme a Alicia, es mi hermana.

—Lo sé, la cuidaremos.

Colgó la llamada y a mí se me hizo de tripas corazón, aguanté de no llorar, pero estaba que me iba a dar algo, mucho dolor, nervios y miedo en mi interior, esa era la verdad.

Capítulo 10: Laia



Y de nuevo estaba en ese barco rumbo a Marruecos, en el que se me fueron pasando en todo momento aquellos recuerdos malos y buenos entrelazados, pero los malos causaban dolor, aún más ahora que no estaba cautiva, pero sí que tenían allí a la que consideraba mi sobrina, a esa niña que quería como si fuera mía.

No me podía ni imaginar el sufrimiento que estaría pasando esa madre y ese padre, porque Hugo era su padre, no de sangre, pero sí el que la amó durante este año con todas sus fuerzas.

Ahora estaba en una situación diferente, me querían a mí, pero no me iban a tener y me sentía con fuerzas para ayudar a los chicos a salir de esta, lo mismo que hicieron conmigo en su día.

Me arrepentía tanto de haber ayudado a Alicia en lo de ir a Irlanda, que sentía un peso de conciencia muy grande, ahora estaba mal con Hugo por eso y verlos así me dolía demasiado.

Al igual que era consciente de que había fallado a Andrew, pero sabía que se le iba a pasar, me había recalado cuanto me quería y eso me daba fuerzas para estar haciendo esto con una entereza increíble.

Salí a la terraza del barco y me encendí un cigarrillo, vi cómo los chicos de Hugo se ponían al otro lado, quité la mirada rápidamente, como si no fuera conmigo, pero los tenía ahí, velaban por mi integridad y eso, bueno, eso me hacía sentir más segura y arropada.

Los pelos se me pusieron como escarpas al ver que al otro lado había una cara que conocía de un amigo de Kazim, en ese momento disimulé e hice un gesto que me había dicho Andrew, tenía que ponerme una trenza en el pelo.

Me la hice y comprobé que los hombres de Hugo me habían mirado y hablaban entre ellos.

Le mandé un mensaje a Andrew.

Laia: *Me duele la cabeza.*

Con ese mensaje él comprendería que estaba en riesgo a la vez que sus chicos, a esos que les sonó el teléfono rápidamente, sabía que era Andrew quien los llamaba.

Cuando ellos colgaron vi cómo Andrew estaba respondiendo a mi mensaje.

Andrew: *Tómate un paracetamol y relájate.*

Vale, eso significaba que no me alejara por nada del mundo de la vista de sus hombres y que estaban preparados para venir hacia mí si alguien se me acercaba.

Los hombres de Hugo se pusieron con disimulo más cerca aún de mí, ya estábamos llegando a Tánger, ahí fue cuando un poco sí me entró los nervios, quería llegar hasta el taxi doscientos treinta y siete lo antes posible, sabía que iría escoltado por coches de los hombres tanto de Andrew, como de Hugo, y es que, aunque Andrew estuviera con la excelsitud, le seguían respetando como si estuviera al mando de todo.

Salí de allí y mientras iba para el taxi vi cómo ese amigo de Kazim se aligeraba para ponerse a mi altura, pero vi al conductor con ese número y me monté rápidamente, no le dio tiempo a acercarse a mí, salimos de forma rápida. Detrás los hombres de Hugo metiendo a ese chico en otro coche, me quedé perpleja de como lo hicieron, ni lugar a darse cuenta de que ya lo tenían dentro de él, seguro que lo dejaban en manos de los nuestros hasta que todo esto acabara.

Respiré aliviada, pero a la vez reconozco que estaba nerviosa, aunque tenía que mantener la cabeza fría, necesitaba recuperar a la pequeña Laia, devolverla con sus padres y olvidar esta nueva pesadilla que azotaba de nuevo nuestras vidas.

—Estás protegida, no temas —murmuró el taxista cuando me vio resoplar. Bueno era poli fingiendo ser el chofer

—¿Puedo fumarme un cigarrillo?

—Claro, además te acompaño, pensé que no fumabas, por eso no me encendí uno.

—Pues vamos a quemar una cajetilla, en el fondo estoy temblando.

—Ahora mismo tenemos hombres por todos los puntos, así que, tranquila y en el hotel hay media docena de ellos

—Vaya, pues sí que estamos rodeados.

—Esta vez no te harán daño, Andrew lo pasó muy mal las anteriores veces —se veía que estaba al tanto de todo.

—¿Habéis averiguado algo de la niña?

—No, yo no estoy en ese grupo, eso lo están llevando otros, pero seguro que, si está en Chauen, le están siguiendo el rastro.

—Dudo que esté en casa de esa bruja.

—Pero ella nos llevará hasta ella.

—Eso espero o te juro que de Chauen voy a la cárcel porque la pienso descuartizar.

—Tú déjanos el trabajo sucio a nosotros —sonrió con amabilidad.

Detuvo el coche sin pararnos y un chico se acercó con dos tés que cogió por la ventanilla y proseguimos el camino.

—Vaya, hasta esto lo tenéis sincronizado —murmuré sonriendo con tristeza.

—Le puse un mensaje con un saludo y ya sabían que tenían cinco minutos para esperarme allí con el té.

El olor me recordó a tanto que de nuevo comenzaron a agolparse los recuerdos en mi cabeza, además de ese paisaje que íbamos dejando por el camino. Marruecos en estado puro.

Una belleza que enamoraba, lástima que por culpa del malnacido de Kazim, me agolparan feos recuerdos.

Fue llegar al Hotel Parador y uno de los trabajadores se vino hacia mí.

—Bienvenida —sonrió —, Laia —murmuró en tono bajo y supe que era de los que me esperaba.

Me hizo el registro y me dio la llave, me acompañó hasta la habitación y me hizo un guiño cuando entré.

—Hola, Laia —dijeron dos españoles del grupo de Hugo.

—Hola —sonreí.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, gracias.

—Ahora tenemos que esperar órdenes de Andrew y entonces, procederemos a hacer lo que digan ¿Qué te apetece comer?

—Nada, necesito un cigarrillo, es lo único que me calma los nervios ¿Puedo fumar en la ventana?

—Y en la habitación —sonrió uno de ellos y me dio un cenicero.

—Genial.

Vi que había cuatro camas, me senté en una de ellas y suspiré ante la mirada de los dos que sonreían en un intento de que me sintiera bien.

—Te vamos a cuidar.

—Lo sé —sonreí.

—Ahora tenemos que esperar órdenes de Andrew y entonces, procederemos a hacer lo que digan ¿Qué te apetece comer?

—Nada, necesito un cigarrillo, es lo único que me calma los nervios ¿Puedo fumar en la ventana?

—Y en la habitación —sonrió uno de ellos y me dio un cenicero.

—Genial.

Vi que había cuatro camas, me senté en una de ellas y suspiré ante la mirada de los dos que sonreían en un intento de que me sintiera bien.

—Te vamos a cuidar.

—Lo sé —sonreí.

Capítulo 11: Alicia



En el avión destino a Marruecos...

Desesperada por recuperar a mi hija, viendo como Hugo, ese hombre al que amaba con toda mi alma estaba cada vez más alejado de mí. Todo era una locura.

Por otro lado, Laia, exponiéndose por mi hija y conociéndola, sintiéndose culpable de lo que le estaba pasando a la pequeña.

Unas Navidades que estaban siendo llenas de horror...

Andrew se había sentado en medio, sabía que la situación entre Hugo y yo estaba tensa y que los nervios nos podían hacer pasar una muy mala jugada.

—¿Qué tal? —me preguntó Andrew, apretando mi mano.

—Bueno, parece todo un mal sueño del que espero despertar pronto.

—Por tu culpa el mal sueño, paso a pesadilla —murmuró Hugo.

—No vuelvas a decir eso —le contestó Andrew, en un tono muy serio.

—Tranquilo —murmuré como diciendo que ya es lo que me esperaba.

Me enamoré de Hugo sin esperarlo, lo había conocido por Laia y Andrew y esas Navidades pasadas algo pasó que nos unió de una manera muy fuerte.

Lo que más me cautivó era la complicidad que tenía con mi hija, como se adoraban, la trataba como si fuese suya y es lo que demostró con el paso de los días, que la quería como a su propia vida.

Éramos felices, me fui a vivir con él a Cádiz y nos lo puso todo muy fácil, cada día antes de ir a trabajar nos dejaba mil besos mientras dormíamos y lo escuchaba murmurarme cuánto me quería.

Cuando escribía sus novelas siempre me pedía opinión y en las escenas de besos o erotismo, siempre me decía que las escribía pensando en mí. Éramos la pareja perfecta.

Yo le decía muchas veces que un día se aburriría de mí y me dejaría, él siempre me contestaba lo mismo... “solo una deslealtad lo conseguiría”

Y ahora sabía que lo que yo había hecho lo era, para él lo era, eso de que me hubiera ido sin contarle nada para intentar recuperar a mi hija, como que no me lo iba a perdonar.

Además, llevaba dentro un bebé fruto de nuestro amor y, sin embargo, ni la más mínima empatía por eso que me estaba sucediendo. Le había sido desleal y estaba fuera de sí.

Sabía que al bebé que esperaba lo iba a amar con todas sus fuerzas, como lo hacía con la pequeña Laia, pero que lo nuestro se le había hecho una brecha muy difícil de reparar.

El vuelo lo pasamos en un absoluto silencio, era poco tiempo así que cuando nos dimos cuenta estábamos aterrizando en Fez, donde nos esperaba un coche.

Andrew encendió el móvil y comenzó a hacer llamadas, pude escuchar que Laia, ya estaba en el hotel y bien escoltada, eso me alivió, por nada del mundo quería que le pasara nada.

De camino a Chauen iba mirando por la ventanilla y secando las lágrimas que me caían al pensar en mi hija, solo le pedía a Dios que me la devolviera sana y salva, que nada le pasara, terminaría loca si algo le ocurría a mi pequeña.

Andrew apretó mi pierna al ver que estaba mal. Hugo iba delante en el asiento del copiloto.

—Fuerza, Laia —murmuró.

—Andrew, toda la del mundo, aunque esté casi desvanecida, pero estoy aterrada —murmuré secándome las lágrimas.

—El ser más maquiavélico de todo esto, está bajo tierra, así que verás que pronto estamos de vuelta con la pequeña.

—Ojalá.

—Piensa que aquí estamos todos a una.

—Lo sé.

—La vida es muy dura en muchas ocasiones, pero no por eso tiene que llegar a ser cruel.

—No sé qué haría si algo le pasara.

—No pienses en eso, no estás para perder fuerzas —tocó mi barriguita, cosa que Hugo no había hecho hasta ahora y que, sinceramente, ya ni esperaba que lo hiciera.

—Tranquilo, seguiré entera, aunque no pueda con mi vida.

—Más te vale —murmuró Hugo, desde el sillón delantero.

—No le hables así.

—Da igual, Andrew —murmuré tocándole el brazo para que no se metiera.

—No, no da igual, ni es momento, ni son formas.

Hugo no dijo nada más y yo tampoco, no tenía cuerpo ni ganas para guerras, pero lo sabía, era consciente de que todo esto había marcado un antes y un después en nuestra relación y no me iba a perdonar tan fácil eso que él vio como deslealtad, aunque desde mi punto de vista, desesperación de madre.

Llegamos a una casa de Chauen, a las afueras de la medina, dentro ya estaban polis y demás, vamos, yo alucinaba con lo rápido que se montaba un dispositivo.

—Laia ya está preparada para aparecer por la casa de la madre de Kazim y los hombres están preparados —dijo uno de ellos y a mí se me puso la piel de gallina.

—¿Posiciones? —preguntó Hugo.

—Dos marroquíes charlando frente a la puerta con bolsas como si vinieran de compras.

—Una chica con un mapa en plan turista, de la policía española.

—Y otro dentro de un coche aparcado y dos coches más atrás de la puerta —listos para intervenir si pasa cualquier cosa.

—Vale.

—Laia lleva en el pelo una horquilla de escucha.

—Estupendo —a todo contestaba Hugo y Andrew escuchaba atento.

—¿Ves todo bien? —le pregunté a Andrew en voz baja.

—Sí, además di orden de que uno de los míos estuviera en el tejado —murmuró a mi oído.

—Vale —sonreí con tristeza.

—Vamos a dar la orden de que salga del hotel —dijo uno de los polis españoles.

—Adelante —murmuró Hugo.

Y se dio la orden y yo me puse a rezar, solo podía hacer eso, rezar para que todo saliera bien y no se liara el dos de mayo...

—Y otro dentro de un coche aparcado y dos coches más atrás de la puerta —listos para intervenir si pasa cualquier cosa.

—Vale.

—Laia lleva en el pelo una horquilla de escucha.

—Estupendo —a todo contestaba Hugo y Andrew escuchaba atento.

—¿Ves todo bien? —le pregunté a Andrew en voz baja.

—Sí, además di orden de que uno de los míos estuviera en el tejado —murmuró a mi oído.

—Vale —sonreí con tristeza.

—Vamos a dar la orden de que salga del hotel —dijo uno de los polis españoles.

—Adelante —murmuró Hugo.

Y se dio la orden y yo me puse a rezar, solo podía hacer eso, rezar para que todo saliera bien y no se liara el dos de mayo...

Capítulo 12: Laia



Había llegado la orden de que me dirigiera a casa de la bruja, así es como yo la llamaba, hasta había pensado comprarle en una tienda por el camino una escoba, pero estaba en juego la vida de la pequeña Laia y no podía hacer ninguna tontería.

Bajé esa cuesta que llevaba a su casa y reconocí a uno de los hombres de Andrew, hice como si hubiera visto a un fantasma.

Me paré ante la puerta, resoplé, dos golpes y ahí que abrió con una sonrisa tan fea como su corazón, tenía menos dientes que un niño de seis años.

—No voy a pasar, enséñame a la niña.

—Vas a pasar, sabes que no está aquí y que si te vas...

—¡Donde está la niña! —La cogí por el cuello y pegué contra la pared —Dime donde está la niña o comienzo a darte cabezazos hasta matarte ¡Hija de puta!

—Mátame y no sabrás de ella —en ese momento apareció de dentro de la casa una joven para intentar separarnos era la limpiadora.

Saqué una pistola que llevaba y no estaba cargada.

—Acércate y te comes la primera bala —la amenacé y se echó hacia atrás levantando las manos —. Dime si en esta casa hay una niña.

—No, señora, no la hay.

Miré a la bruja y pegué mi cabeza a ella.

—Para que cojones tenía que venir yo ¿¿¿Dónde está la niña??? —le di una hostia mientras con la otra mano la agarraba por el cuello.

—Con su futuro marido —fue decir eso y me lie a trompadas hasta que entraron los hombres de Hugo y Andrew a pararme.

Comenzaron a interrogarla en el salón de su casa y viendo que no le sacaban información, pasó la policía marroquí cooperante y se la llevaron para una de las casas que tenían allí.

Para esa casa se fueron Andrew y Hugo, yo me di el encuentro con Alicia, a la que abracé con todas mis fuerzas.

—Gracias, hermanita —me dijo entre sollozos.

1 —Va de palos hasta la coronilla la puta bruja esa —le dije abrazándola —. Vamos a tomar aun té en la plaza mientras ellos hacen su trabajo.

La agarré y los dos hombres que estaban en el hotel conmigo nos siguieron en todo momento y se sentaron en una mesa junto a nosotras.

—¿Qué te dijo esa mujer?

—Nada, no me dijo nada, solo que no estaba en esa casa, eso ya lo sabía yo —no le quise contar lo que me había dicho porque era una barbaridad tan grande que me cargaría a Alicia por completo.

—Hugo me odia...

, —No te odia, solo está mal, no acepta lo que pasó, el que no le dijeras nada.

—Me alegro de que les contara que me había ido.

—Tuve que hacerlo, de todas formas, me arrepiento de haberte ayudado en esa locura.

—Lo sé.

—Bueno, lo pasado, pasado está.

—Siento que por mi culpa no estés pasando las Navidades con tus hijos.

—Esos están malcriados ahora mismo por los abuelos, ni te preocupes, habrá muchas fiestas para celebrar.

—Creo que voy a enloquecer, Alicia, daría mi vida porque apareciera mi hija ya.

—No vas a enloquecer, la pequeña te necesita bien para cuando regrese.

—¿Y si no regresa?

—No digas eso, claro que regresará, si lo hice yo con el animal que tenía al lado.

—¿Crees que la estarán maltratando?

—No creo, me quieren a mí, no a ella.

—Pero si te quieren a ti ¿Cómo es que estaba sola esa mujer y no preparó nada?

—No tiene ni fuerzas ni hombres, ni los dispositivos que tenía su hijo.
a

—¿Y cómo consiguieron dar conmigo y quitármela?

—Pagaría a alguien.

—Pero la han metido en Marruecos, así que siguen teniendo influencia.

—Pagarían, pagarían, así es como por desgracia se hacen muchas cosas.

—Me veo con todo patas arriba cuando regrese la pequeña.

—No pienses en eso.

—No soporto ver a Hugo de esa manera conmigo, me duele muchísimo.

—Se le pasará.

—Es muy orgulloso.

—Tiene el dolor de saber que tomaste una decisión de ese calibre sin contar con él.

—Por eso, no se le va a pasar.

—No puede vivir eternamente con ello.

—No es igual que Andrew.

—Ni es peor.

—Eso lo sé, pero me lo está poniendo todo muy difícil.

—Es una situación muy dura, ahora mismo estamos todos con los nervios a flor de piel.

—Necesito un cigarro.

—Fúmatelo, es peor la ansiedad que dar unas caladas, por uno no le harás daño al bebé.

Se encendió el cigarrillo mientras miraba a todos los que pasaban, estaba a lágrimas tendidas, llenas de dolor, de miedo, la comprendía por completo y encima se veía alejada del hombre que más amaba, me recordaba a mi embarazo, ese que pasé sin Andrew y con el dolor de lo que me dijo en Escocia y que me llevó a regresar a España con el corazón destrozado.

Ver el ir y venir de la gente de ese lugar donde yo no levantaba ni la cabeza por terror a que Kazim me viera y luego me hiciera pagar las consecuencias ¡Era estremecedor!

Su muerte fue mi tranquilidad en muchos aspectos, por muy fuerte que sonara, se la había deseado en infinidad de ocasiones.

Recordé el día que estaba en la cocina y sonó aquella canción de Andy y Lucas “Y en tu ventana”, supe de inmediato que era Alicia y que sabía en las condiciones que me encontraba.

La verdad es que, aunque regresé dos veces a Marruecos desde la libertad, esta tercera me sentía prisionera de alguna manera y es que la pequeña Laia, estaba pagando el odio que esa familia me tenía por no haber acatado la doctrina de Kazim hasta los últimos días de mi vida. Eran unos verdaderos terroristas, nada que ver con las buenas personas que había en ese país.

—No puede vivir eternamente con ello.

—No es igual que Andrew.

—Ni es peor.

—Eso lo sé, pero me lo está poniendo todo muy difícil.

—Es una situación muy dura, ahora mismo estamos todos con los nervios a flor de piel.

—Necesito un cigarro.

—Fúmatelo, es peor la ansiedad que dar unas caladas, por uno no le harás daño al bebé.

Se encendió el cigarrillo mientras miraba a todos los que pasaban, estaba a lágrimas tendidas, llenas de dolor, de miedo, la comprendía por completo y encima se veía alejada del hombre que más amaba, me recordaba a mi embarazo, ese que pasé sin Andrew y con el dolor de lo que me dijo en Escocia y que me llevó a regresar a España con el corazón destrozado.

Ver el ir y venir de la gente de ese lugar donde yo no levantaba ni la cabeza por terror a que Kazim me viera y luego me hiciera pagar las consecuencias ¡Era estremecedor!

Su muerte fue mi tranquilidad en muchos aspectos, por muy fuerte que sonara, se la había deseado en infinidad de ocasiones.

Recordé el día que estaba en la cocina y sonó aquella canción de Andy y Lucas “Y en tu ventana”, supe de inmediato que era Alicia y que sabía en las condiciones que me encontraba.

La verdad es que, aunque regresé dos veces a Marruecos desde la libertad, esta tercera me sentía prisionera de alguna manera y es que la pequeña Laia, estaba pagando el odio que esa familia me tenía por no haber acatado la doctrina de Kazim hasta los últimos días de mi vida. Eran unos verdaderos terroristas, nada que ver con las buenas personas que había en ese país.

Capítulo 13: Hugo



Y habló, esa mujer habló y las pruebas que nos habían pasado también...

La pequeña no había entrado a Marruecos y esa mujer fue a España cuando la secuestraron, se tiró una foto con ella y regresó el mismo día, no tenía el poder de haberla traído.

—Lo tengo claro, no está en el país —dijo Andrew, corroborando mis palabras.

Ni ella iba a hablar, solo se reía, tenía un veneno en esa maldita sangre que no dejaba de reír a pesar de la de piña que le había dado Laia.

Me estaba volviendo loco, quizás se la llevaron en coche para Francia o cualquier país de Europa donde tuvieran contactos, no lo sabía, pero no iba a parar hasta encontrarla.

Me arrodillé a llorar, estaba sobrecogido con todo, era incapaz de hacer mi trabajo de manera normal y es que se habían llevado a mi niña, esa cría a la que amaba por encima de todo.

Andrew se agachó y me abrazó.

—Tenemos que regresar a España —murmuró cuando entraron por la casa las chicas.

—¡¡¡Bruja!!! —gritó Laia, cuando se llevaban a la madre de Kazim y esta, la miró riendo.

—Esto para su hijo —le escupió en toda la cara —. Me alegro de que esté muerto, me alegro de que estéis todos separados, me alegro de que os hayáis jodido la vida, sois unos terroristas y por mucho que creáis en vuestro Dios ese no os quiere ver ni en pintura —le soltó una clase de hostia que se escuchó en toda la casa, ahí la agarró Andrew.

Se la llevaron riéndose, estaba tan enferma mentalmente que le importaba una mierda todo, esa mujer estaba loca y era normal el odio que había creado en Laia, después de los dos años de cautiverio que tuvo que pasar junto a esa familia.

Y eso hicimos, recoger todo y poner rumbo a Tánger donde cogeríamos el ferry hasta Tarifa, allí nos esperarían.

A la madre de Kazim se la llevaron e iba a pasar una temporada en la cárcel marroquí por cooperación en secuestro y demás cargos que le iban a meter, le iban a dar por todos lados, ojalá muriera en aquella cárcel donde pasara sus últimos días, no se merecía otra cosa.

Me estaba volviendo loco, absolutamente loco, necesitaba encontrar a mi pequeña Laia y abrazarla con todas mis fuerzas.

Observé por el espejo retrovisor como Alicia sacó de su mochila una diadema de la niña y la olió mientras sollozaba quebrantada por el dolor.

Y no podía consolarla, la rabia habitaba en mí como jamás la había sentido, me sentía completamente decepcionado con la decisión que tomó. Era algo que me podía, que me sobrepasaba.

Laia la cogió de la mano y comenzó a consolarla en voz baja mientras Andrew, estaba pensativo mirando por la Sventanilla del asiento del copiloto, yo conducía uno de los coches de mis chicos, atrás nos seguían para acompañarnos hasta el puerto y luego llevarse el vehículo.

Una vez en el barco nos pedimos unos cafés y salimos al aire libre.

Alicia se apoyó en la barandilla mirando al mar mientras lloraba y Andrew hablaba con Laia sentados en un banco.

Me acerqué a Alicia...

—Sé que no puedo consolarte en estos momentos, ni siquiera abrazarte, tengo mucho dolor, rabia e impotencia dentro de mí. Deseo tanto como tú recuperar a nuestra niña y espero que todo esto no afecte al que viene en camino —murmuré, apoyándome yo también.

No me contestó, seguía con la mirada perdida hacia el mar y llorando en silencio, sin emitir el más mínimo quejido.

Sabía que nos esperaban días duros, que el cansancio, estrés y demás de esa situación nos iban jugando malas pasadas, pero la situación era límite y ahí es cuando te das cuenta de que no se está preparado para algo así.

El trayecto lo pasamos mirando al mar, en silencio, ella no dejaba de lagrimear y secárselas con sus dedos, estaba rota de dolor, desconsolada y es que su hija era todo para ella, al igual que para mí. Que gran verdad el dicho de que, “no es padre quién lo hace, lo es quién lo cría”.

No es que yo la hubiese criado, pero ese último año de su corta vida lo había pasado a mi lado y tenía devoción conmigo, siempre me andaba mirando sonriente, esperando a que le dijera algo o la cogiera en mis brazos para comérmela a besos mientras ella feliz reía a carcajadas.

Nos debía de estar echando mucho de menos, tan pequeña, sin uso de razón suficiente para comprender lo que estaba pasando, extrañando a su familia y sintiéndose en manos de unos desconocidos. Debía ser muy duro.

Casi al final del trayecto Laia se puso al lado de ella y la abrazó, me gustó ese gesto, ese que yo era incapaz de hacer, ese que necesitaba sin lugar a duda y es que, a pesar de todos mis demonios, me partía el alma verla así.

—Hermano, estamos llegando —dijo Andrew, poniendo la mano en mi hombro.

—Sí —afirmé con la cabeza y me sequé las lágrimas —. Esto me está destrozando.

—No es para menos, pero si tenemos que seguir recorriendo el mundo hasta encontrarla, lo haremos, no me pienso ir de aquí sin que ella aparezca.

—Gracias.

—Un día fue por mí y hoy te toca a ti.

—Dios quiera que todo termine bien, de lo contrario no sabría qué hacer.

—Todo va a terminar bien, sabes que la policía sabemos cuándo estamos buscando a una persona sin vida y cuando no.

—Lo sé, pero aquí no podemos ser imparciales, aquí nos mueven los sentimientos.

—La niña está bien, estoy convencido —me hizo un gesto para que fuésemos bajando del ferry.

—Andrew —le agarré del brazo.

—Dime.

—Gracias por todo.

—Vamos anda —me echó la mano por el hombro y salimos de allí.

Capítulo 14: Alicia



Habíamos pasado el camino en un absoluto silencio. Hugo conducía y Andrew iba hablando con los chicos constantemente por teléfono.

En ese momento que entramos a nuestra casa recibí la llamada de un número oculto y Andrew me dijo que lo pusiera en manos libres.

—¿Sí?

—Mamá, cuando voy a casa —dijo mi niña y me derrumbé a llorar.

—Mi vida muy pronto ¿Con quién estás? —pregunté, mientras Andrew me decía que hablara mucho y ponía un mensaje.

—Está conmigo —una voz de un hombre español y andaluz, claramente andaluz me respondió.

—¿Qué queréis? —pregunté llorando a lágrima viva y a modo de súplica.

—Queremos a Samira, su esposo y a su madre liberados por completo, eso si queréis ver con vida a tu hija.

Andrew me indicaba que siguiera hablando.

—Pero eso no lo podemos hacer.

—Si fuera mi hija la que estuviera en el lugar de esta, yo me buscaba la vida para hacerlo, allá tú con la clase de madre que seas.

—Haré todo lo que sea posible, lo haré —dije bajo las órdenes de Andrew.

—Tienes una semana o la niña aparecerá muerta. Tenéis hasta el próximo lunes.

Cuando colgó miré a Hugo con terror.

—Mueve a todo el puto país, Hugo, muévelo y déjate ya de mirarme con esa rabia que habita en ti —le dije, apretando los dientes.

Agachó la cabeza y le hizo un gesto a Andrew, para salir de allí. Se fueron a la comisaría.

—Está bien, la escuchaste y estoy segura de que nos la devolverán —me dijo Laia.

—Una puta semana y la matan —le metí una patada a la mesa y Laia me agarró y sentó en el sofá.

—Escúchame, Alicia. No es momento de ponerse así, lo es de ponerse a confiar en los chicos y dejarles hacer su trabajo.

—Me la van a matar, me la van a matar —lloré notando que estaba comenzando a temblar y a sentirme muy mal.

—Estás con un ataque de nervios y en tu estado no es momento.

—Laia, no me puede estar pasando a mí, no me puede estar pasando —me eché a sus brazos.

—Tranquila, Alicia, saldremos de esta.

—Necesito ir al baño, me noto —me miré entre las piernas y grité, estaba empapada de sangre.

—Oh, no, Alicia, tenemos que ir corriendo al hospital —dijo Laia, cogiendo las llaves del coche y acompañándome al baño a enjuagarme.

Me cambié y salimos corriendo para urgencias. Tal como llegamos Laia llamó a los chicos mientras me reconocían los médicos.

—No se puede hacer nada, hay que hacer un legrado —esas palabras me hicieron perder el conocimiento porque no sé qué pasó los siguientes minutos.

—La historia se repite —escuché llorar a Laia, no sé a quién se lo decía, pero lo escuché con claridad.

No podía ser, no podía ser, la vida no me podía estar haciendo eso, no, no, no...

Hugo lloraba, eso es lo siguiente que escuché, sus quejidos y gritos mientras Andrew, lo calmaba y los médicos me decían que tenía que pasar a quirófano.

Lo había perdido, esa era la realidad y a mí niña no la tenía. Si le pasaba algo era mi fin, así yo no quería vivir, eso no sería vivir.

Me desperté no sé cuánto tiempo después, solo sé que a mi lado estaba Laia y ni rastro de Hugo.

—Tranquila, los chicos están detrás de una pista, creen que la pequeña está en la zona.

—¡Qué saquen a todos de la cárcel! —grité llorando —¡No hay tiempo!

—Tranquilízate, Alicia, por favor.

—¿Qué me tranquilice? ¿En serio? Acabo de perder a mi bebé, su padre del no está a mi lado ahora mismo para saber si salí bien. Se van a buscar a la niña cuando hay un tiempo para no perderla a ella también ¿En serio me pides que me tranquilice? ¿En serio, Laia?

—Sé que todo es caótico, fuerte, pero no quiero que te pase nada.

—Si no quieres que me pase nada, llama a tu marido y convéncelo para que le diga a Hugo, que la única vía es que los saquen de la cárcel.

—Hugo no tiene poder para eso.

—Pues que hable con la Casa Real si quiere o el presidente del gobierno, pero como mi hija muera... —me callé por la barbaridad tan grande que iba a soltar.

Esperé a sentirme bien para pedir el alta voluntaria, no me iba a quedar ahí ni un solo día más, me quería ir de ese maldito hospital o le prendería fuego, pero no, no quería ni un minuto más estar ahí, me ahogaba.

A pesar de la negativa de los médicos, no pudieron oponerse y terminaron dándome el alta voluntaria.

Ya todo me daba igual, ya todo me importaba un pimiento, lo único que quería era recuperar a mi hija.

Le di las vueltas a Laia y me escapé, apagué el móvil y cogí un taxi para la estación de trenes y de allí me fui a Madrid, donde otro taxi me llevó a donde quería, ni más ni menos a los estudios de televisión más importante.

Hablé con el de la puerta y al decirle que era la madre de la niña desaparecida hizo una llamada y dijeron que

pasaran.

Estaba en esos momentos un programa de máxima audiencia en directo y después de hablar con el director y contarle lo de la semana y lo que pasaba, se lo dijo al presentador y en el intermedio me dieron paso a sentarme para hablar en directo tal como terminaran los anuncios.

—Tenemos aquí a la madre de Laia, la niña que desapareció de su casa y que lleva en búsqueda internacional desde hace muchas horas.

—Tres días —murmuré entre lágrimas.

—¿Qué te trajo hasta aquí?

—He recibido la amenaza telefónica de que si en una semana no se liberan a tres personas de la cárcel que tuvieron que ver en el cautiverio de mi amiga Laia, que fue conocido mundialmente, matan a mi hija —dije entre lágrimas.

Los colaboradores se pusieron las manos en la cabeza y el presentador me miraba desgarrado.

—¿Esto fue un daño colateral al caso de tu amiga?

—Sí —murmuré llorando.

—¿Qué hace la policía en estos momentos?

—Mi pareja es inspector y está al mando de la operación, pero no tiene jurisdicción para solicitar algo así, por eso estoy aquí —miré a la cámara —Me dirijo a ustedes, los Reyes de España, al presidente del gobierno, al ministro judicial, a todas las competencias oportunas, tenéis que liberar a esas personas, lo tenéis que hacer, no podéis dejar que pasen los días y asesinen a mi hija, no lo podéis hacer.

—¿Sabe tu pareja que estás aquí?

—No, he venido sin decir nada a nadie, me puede caer una buena, se enfadará mucho, más de lo que está conmigo porque ya metí la pata hace varios días, pero me da igual, es mi hija a la que quieren poner de saco de boxeo para conseguir algo que no tiene que ver conmigo, así que no voy a pedirle permiso a nadie para estar aquí. Lo suplico, no permitan que maten a mi hija.

—¿Crees que nos estarán viendo los secuestradores? ¿Quieres decirles algo?

—No le pongáis un dedo encima, moveré todo lo que esté en mis manos para que liberen a los vuestros, pero no le hagáis nada a mi hija, vengo de perder el bebé que estaba esperando, apenas salí del hospital hace unas horas, no me quitéis lo único que me queda en el mundo —rompí a llorar.

—Tenemos a un representante de la policía española al teléfono, el señor Romero Benítez. Adelante.

—Buenas tardes, ante todo a ella, Alicia, a la que me sumo a su dolor. Quería decirte que ya todos estamos al tanto de esta noticia de última hora que nos acabas de dar. No vamos a permitir que le pase algo a tu hija y pondremos todos los medios para que salga ilesa de esto.

—Saquen a esas personas y veréis como me la devuelven.

—Estamos barajando todo, solo queríamos que lo supieras, cuentas con el apoyo de todos y haremos todo lo posible.

—No me vale lo posible, dos están aquí en la cárcel de España, empiecen por ellos.

—Sabemos que estás muy nerviosa.

—Si a mi hija la matan, les juro delante de todo el país, que seréis testigo de mi muerte en directo, lo haré a través de una red social, ya no tengo nada que perder. Si a mi hija la asesinan, me voy con ella y espero que quede en la cabeza de todos los que pudieron hacer algo y no lo hicieron.

—Estás muy nerviosa, no dejaremos que nada de eso suceda. Estamos a tu entera disposición y nos comenzamos a mover ya en este caso que, sin duda, es de prioridad nacional, velar porque tu hija vuelva donde debe de estar, contigo.

r —Gracias.

Salí de allí y la misma cadena se ofreció a ponerme un coche de vuelta a Cádiz. No encendí el móvil en todo el tiempo, no lo hice, no sabía lo que me iba a encontrar por parte de Hugo, Andrew y Laia, pero me daba igual, iba dispuesta a enfrentarme al mundo.

—No le pongáis un dedo encima, moveré todo lo que esté en mis manos para que liberen a los vuestros, pero no le hagáis nada a mi hija, vengo de perder el bebé que estaba esperando, apenas salí del hospital hace unas horas, no me quitéis lo único que me queda en el mundo —rompí a llorar.

—Tenemos a un representante de la policía española al teléfono, el señor Romero Benítez. Adelante.

—Buenas tardes, ante todo a ella, Alicia, a la que me sumo a su dolor. Quería decirte que ya todos estamos al tanto de esta noticia de última hora que nos acabas de dar. No vamos a permitir que le pase algo a tu hija y pondremos todos los medios para que salga ilesa de esto.

—Saquen a esas personas y veréis como me la devuelven.

—Estamos barajando todo, solo queríamos que lo supieras, cuentas con el apoyo de todos y haremos todo lo posible.

—No me vale lo posible, dos están aquí en la cárcel de España, empiecen por ellos.

—Sabemos que estás muy nerviosa.

—Si a mi hija la matan, les juro delante de todo el país, que seréis testigo de mi muerte en directo, lo haré a través de una red social, ya no tengo nada que perder. Si a mi hija la asesinan, me voy con ella y espero que quede en la cabeza de todos los que pudieron hacer algo y no lo hicieron.

—Estás muy nerviosa, no dejaremos que nada de eso suceda. Estamos a tu entera disposición y nos comenzamos a mover ya en este caso que, sin duda, es de prioridad nacional, velar porque tu hija vuelva donde debe de estar, contigo.

—Gracias.

Salí de allí y la misma cadena se ofreció a ponerme un coche de vuelta a Cádiz. No encendí el móvil en todo el tiempo, no lo hice, no sabía lo que me iba a encontrar por parte de Hugo, Andrew y Laia, pero me daba igual, iba dispuesta a enfrentarme al mundo.

Capítulo 15: Alicia



Entré por las puertas de la casa y ahí estaban los tres en el salón. Laia me miró entre lágrimas y se vino para mí.

—Yo te apoyo —murmuró y lloré en sus brazos.

—Gracias, hermanita.

—Deberías de... —murmuró Hugo mirándome y no lo dejé acabar.

—¡Nada! Si me vas a decir que debería de habértelo dicho ¡Una mierda para ti! No me voy a cruzar de brazos, no voy a permitir que nada le pase a mi hija mientras yo espero a que tú lo soluciones. No Hugo, ya no, se acabó y gracias por haber estado a mi lado cuando salí de quirófano, gracias —dije con cabreo e ironía.

—No me vengas a echar nada en cara.

—¡Vete a la mierda!

—No me hables así.

—Hugo, deja que aparezca mi hija que entonces no te hablaré de ninguna manera, me iré con ella de aquí.

—No me puedes separar de ella.

—Ve a verla cuando te dé la gana, pero no, no te voy a permitir que sigas cómo vas, por esa línea, tratándome como si hubiera cometido el crimen de Cuenca ¡Venga ya! Qué te importa una mierda ver cómo lo estoy pasando, que estoy destruida, desgarrada, que se me va la vida, que acabo de perder un hijo y estoy a punto de perder otra ¿Y tú te vas a tomar el derecho de tratarme como si fuera la vecina de al final de la calle? ¡Vete a la mierda!

—Laia, llévatela a la cocina a tomar una infusión —le dijo Andrew.

—No me tiene que llevar nadie, ya voy yo a fumarme una caja de cigarrillos que bien falta me hace —me fui a la cocina y Laia me siguió.

—Estás muy nerviosa, pero te felicito, hiciste lo que tenías que hacer —me gustó ver que me daba la razón de nuevo.

—Cuando todo esto paso, ahora sí que necesito un piso hasta que encuentre un trabajo y me pueda ir a uno.

—Se arreglará todo con Hugo.

—No quiero, de verdad, no quiero —dije segura y llorando a lágrimas tendidas.

—Te voy a decir una cosa —me acarició el pelo mientras yo me encendía un cigarrillo —Tomes la decisión que tomes, yo estaré a tu lado para apoyarte, independiente a que te equivoques o no.

—Gracias, Laia.

—Pero una cosa, no harás una locura pase lo que pase —sabía que me lo decía por lo que dije de matarme en directo.

—No quiero hablar de eso.

—Alicia —me miró con advertencia.

—Si tanto te preocupa es porque sabes que mi hija no regresará.

—¡No! Solo que quiero que te quites ideas absurdas de la cabeza, me dueles mucho Alicia.

—Tengo ganas ya de tener a mi niña en mis brazos y estar con ella —no podía dejar de llorar estaba completamente desconsolada.

—La tendrás, verás que sí —se agachó y se apoyó en mis rodillas.

—Hugo me decepcionó, te juro que me decepcionó, hoy cuando salí de quirófano y no estaba ahí, me di cuenta d que lo nuestro ya estaba más que terminado.

—Está sobresaturado.

—¿Y? Eso no es razón para hacerme los vacíos que me hizo.

—Lo sé y lo entiendo.

—Sé que es una gran persona, que quiere a mi hija como si fuera de él, pero a mí me causó algo muy feo estos días.

—Yo también lo entiendo, me pongo en su posición y lo entiendo, no te quiero mentir.

—Pues entiéndelo, no te pido que no lo hagas, pero a mí me está haciendo mucho daño, muchísimo.

—Cálmate, es mucho por lo que pasaste, ahora debes de dormir.

—No quiero dormir, no quiero perderme nada.

—Sabes que te van a decir si hay algún cambio.

—Odio todo y ahora más que nunca a mi madre, ahora entiendo lo poco que me cuidó y protegió, ahora que soy madre, ahora que estoy padeciendo esto, ahora... —rompí a llorar con más desgarró.

—Se portó mal, sí.

—Que no me vuelva a mirar a la cara jamás, que no vuelva a hacerlo.

—Vente conmigo a la habitación, por favor, aunque no nos durmamos, pero vamos a dejarnos de caer.

—Vale.

Nos fuimos a la habitación y los chicos estaban en el sofá con los teléfonos, Laia le dio las buenas noches y Hugo ni miró, pero bueno, ya es que me daba igual lo que hiciera, sinceramente, para mí no había sabido estar a la altura y no digo de mi hija, eso no, ahí estaba intachable, pero conmigo era otro cantar.

Encendí el móvil y como por arte de magia, como suele pasar cuando nombras algo o a alguien, estaba un mensaje de mi madre.

e

Mamá: Tu vida debería de estar al lado del padre de tu hija y no con esa mierda poli que te metió en todos estos problemas. Das asco. Vuelve con Pedro y quítale los cargos que le imputan. Si eres buena mujer, hazlo.

Se lo enseñé a Laia...

—Que hija de puta, con perdón.

—Verás lo que le voy a contestar.

Alicia: Siendo madre entiendo que no todas los somos iguales. Espero que la vida no te haga pagar la mala condición que tienes. Me alegro no ser igual que tú. No me vuelvas a molestar jamás.

La bloqueé, sin dudarlo, sin penas ni glorias, ya lo que me faltaba por escuchar, ya lo que me faltaba...

—Que hija de puta, con perdón.

—Verás lo que le voy a contestar.

Alicia: Siendo madre entiendo que no todas los somos iguales. Espero que la vida no te haga pagar la mala condición que tienes. Me alegro no ser igual que tú. No me vuelvas a molestar jamás.

La bloqueé, sin dudar, sin penas ni glorias, ya lo que me faltaba por escuchar, ya lo que me faltaba...

Capítulo 16: Hugo



La desesperación que tenía iba aumentando cada vez más, así como la rabia y el cabreo.

¿Cómo cojones se le había ocurrido a Alicia ir a la televisión?

Es que no me entraba en la cabeza, de verdad que no. Había puesto en peligro la investigación, el trabajo de todo mi equipo no serviría para nada si los que tenían a Laia, desaparecían.

¿Dónde iba a ir a buscarla entonces? No podía creer que se le hubiera ido la cabeza de ese modo, y hacer un viaje poco después de perder a nuestro hijo.

Ya solo me quedaba mi pequeña Laia, sabía que, a Alicia, poco a poco la iba perdiendo.

Estaba solo en mi despacho, mirando por la ventana, cuando sonó mi móvil.

Lo cogí a desgana, no quería hablar con nadie, necesitaba estar solo y pensar, buscar una alternativa, organizarme y salir a buscar a la niña de mis ojos.

El teléfono dejó de sonar y creí que no iban a molestarme de nuevo, pero cerré los ojos, suspirando, al escucharlo de nuevo. No tenía más opción que cogerlo, tal vez fuera alguno de mis hombres.

—Dime, Dylan —contesté, al activar la videollamada que me hacía mi amigo y hermano.

—Pensabas ignorarme, lo sé —sonrió, arqueando una ceja.

—No estoy para charlas, la verdad —me senté, de espaldas a la puerta, para poder seguir mirando por la ventana, a ese lugar en el que tantas veces había estado jugando con Laia.

—Ya imagino, vi a Alicia en la televisión. Lo siento mucho, hermano.

—Ni siquiera sabía que iba a ser padre, Dylan. Me lo había ocultado, se fue a Irlanda poniendo en riesgo lo más grande que me había dado. He tenido que lidiar con la alegría de saber que esperaba un hijo, y la desgracia de perderlo en tan poco tiempo —comencé a llorar, porque necesitaba soltar toda la mierda que tenía dentro y con él, no me importaba hacerlo, no sería la primera, ni la última vez, que uno de los dos veía al otro tan destrozado.

Nos quedamos callados un momento, mientras dejo que las lágrimas caigan por mis mejillas como si fueran dos cascadas.

No soporto más el dolor, no lo soporto.

—Y a Alicia, a ella la estoy perdiendo también cada día más. Tenías que haber escuchado cómo me habló. Nunca fuimos así, nunca.

—Eso te lo estás buscando tú solo, hermano. Sí, no me mires así. Todos sabemos que no hizo las cosas bien, que se fue sin decirte nada, pero, por un momento, ponte en los zapatos de esa mujer. Es una madre destrozada porque ha perdido lo más valioso que tenía en la vida, no una, si no dos veces. Primero, vuestra hija, y ahora, el bebé. Está tan desesperada por encontrar a esa pequeña, como tú. Dime una cosa, Hugo, ¿estás poniendo de tu parte para consolarla? —pregunta, y siento que se me parte el alma, un poco más, puesto que soy consciente de que no lo he hecho.

—No.

—Pues deberías, en serio. La vida te puso a Alicia en el camino cuando menos lo esperabas, y te enamoraste de ella sin querer, o, tal vez, queriendo, porque ya amabas a su hija. ¿Sabes que lo más importante para una madre, es que su pareja ame a sus hijos, aun sin haberlos concebido con esa persona? No sé si me explico. Pero entiende que toda madre, y todo padre, siempre antepondrá a sus hijos ante el resto del mundo.

—Déjame que eso lo dude —contesto, refiriéndome a la relación casi inexistente que sé que tiene Alicia con su madre.

—Bueno, vale, te lo compro y diré que, casi todas las madres y padres anteponen a sus hijos.

—Me enamoré de esa niña, más que de Alicia, te lo juro.

—Lo sé —sonríe—, no había más que verte con ella, se te caía la baba. Y la niña, para ella debías ser lo más parecido a un héroe, no sé, sería porque te vía tan grande y tal.

Sonreí, pero sin ganas, y es que sabía que mi amigo lo hacía para animarme. Así éramos los dos, a veces sacábamos ese lado gracioso, soltábamos una tontería y listo.

—Ni siquiera te he preguntado cómo estás. ¿Qué tal el trabajo?

—Estoy bien, tranquilo, yo no soy importante ahora mismo. Me preocupas, porque, con lo buen hombre que eres te estás dejando llevar por el mal camino, la estás cagando mucho, Hugo.

—¿Sabes qué es lo peor?

—Sí, que tú eres consciente de ello —contestó, y asentí.

Sabía que esta situación me tenía tan sobrepasado, que me estaba dejando llevar por la rabia y el dolor, esos que hacían que descuidara a mi pareja, a la mujer que más quería, y la diera de lado sin motivos. Debía estar por y para ella, y me había convertido en un hombre al que ni yo mismo reconocía.

—Si no recuperamos a la niña...

—La vais a recuperar, Hugo, sé que lo haréis. Y calla, que te conozco. No hagas ninguna tontería, ¿me oyes? Má vale que no se te esté pasando ninguna locura por esa cabeza que tienes, porque te juro que me presento en tu casa y te la quito a golpes.

—La haría, créeme que la haría, hermano. Mandaría todo al carajo, absolutamente todo, y me iría a buscar a mi niña. Porque es mía, Dylan, esa niña es mía por mucho que me quisieran decir lo contrario. Sabes que no necesita compartir la misma sangre con una persona, para considerarle hijo, hermano, o familia. Es mía, Dylan —dije, dándome un golpe en el pecho—, porque siempre lo sentí en el corazón.

—Bueno, ya... Ya hablamos, Hugo. Te llamo otro día. Cuídate, hermano.

—Y tú también, *bro*.

—Si se te pasa por la cabeza salir de esta casa, o del país, para buscar a la niña, créeme que voy contigo —escuché a Andrew a mi espalda, y ahora entendía por qué Dylan se despedía de ese modo.

—Tú no irás a ninguna parte, tienes una familia a la que cuidar.

—Esa niña también es mi familia. Tú lo has dicho, no es necesario compartir sangre para sentir que es así.

Se marcha, dejándome sin palabras. pero sé que él vendría conmigo, sé que, si tengo que salir a buscarla sin más nadie, Andrew no me dejaría solo.

,

S

l

S

Capítulo 17: Alicia



Estaba en el jardín con Laia, cuando me entró un mensaje con la foto de mi hija durmiendo plácidamente y un texto que decía que me la estaban cuidando bien.

Me puse a llorar y Laia cogió mi teléfono.

—No entiendo nada, Alicia, no entiendo.

—Al menos sé que sigue bien.

—Claro y volverá, cariño —me echó la mano por el hombro y me pegó a ella.

—No entiendo mucho lo de esa foto la verdad, no lo entiendo, no comprendo a que viene esto.

—Deberíamos de decírselo a los chicos.

—Yo paso de hablar con Hugo, me causa mucho dolor.

—Espera que aviso a Andrew.

—Vale.

Me puse a mirar la foto y a llorar, mi pequeña, no se podía ni imaginar lo que la necesitaba y la echaba de menos, ella era mi vida.

Andrew apareció y le di el móvil.

—Vale, reenvíamelo.

—Claro —lo hice.

—Tienes que estar fuerte, la niña va a volver.

—Eso espero, Andrew.

Laia me cogió la mano y nos metimos en la cocina, afuera hacía frío, estábamos acabando el año, ese maldito final de año que iba a recordar para los restos de mi vida.

Janis nos hizo una videollamada en ese momento y cerramos la puerta de la cocina.

—Hola, siento mucho por lo que estás pasando.

—Gracias, Janis —sonreí con tristeza entre lágrimas.

—La van a encontrar —dijo Laia.

—Claro que sí, está moviéndose todo el país compartiendo la imagen y después de las declaraciones en la televisión, tiene que actuar fuerte este gobierno.

—Sí —murmuré, aunque en el fondo estaba incrédula a todo.

—Las chicas de la tribu están movilizando todas las redes.

—¿Sí? —pregunté emocionada, mientras me secaba todas esas lágrimas que me caían por las mejillas.

—Claro que sí, están todas con ustedes a muerte.

—Dales las gracias de mi parte.

—Por supuesto. Ahora tienes que mantenerte fuerte, pensar en positivo, recuerda que lo bueno atrae lo bueno.

—Ya, pero es muy difícil en la posición que estoy.

—Te entiendo, no sabes cuánto, pero tienes que luchar por mantenerte fuerte, no es fácil lo que estás pasando, pero tienes una hija que te necesita para cuando vuelva.

—Lo sé, Janis, pero yo a ella la necesito también.

—Claro, pero eres la mami, esa que la tendrá que colmar de abrazos.

—Lo deseo con toda mi alma, Janis, te juro que lo deseo con toda mi alma.

—Y Hugo imagino que está como tú.

—Bueno, la tomó conmigo, nosotros estamos mal, esto nos hizo una brecha que no la repara nadie.

—Lo siento mucho.

—Eso sí, es el mejor padre del mundo, sin serlo, lo fue y, a pesar de todo, está dándolo todo por recuperarla.

—Es un gran hombre.

—Lo sé, pero conmigo pagó toda la furia, sé que hice algo mal al principio, pero no por eso me podía dejar de hablar y tratar como si no existiera, es más, con esas malas caras. No fue justo, Janis.

—Está nervioso, Alicia —decía Janis, mientras Laia nos escuchaba triste y acariciándome la espalda.

—Ya, no digo lo contrario, pero en este momento es cuando más lo necesitaba a mi lado y más distante estuvo.

—Lo sé, pero muchas veces pasa que cuando menos lo esperamos y la vida nos da un revés, actuamos de la forma menos idónea. Hugo es protector, te lo demostró con tu hija, no es ese hombre que pierde los papeles y se comporta así.

—Pues conmigo la cagó y bien.

—Ya, pero espero que pase algo que solucione esas diferencias.

—O que, pase algo que la cague más, porque lleva un camino... —negué produciendo una sonrisa en las dos a pesar de que estaban descompuesta por el asunto como yo.

Nos despedimos de ella y nos hicimos un café. De café en café, íbamos a terminar peor de lo que estábamos.

—Cuando recupere a mi hija quiero comenzar de cero —me encendí un cigarrillo y a la vez me secaba las lágrimas.

—Ya me lo dijiste, tienes derecho a hacerlo, solo quiero que no te equivoques, de todas formas, si lo haces siempre estaré a tu lado.

—Lo sé.

—Me siento muy responsable de todo esto.

—No tienes la culpa, la tienen ellos por actuar así —la apreté contra mí y la besé—. Por cierto, ¿cómo están mis sobrinos?

—Bien, antes hablé con mis padres, ahora iban a llevar a Janis a que la viera el pediatra porque está tosiendo mucho.

—Es la época, de todas formas, deberías ir con ellos.

—No, no, están bien con mis padres, quiero estar a tu lado.

—Gracias, hermanita —la volví a besar.

—A los curas.

Laia no se merecía sentirse culpable por nada, era evidente que todo pasó por culpa de esa gente con la que un día se marchó tomando la peor decisión de su vida, pero ya lo pagó con creces, no quería por nada del mundo que sintiera que la culpa era suya, por nada del mundo.

Encendí la tele que había en la cocina y estaban hablando de mi pequeña y de los pasos que estaba dando la policía, me eché a llorar al ver su foto a un lado de la pantalla.

—Fuera tele, deja que nos lleguen las noticias de primera mano —dijo apagándola.

—Ya, pero es que...

—Ni es que, ni leches, que no hay tele, ahí se hacen muchas suposiciones que luego no tienen nada que ver con la realidad. Tienen a los chicos informados, con eso nos debe de valer.

—Madre mía, que angustia.

—Y hoy vas a comer en condiciones, que me voy a encargar de hacerte esas patatas fritas con huevo y jamón que tanto te gustan.

—Tengo el estómago cerrado.

—Pues te lo voy a abrir, vamos, se acabó el no comer, que te estás quedando en los huesos.

Me puse a ayudarla a pelar patatas, no tenía tino para nada y terminó quitándome el cuchillo de las manos.

—Siéntate a fumarte un cigarrito ahí y quédate quieta —me dijo a modo de bronca.

—Tranquila, que no voy a asesinar a nadie.

—Por si acaso, por si acaso.

Miré de nuevo la foto de mi hija dormidita, pensé que no podía ser, no podía ser, la necesitaba ya a mi lado, me faltaba la vida y es que no podía vivir sin ella...

a

a

;

—Pues te lo voy a abrir, vamos, se acabó el no comer, que te estás quedando en los huesos.

Me puse a ayudarla a pelar patatas, no tenía tino para nada y terminó quitándome el cuchillo de las manos.

—Siéntate a fumarte un cigarrito ahí y quédate quieta —me dijo a modo de bronca.

—Tranquila, que no voy a asesinar a nadie.

—Por si acaso, por si acaso.

Miré de nuevo la foto de mi hija dormidita, pensé que no podía ser, no podía ser, la necesitaba ya a mi lado, me faltaba la vida y es que no podía vivir sin ella...

Capítulo 18: Hugo



Estaba en la cocina tomando café, viendo esa foto que Andrew me había pasado, la que le enviaron a Alicia el día anterior, donde nuestra pequeña Laia, dormía tranquilamente.

¿Se podía ser más bonita? No, por supuesto que no.

Mi niña era preciosa, la más bonita que había visto nunca.

Intenté no llorar, pero las lágrimas caían solas, la echaba de menos, necesitaba poder abrazarla, darle el beso de buenas noches antes de que se quedara dormida.

Y no dejaba de pensar en por qué habrían enviado la foto con ese mensaje. ¿Qué demonios pretendían? ¿Es que no les bastaba con saber que la madre y toda la familia estábamos devastados por esta tragedia?

Andrew seguiría la pista de esa foto, a ver qué podía averiguar, si es que conseguía averiguar algo.

Me serví un segundo café, estaba a punto de irme para el despacho, cuando sonó el timbre.

Serían los chicos, y es que en mi casa se había montado todo un centro de operaciones, cosa que agradecía porque así los teníamos cerca para cualquier cosa que surgiera.

Pero no, no eran ellos, sino Janis, amiga y compañera de letras.

—Pitufina, ¿qué haces aquí? —pregunté, al verla con una pequeña maleta de viaje.

—Que me apetecía pescaito frito, y en ningún sitio mejor que en Cádiz —sonrió, pero era un gesto de lo más irónico— ¿Qué voy a hacer, aquí, grandullón?

Me incliné para darle un par de besos, y sí, ella también me los dio, además de un soberano guantazo en la mejilla.

—¿A qué viene eso?

—A que, o te lo daba yo, o venía Dylan a dártelo. ¿Querías haber elegido? Porque el mío al lado del suyo, seguro que ha sido una caricia.

No me lo podía creer, esos dos habían hablado y ahí tenía a la Pitufina del grupo, que era pequeña, pero menuda ligereza traía hoy en la mano. Joder, como que me escocía la mejilla. Y a ella, debía de pasarle lo mismo en la palma de la mano.

¹ —Puestos a elegir, tu caricia, dónde va a parar —volteé los ojos.

—No me toques las palmas, que me conozco...

—Esa sangre andaluza tuya que te corre por las venas, cuando sale, es para ponerse a temblar —dije, llevándola a la cocina.

—Ponme un café, anda, y déjate de temblores. A ver, ¿me puedes explicar qué te pasa con Alicia?

—A mí, nada —me giré, evitando mirarla a los ojos, porque sabía que acabaría derrumbándome.

—Habla, que no he venido solo a tomarme un café, que en mi casa no tengo una de esas de cápsulas, pero hago unos cafés riquísimos.

—Nos pasa, que hizo lo que le dio la gana, Janis, eso nos pasa —contesté, dejándole el café delante.

^e —Hizo lo que cualquier madre en su lugar habría hecho, créeme, Hugo.

—Perdió a nuestro hijo por su mala cabeza.

—¿Y tu cabeza es mejor? Digo, porque la tratas como si no existiera. Estás enamorado de esa mujer hasta las trancas, jodido, y no haces más que ignorarla. Y no digamos hablarle como le hablas. Tú no eres así, joder, Hugo —dijo, y vi que se le ponían los ojos vidriosos, pero enseguida se apartó esas lágrimas que estaba seguro iban a comenzar a caerle.

—Esto de que Dylan y tú, hayáis hablado a mis espaldas, no mola.

—Hablé primero con las chicas, llamé a después a Dylan para ver si sabía algo de ti, y fue cuando me dijo que estabas pensando en irte tú solito a buscar a la niña. ¿Te has vuelto loco? Luego dices de las ideas de Alicia, ¿eh,

amigo?

—Básicamente, has venido a mi casa, para darme una hostia de buenos días, tomarte un café, y decirme que soy gilipollas, pero con sutileza.

—Y para ver a mis niñas, que las quiero yo más... —contestó, cogiendo la taza de café.

—Gracias, Pitufina.

—¿Por la hostia? —arqueó la ceja, y me sacó una sonrisa, a pesar de las pocas ganas que tenía de sonreír en esos días.

—No, que todavía escuece —respondí, tocándome la mejilla.

¹ —Lástima, porque ya te iba a dar otra, si te había gustado la sorpresa de tu Pitufina.

—Por venir a verlas, sé que se van a alegrar.

—Y las saco de aquí, que se van a asfixiar.

—No sé si Alicia querrá salir.

—La saco de los pelos, vamos.

—Joder, sí que has venido guerrera, ¿no?

—Me faltan las marcas de pintura en la cara —contestó, haciendo como que se pintaba las mejillas con dos dedos de cada mano.

Escuchamos a las chicas hablar mientras se acercaban a la cocina, Janis dejó el café en la mesa, se levantó y, en cuanto las vio entrar...

—¡¡Sorpresa!! —gritó, extendiendo los brazos.

—¡Janis! —Laia se lanzó a sus brazos, igual que Alicia, que lo hizo llorando— ¿Qué haces aquí?

—Ha venido a comer pescaito frito —contesté yo, serio, por supuesto.

—Tú, a callar, que te llevas otra —Janis me miró desafiante, sabía que lo decía en broma, pero, si soy sincero, la veía capaz de dármela y sin que le temblara el pulso lo más mínimo.

—¿Otra qué? —preguntó Laia, que no entendía nada.

—Una caricia que me ha dado en la mejilla —dije, volteando los ojos.

—Grandullón, ponnos unos cafés a las niñas y a mí, que nos vamos a ir a la habitación a tomarlos mientras charlamos.

—Vale, también has venido a mi casa a mandar, entendido.

—Hugo, Hugo —me señaló, cogió la maleta y fue a la habitación con Laia y Alicia.

Sí, me había llevado una señora hostia de esa mujer, con lo pequeña que era a mi lado, y la había soportado como un campeón, pero le estaría infinitamente agradecido a ella y a Dylan, que entre los dos hubieran planeado esa visita, no solo para hacerme saber que no me iban a dejar a mí, sino que tampoco dejarían a mi chica sola en un momento como este.

Familia, esas personas con las que no compartes la sangre, pero que las eliges y dejas entrar en tu vida.

—Tú, a callar, que te llevas otra —Janis me miró desafiante, sabía que lo decía en broma, pero, si soy sincero, la veía capaz de dármele y sin que le temblara el pulso lo más mínimo.

—¿Otra qué? —preguntó Laia, que no entendía nada.

—Una caricia que me ha dado en la mejilla —dije, volteando los ojos.

—Grandullón, ponnos unos cafés a las niñas y a mí, que nos vamos a ir a la habitación a tomarlos mientras charlamos.

—Vale, también has venido a mi casa a mandar, entendido.

—Hugo, Hugo —me señaló, cogió la maleta y fue a la habitación con Laia y Alicia.

Sí, me había llevado una señora hostia de esa mujer, con lo pequeña que era a mi lado, y la había soportado como un campeón, pero le estaría infinitamente agradecido a ella y a Dylan, que entre los dos hubieran planeado esa visita, no solo para hacerme saber que no me iban a dejar a mí, sino que tampoco dejarían a mi chica sola en un momento como este.

Familia, esas personas con las que no compartes la sangre, pero que las eliges y dejas entrar en tu vida.

Capítulo 19: Alicia



Janis y Laia me dijeron de ir a la playa de Camposoto a que nos diera el aire. Lo que nos iba a dar es un resfriado bien grande, ya que el frío que hacía era impresionante.

—Tened cuidado —dijo Andrew. Vamos era directo a las otras dos para que no me dejaran hacer ninguna de las mías.

—Tranquilo —contestaron a unísono.

—Ten tu cuidado con el que está arriba que ese sí que necesita que le echen un buen ojo —murmuré negando, refiriéndome a Hugo.

Salimos de allí y me senté en el sillón de atrás, ellas iban delante y Alicia conducía hacia la playa que estaba a menos de cinco minutos en coche.

Desértica para nosotras que nos sentamos en la arena mirando hacia el mar.

—Que puta es la vida —murmuré encendiéndome un cigarrillo. Comprendía a Laia cuando pasó lo suyo y solo quería fumar.

—Lo es, pero luego nos recompensa.

—Será a ti, Laia, a mí me está preparando un futuro más negro que todas las cosas.

—Recuerdo cuando estaba viviendo en Marruecos y sentía mucha desolación y luchaba por mantener la mente er blanco, al menos unos ratitos.

—Pues yo la veo en todos los colores menos en blanco, esto es demasiado para mí, hubiera esperado cualquier desgracia en mi vida menos esto.

—Nunca estamos preparados para las cosas que la vida pone en nuestro camino, pero debemos afrontarlas, son pruebas —murmuró Janis.

—Esto no es una prueba, esto es una putada muy grande.

—Bueno, pensemos en algo bonito ¿Qué haremos cuando aparezca Laia? Habrá que prepararle una fiesta.

—Las maletas voy a preparar, tengo claro que salgo de esa casa. Me voy a tu piso de Huelva, esta vez me lo tienes que dejar.

—Por supuesto, pero bueno, ahora está todo muy movido, puede cambiar de un día a otro y decidas no irte.

—Janis, si algo tengo claro en la vida es que me voy, no me voy a quedar con Hugo, lo nuestro está roto.

—Nunca digas de esta agua no beberé —contestó Laia y Janis afirmó.

—Bueno, lo tengo muy claro, lo nuestro se acabó, nos hemos convertido en dos extraños, antes lo tenía a mi lado y ahora lo tengo en frente, esa es la realidad de todo y por mucho que queráis hacerme ver lo contrario, no estoy ciega.

—Peores cosas pasé yo con Andrew.

—Ya, pero todo estaba justificado, ahora esto no tiene absolutamente nada que ver, a mí es a quién le pone piedras en el camino.

—Es la situación, estáis al límite —murmuró Janis, triste por vernos así a Hugo y a mí.

—Necesito tener ya a mi hija y volar, volver a empezar.

—Pero Hugo querrá estar en su vida.

—Laia, pues que esté, no seré yo quien le prive de eso, como si se la quiere llevar un fin de semana, sé que la cuidaría tan bien como yo, pero ahora mismo necesito reconducir mi vida junto a mi niña.

Se hizo un silencio. Janis acariciaba mi pierna y Laia mi espalda. Estábamos sufriendo esa situación muchas personas, porque si algo me llevaba de esto, es que sabía quiénes estaban ahí para ayudarme a pasar el peor trago de mi vida.

Cogí el móvil y me puse a ver fotos de mi pequeña, las dos la observaban con sonrisa llena de dolor al igual que

yo, las tres llorábamos en silencio mientras las mirábamos.

—Esté donde esté, espero que no se le olvide cuánto la quiero.

—¿Eres tonta? —Laia, me dio una palmada en la pierna—¿Cómo se va a olvidar de cuánto la quiere su madre?

—Claro que no se olvida —me acarició Janis la pierna—. Es imposible, no pienses en eso.

Y como no pensar en tantas cosas que se me pasaban por la cabeza si me habían quitado lo que más amaba de este mundo ¿Cómo no pensar?

Ahora mismo me aliaba con el mismísimo diablo con tal de tener a mi niña conmigo, era lo único que deseaba...

Lo de Hugo me dolía, pero el dolor de no tenerla a ella no tenía comparación, ni por asomo. Solo una madre que quiere de verdad a sus hijos es capaz de comprender cuánto de malo es no poderlos abrazar y proteger. No hay nada más duro que el que te quiten ese derecho.

Casi dos horas nos quedamos ahí mirando el mar y aguantando ese aire frío, pero me hizo bien. Salir de aquel caos en el que estaba aquella casa, que no solo se sufría por la desesperación de la desaparición de mi niña, también por eso en los que nos habíamos convertido Hugo y yo, eso tan feo que se podía palpar en todos los rincones de aquella su casa.

Regresando hacia la casa Laia recibió una llamada de su madre, su hija había empeorado y lloraba por estar con su mamá.

Janis y yo la animamos a que se fuera con ella, además, yo ya no estaría sola, Janis había venido para quedarse unos días, los que fueran necesario y es que era un amor de mujer, amiga de sus amigos por encima de todo.

Llegamos a la casa y Laia se lo comentó a Andrew que le dijo que sí, que por favor se fuera a cuidar a su hija.

Hugo estaba arriba, ni siquiera bajó para vernos y menos para despedirse de Laia, ese estaba en su mundo, en ese puñetero mundo en el que se había metido y no sabía salir.

Salimos a despedir a Laia, que se iba preocupada por dejarme, pero la consolé, la abracé y le dije que ahora tenía que hacer lo que le correspondía y era cuidar a su hija que tanto la necesitaba.

Y es que era así, no podía ser de otra manera...

Janis me acarició la espalda y entramos. Nos fuimos a la cocina a preparar algo de cenar, bueno, realmente lo hizo

ella, yo me senté en la silla, estaba derrotada, no podía ni con mi alma.

ella, yo me senté en la silla, estaba derrotada, no podía ni con mi alma.

Capítulo 20: Hugo



Aquella mañana empezaba como las anteriores, siendo una mierda.

Me hice un café, a base de eso estaba pasando los días, no sabía ni cómo no estaba aún más de los nervios.

—Buenos días, grandullón —escuché a Janis a mi espalda, que se acercó a darme un abrazo.

—Buenos días, Pitufina. ¿Cómo habéis pasado la noche?

—Durmiendo a ratos, la pobre se despierta llorando, se me parte el alma de verla así —contestó, yendo directa a por las cosas para preparar el desayuno.

—Lo sé —dije con tristeza.

Yo ni siquiera dormía, no podía hacerlo. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas maquinando, planeando y tratando de dar con algo que me llevara hasta mi niña.

Janis se había hecho con los mandos de la cocina desde que se fue Laia la noche anterior, y es que, de lo contrario, Alicia no comería nada. Sabía que Laia la obligaba, y ahora le tocaba a Janis.

Alicia y Andrew no tardaron mucho en aparecer, ella tenía una cara de agotamiento, que se parecía demasiado a la mía, además de que la veía más delgada.

Si seguía así, mi chica acabaría cayendo enferma.

Quería hablar con ella, pedirle que se cuidara, por ella y por nuestra pequeña, pero reconozco que, en este caso, el rencor y la rabia podían conmigo, y me alejaban, cada vez más, de Alicia.

—Me acaban de llamar, Hugo —dijo Andrew, sentándose cuando Janis le puso un café delante, y otro a Alicia.

—¿Quién?

—Los jefazos, están preparando ya todo para liberar a los tres de la cárcel. Aún quedan unos días, pero están en ello —contestó, y juro que en ese momento vi el cielo abierto, al igual que Alicia, que se echó a llorar en los brazos de Janis.

Eso significaba que estábamos cada vez más cerca de recuperar a Laia, nuestra hija, esa niña que alegraba nuestros días con su sola presencia, con una mirada y una sonrisa.

Me apoyé en la encimera, inclinando la cabeza, y sentí que descargaba un poco de peso. Se nos abría una pequeña puerta a la esperanza, esa que nunca debe perderse en estos casos.

Al menos sabíamos que Laia seguía viva, cosa que, otros padres que atravesaban por esa situación, no podían decir lo mismo.

—Hay que llamar al número que le mandaron a Alicia —dijo Andrew.

—Yo lo haré —contesté, Alicia me miró y tan solo asintió.

Ambos sabíamos que, el que llamara, tenía que mostrarse lo más calmado posible. Vale, no es que yo fuera un ejemplo de templanza estos días, pero tampoco quería que ella acabara derrumbándose y llorando.

Los que se habían llevado a Laia, poco después de ponerse en contacto con Alicia para pedir la liberación de la familia de Kazim, le enviaron un mensaje con un número de teléfono al que solo debíamos llamar para avisarles cuando la liberación estuviera cerca.

Teníamos prohibido darle ese número a la policía puesto que, si trataban de localizarlo, tan solo conseguiríamos que mataran a Laia.

Solo podíamos llamar para hablar con alguien, un intermediario que les haría saber a ellos que todo estaba en marcha, y que a nosotros nos diría dónde podríamos recoger a la niña.

Me tomé el café, le pedí a Alicia el número de teléfono, y llamé.

l Un tono, dos, tres, cuatro...

—Diga —contestó la voz de un hombre, algo distorsionada.

—Van a liberarlos —dije, sin más.

—Bien, ¿saben cuándo?

—En unos días, aún no nos han confirmado fecha.

—Entonces tendréis que volver a llamar.

—Por supuesto, no se preocupe. ¿Cómo está la niña? —pregunté, ya que tenía el manos libres puesto y así Alicia también podía escucharlo.

a

—Sigue viva, está bien.

—¿Dónde tendremos que ir a recogerla?

—En un parque, ya les diré dirección, día y hora. Eso sí, solo podrá ir la mujer a recogerla, no queremos ver a nadie merodeando por allí, y mucho menos, a la policía.

—Está bien, volveré a llamarle.

La llamada se corta y miro a Andrew, que sonrío. Sé que esto le alegra tanto como a mí.

Alicia no deja de llorar, feliz por saber que vamos a recuperar a nuestra niña, pero desgarrada por dentro por todo lo que hemos tenido que pasar.

Janis se la lleva a la habitación, dejándonos solos a los dos.

—Ya queda menos, Hugo —dijo, dándome una palmada en el hombro.

—No veo el día en que pueda abrazarla, de verdad que no. Me estoy volviendo loco, Andrew. No sé cómo sigo e pie, si ni siquiera estoy durmiendo por las noches.

—Lo sé, tienes una cara, que da pena verte. Pero ya está, ya tienen todo entre manos para liberarlos y que esa gente os devuelva a la pequeña.

—No voy a separarme de ella en la vida, te lo juro, en la vida. No volveré a perderla de vista.

—¿Qué vas a hacer, llevarla contigo al trabajo también?

—No me des ideas —arquea la ceja, pero no, eso no lo haría jamás.

—Alicia y tú arreglaréis lo vuestro también, ya lo verás —me asegura.

—Te veo muy convencido, pero creo que no habrá solución posible. Esto nos ha ido separando cada vez más. Si ya el último mes yo la veía distante, y se me pasaron miles de cosas por la cabeza, ahora sé que la distancia, es un abismo.

—No eres exagerado ni nada, macho. Esa mujer te quiere, Hugo.

—Lo sé, igual que yo a ella. Pero, ¿sabes eso de que, si quieres a alguien de verdad, debes dejarlo ir? Creo que, llegado el momento, tendré que hacerlo.

—¿Vas a dejarla? —pregunta, sin poder creérselo.

—No, amigo, me dejará ella a mí, que es distinto.

Me voy al despacho sabiendo que lo que acabo de decirle, es cierto. Sé que Alicia me dejará, este abismo que nos separa es tan grande, que no veo la forma de que se quede a mi lado.

Y me duele, me mata saber que voy a perderla, pero si ya ni siquiera somos capaces de estar juntos en la misma habitación y hablar como personas civilizadas, ¿cómo podríamos estar juntos?

Tal vez me equivoque, y ojalá así sea, porque amo a esa mujer y a nuestra hija, con toda mi alma.

—No me des ideas —arquea la ceja, pero no, eso no lo haría jamás.

—Alicia y tú arreglaréis lo vuestro también, ya lo verás —me asegura.

—Te veo muy convencido, pero creo que no habrá solución posible. Esto nos ha ido separando cada vez más. Si ya el último mes yo la veía distante, y se me pasaron miles de cosas por la cabeza, ahora sé que la distancia, es un abismo.

—No eres exagerado ni nada, macho. Esa mujer te quiere, Hugo.

—Lo sé, igual que yo a ella. Pero, ¿sabes eso de que, si quieres a alguien de verdad, debes dejarlo ir? Creo que, llegado el momento, tendré que hacerlo.

—¿Vas a dejarla? —pregunta, sin poder creérselo.

—No, amigo, me dejará ella a mí, que es distinto.

Me voy al despacho sabiendo que lo que acabo de decirle, es cierto. Sé que Alicia me dejará, este abismo que nos separa es tan grande, que no veo la forma de que se quede a mi lado.

Y me duele, me mata saber que voy a perderla, pero si ya ni siquiera somos capaces de estar juntos en la misma habitación y hablar como personas civilizadas, ¿cómo podríamos estar juntos?

Tal vez me equivoque, y ojalá así sea, porque amo a esa mujer y a nuestra hija, con toda mi alma.

Capítulo 21: Alicia



Parecía que ya sí que quedaba poco para que mi pequeña fuera liberada y con ello, terminaría toda esta pesadilla que se estaba convirtiendo en el infierno más grande de mi vida.

Fui al cuarto de la pequeña mientras Hugo hablaba con Janis y me puse a ver sus muñecas. Cogí una en especial que ella adoraba y que debía estar echando mucho de menos.

—Ya mismo estás aquí, mi vida —le hablé a una foto de ella que estaba sobre la peinadora y que le encantaba, y que estaba vestida de princesita de Disney —. Te amo tanto, hija, no te puedes hacer ni una idea de lo que te quiero, daría mi vida por ti en estos momentos, pero espero abrazarte —me pegué la foto al pecho y me eché a llorar, estaba desgarrada por el dolor que sentía, ese vacío de no poder tener a mi hija y atenderla como se merecía.

Mi pequeña era dulce, amable y sentía mucho respeto por todo a pesar de su corta edad, era un ángel que llegó a mi vida para demostrarte lo que era amar de verdad y vaya que sí, ese amor que sentía por ella no era comparado : nada ni nadie, era una unión de esas que creas cuando la ves por primera vez y que nada podrá romperla.

Cogí una goma de la que usaba para sus coletas y me la puse en la muñeca, era de Blancanieves y a ella le encantaba, quería que me la viera puesta el día que nos volviéramos a encontrar ¿Cómo me recibiría?

Llamé a Laia para preguntarle por su niña.

—Tiene fiebre, pero está mejor, sale de esta como de todas —la escuché sonreír detrás del teléfono.

—Claro, dale muchos mimos, esa es la fórmula para que se vengán arriba en esos momentos de malestar.

—Sí. Y tú, ¿qué tal?

—Bueno, aquí en la habitación de Laia, mirando sus cosas, intentando llenar un poco de ese vacío que siento, pero algo me dice que sí, ahora la vamos a recuperar.

—Por supuesto, ya me puso al día Andrew, estás muy cerca de abrazarla.

—Lo estoy deseando mucho, muchísimo, creo que le haré daño de todo lo que la apretaré —sonreí con esa tristeza que me embargaba y me sequé las lágrimas que me comenzaron de nuevo a caer.

—Tienes que estar fuerte para ese momento.

—Sí, pero, sobre todo, estoy preparada de tanto desearlo.

—Será un reencuentro de lo más bonito, moriría por ver su cara, eso sí, estaré acompañándote con Janis, aunque sea de lejos.

—Sí, solo podré ir yo, pero bueno, me esperáis en una esquinita. Luego me tienes que llevar contigo a Huelva.

—Claro, además os dejaré la casa libre, cuando todo esto pase nos iremos rápido para Escocia.

¹

—Lo entiendo. Lo mismo os hago una visita con mi niña.

—No estaría mal.

—¿Sabes?

^a

—Dime, preciosa.

—Jamás pienses que tienes la culpa, sé que tienes esa sensación, pero tú no eres como ellos y tú no hubieras permitido que esto pasara.

—Hala, ya me hiciste llorar de nuevo.

—Bueno, que lo sepas, solo quería decírtelo otra vez, quiero que te quede claro.

—Te quiero muchísimo.

—Yo también y, ahora, sigue cuidando a mi sobrina.

—Claro. Vamos hablando.

—Sí.

Colgué y miré hacia atrás al escuchar a alguien, era Janis.

—Vamos a bajar a la cocina —me cogió del brazo—. No te mortifiques ahora en esta habitación.

—Estaba hablando con Laia.

—Lo sé, os escuché al final.

—Es muy buena, no quiero que la pobre tenga cargo de conciencia por todo esto.

—No lo tendrá —me besó la mejilla.

—Es todo tan fuerte, tan fuerte...

—No te mortifiques, piensa que en nada vamos a tener a la pequeña correteando por aquí.

—Sí —sonreí.

—Estaba pensando en acercarme al supermercado para comprar unas cosas para algo que quiero hacer.

—Te acompaño.

—Vamos.

Se lo dijimos a Andrew y nos afirmó con la cabeza.

Fue entrar en el supermercado y todo el mundo comenzó a mirarnos y a asentir con la cabeza, sobre todo a mí. Me decían que tuviera ánimo y fuerza, me trasladaban ese cariño y me di cuenta lo mucho que estaba siendo seguido el caso.

Compramos las cosas y nos fuimos rápido, me estaba entrando ansiedad, mucha más tristeza de la que tenía y que no era poca.

—La gente está empatizando, es normal, es viral en las redes.

—Madre mía, mi pobre niña, de anonimato no tendrá nada, esto la perseguirá durante años.

—Bueno, tampoco ahora te mortifiques por eso, sabrá la lucha de su madre por recuperarla.

—No quiero que sufra al ver todo lo que se quede en las redes de las cosas que hice.

—Las hiciste con este —me tocó el corazón —, así que con ese mismo será con el que verá todo.

—¿Tú crees que aún la están tratando bien?

—Pues claro, si seguro se los tiene a todos ganados —me dio un beso y nos pusimos a colocar la compra para ella; preparar la comida.

—Tengo la sensación de que hice algo en otra vida para ahora verme en algo así.

—No pienses así, no seas tonta —me señaló con el cuchillo y me sacó una sonrisa.

—Tampoco es plan que me señales con eso —levanté las manos.

—Anda, siéntate, te voy a echar un refresco.

—No, no tengo ganas, mejor me hago un té.

—Vale, pues a llenar el vaso de agua, le pones el chisme dentro y al microondas.

—Janis, sé hacerme un té —volteé los ojos.

—Bueno, pero ya sabes que me gusta estar en todo.

Se puso a cocinar y a contarme un poco sobre la serie Tentazione, que estaba publicando y que la verdad había tenido mucho éxito.

Yo aún no había comenzado ni el primero y ya había sacado el siete, la verdad es que la cabeza de esa mujer era increíble para hilar y más con su compañero Dylan, todos decían que hacían un tándem perfecto.

Había leído varias novelas de los dos, pero con Tentazione aún no me había dado lugar, pero lo haría en cuanto todo esto pasara.

Capítulo 22: Hugo



Las horas pasaban demasiado lentas, y los días se estaban haciendo eternos.

No veía el momento en que me dijeran que iban a liberar a la familia de Kazim, para poder recuperar a mi niña.

Ya no solo por mí, que tenía unas ganas de volver a verla, que me moría, sino por Alicia, que cada día que pasaba la veía peor, estaba muerta en vida.

Verla así era demoledor para mí, de verdad que sí, quería hacer todo lo posible por recuperar a su hija, con tal de volver a verla sonreír.

Estaba desvelado, no conseguía pegar ojo, como cada noche, y fui a la cocina por un vaso de agua.

—¿Qué haces levantado? —pregunté, al ver a Andrew.

—Estaba hablando con Laia, para ver cómo están los niños.

—Estás lejos de tu familia por mi culpa.

—No vuelvas a decir semejante idiotez, Hugo, o la tendremos.

—Es que deberías estar en casa, con tu mujer y tus hijos.

—Claro, para que tú y la tuya os matéis, ¿verdad?

—No es mi mujer.

—Porque no te dio tiempo a pedirselo, seguro —se encogió de hombros.

—No cambies de tema. Mañana te vas con Laia y los niños, de verdad, aquí puedes venir en horario de trabajo y

ya está.

—Alguien tiene que hacer de mediador entre vosotros.

—Está Janis. Que es pequeña, pero da unas hostias a mano abierta, que no quieras probarlas —volteé los ojos.

—Pobrecito, ¿te hizo daño esa, Pitufina? Lo que hay que escuchar.

—De verdad que te agradezco que estés aquí, pero no puedes dejar desatendidos a los niños.

—Hago videollamada con ellos antes de que se acuesten, así que, tranquilo. Saben que su padre y el tío Hugo son policías y están buscando a los malos.

1 —Me van a coger manía, por quitarles a su padre —sonreí, pero levemente.

—Tú preocúpate de cuidarte, que da pena verte. ¿Tomas algo más que no sea café?

—Sí, claro que sí. Te recuerdo que, primero fue tu mujer, y ahora Janis, quienes se encargan de mantenernos alimentados. Y se lo agradezco a ambas por Alicia, que no quiero que caiga enferma.

—Esa mujer es fuerte.

—Mi abuela solía decir que, reunión de pastores, oveja muerta. ¿Qué pasa aquí, agentes? —preguntó Janis, entrando en la cocina.

—¿Tampoco puedes dormir?

—Vengo a por un vaso de leche caliente con miel para tu chica, se ha despertado llorando —contestó, mientras le iba preparando.

—Esto va a acabar con ella, y yo, encerrado en un psiquiátrico —apoyé los codos en la mesa, pasándome las manos por el pelo una y otra vez.

—A ti no dormir te sienta fatal, grandullón. Estás diciendo tonterías. Ni este —señaló a Andrew—, ni yo, ni Dylan, ni Laia, ni el resto de tus amigos (ósea, familia), vamos a dejar que esta situación pueda con vosotros. Vais a recuperar a vuestra hija, y os la comeréis a besos. Sois los dos unos luchadores, podéis con todo.

—Tengo pánico a que le pase algo a Laia.

—No le va a pasar nada, antes de que os deis cuenta, la tenéis correteando de nuevo por la casa. Anda, iros a descansar, que menuda carita me lleváis los dos.

—¿Yo también? —preguntó Andrew, arqueando la ceja.

—Sí, usted también, señor agente de las Highlands —Janis sonrió, haciéndonos una burla con la lengua, y regresó a la habitación con Alicia, llevando el vaso de leche.

—Tienes que ser fuerte, Hugo, por la niña, y por Alicia.

—Lo sé, lo sé.

Andrew se marchó, dejándome solo en la cocina con mis pensamientos, esos que me llevaban a seguir pensando en ir solo a buscar a la niña.

Me había visto tentado de poner a la policía a localizar el número de teléfono al que había llamado para informar de que liberarían a esos tres desgraciados, pero poner en riesgo a mi hija, no podía consentir tal cosa.

Por otro lado, estaba esa foto de la niña dormida, ¿para que supiera su madre que seguía vivía? ¿En serio? No sabía ya ni qué pensar, si es que nos estaban tomando el pelo, o qué.

En este momento hasta me habría fumado un paquete de tabaco, o tal vez dos, si yo fumara.

Decían que calmaban los nervios, pero yo no lo veía muy claro.

Volví a la habitación, esa que antes compartía con Alicia y que ahora me parecía el lugar más vacío y frío de la casa. Pero no entré, necesitaba sentir a mi niña.

Fue cruzar la puerta de la habitación de Laia, y venírseme el mundo encima. Todo estaba exactamente igual que siempre. Sus muñecas, los peluches, el olor de su colonia.

Caí de rodillas al suelo, llorando como un niño pequeño, al saber que mi hija estaba en algún lugar y que no podía encontrarla.

—Laia, mi niña —murmuré, mientras las lágrimas caían por mis mejillas—, te prometo que voy a traerte pronto de vuelta a casa, de verdad que sí.

Casi sin fuerzas, me levanté y fui hasta el armario donde estaba toda su ropita. Al lado de la mía, la suya parecía la de una muñeca, tan pequeña, tan delicada.

Me agaché al ver una caja entreabierta en el suelo del armario, la cogí y vi que ahí dentro tenía guardado algo que significaba mucho para los dos. Las entradas de cine de la primera película a la que fuimos los tres juntos.

Llegarían días mejores, días en los que volvería a llevar a mi niña al cine, al parque, a la playa, a donde ella quisiera y me pidiera, como si era a la mismísima Luna. Si ella quería ir, yo me dejaba la vida por conseguir que así fuera.

Dejé la caja como estaba, no quería que mi pequeña pensara que habíamos estado hurgando en sus cosas.

Cogí la foto en la que estaba vestida de princesa, le di un beso y me la llevé al pecho.

—Estés donde estés, yo estoy contigo, mi niña —murmuré—. Siempre estaré contigo.

Dejé la foto en su sitio y salí para volver a mi habitación, pero me encontré con Janis en el pasillo.

—Juro que voy a precintar esa habitación para que no entréis, ni ella, ni tú —dijo, al ver que me secaba las mejillas—. Mañana mismo lo hago, vamos que sí.

Se giró, con ese mal genio que a veces le salía, y sonreí. Sabía que no sería capaz de hacerlo, pero sí, que nos iba a dar una charla para que no entráramos más ahí a martirizarnos.

Regresé a mi habitación y, como el sueño no me llegaba, me puse a ver algunos vídeos que tenía de Laia, sola o con Alicia.

Sonreía al ver a mis chicas, mis amores, pero me mataba no tener a la niña, igual que no ser capaz de haber arropado a su madre cuando me necesitaba.

Eran cerca de las cinco de la mañana cuando dejé el móvil cargándose en la mesita de noche y me recosté en la cama, a ver si al menos dormía un par de horas.

a Pero, tras varias vueltas, sabía que el sueño me rehuía como si yo fuera el Demonio, y él un dulce Querubín.

Mirando al techo, así me quedé y pasé las dos horas y media siguientes, hasta que decidí levantarme, darme una ducha, y volver a la cocina a tomarme un café.

Había perdido la cuenta de los que llevaba desde que descubrí, que mi hija estaba desaparecida.

Capítulo 23: Alicia



Me levantaba porque me obligaba Janis, no porque tuviera ganas, la verdad.

Y no lo hacía de manera delicada, qué va, tenía una vena de sargento que podría estar en un cuartel militar tocando corneta para el desayuno, y sin despeinarse.

—Vamos, bonita, que después del desayuno necesito que te leas una cosita —dijo, corriendo las cortinas para que entrara algo de luz.

—¿Qué cosita?

—Pues, una cosita que también tiene Laia.

—Menudas pistas.

—Un par de capítulos de la novela que tenemos entre manos Dylan y yo ahora mismo.

—¿Cuándo has escrito? Si desde que estás aquí no me quitas ojo.

—Pues mientras duermes, hasta que te despiertas llorando y voy a por tu vasito de leche.

—Joder, eso ha sonado a madre total.

—Ya ves, una que lo lleva en la sangre. Venga, dúchate que voy a prepararnos un desayuno de campeonas.

—No tengo hambre, ya sabes que no quiero comer mucho últimamente.

—Y yo quiero conocer al Yaman, y mira, con las ganas me quedo. Anda, tira para la ducha, que tú desayunas, como que me llamo Janis, vaya que sí.

Me sacó la sonrisa, las cosas como son, y es que ella, al igual que Laia, sabía cómo llevarme al terreno que quería.

O sea, fuera de la tristeza que me envolvía cada día.

Tras la ducha fui a la cocina donde sabía que ella me esperaba, pero me llevé una sorpresa monumental al escuchar a Hugo gritando.

—¡Esta es mi casa! ¡Y nadie antes había traído a los medios a mi puerta!

—¿Qué está pasando? —pregunté, Hugo se giró y señaló a la televisión.

—Tu madre, que está ahí fuera haciendo el papel de madre coraje. Con esas lágrimas de cocodrilo y preocupada por su nieta. ¡Eso pasa! —gritó, lanzando el mando al sofá.

² Janis y Andrew estaban de pie, a su lado, viendo a mi madre en la pantalla.

—Yo solo pido que las autoridades pongan de su parte para que puedan liberar pronto a mi nieta. Estamos todos sumidos en un dolor grandísimo —dijo ella, secándose las lágrimas.

Había que ser mala persona, para vender en la televisión lo que no era. ¿Cómo se atrevía a soltar tantas mentiras por la boca?

—Lo de tu madre es muy fuerte, Alicia —me giré al escuchar a Janis—. Menuda arpía, no me jodas.

Asentí, mientras seguía viendo a mi madre llorar de lo más desconsolada ante las cámaras.

Hugo tenía razón, nunca habían venido los medios a casa, era algo que así habíamos pedido siempre y nos lo respetaron en todo momento, menos ahora.

—Mi hija se ha visto envuelta en algo que no la correspondía, es un daño que no merece, ninguna madre tiene que enfrentarse al dolor de perder a sus hijos, y ella, lo ha hecho en unos días, perdiendo a los dos. Con lo bien que estaba ella, con su marido y su pequeña...

—La mato —dije, saliendo flechada hacia la puerta de la calle.

—¡No, Alicia! —gritó Janis, pero ya era tarde.

Salí, y las cámaras empezaron a enfocarme a mí, grabándome y haciéndome fotos. Joder, ni que yo fuera una

folclórica famosa.

—Alicia, ¿cómo estás?

—¿Sabes algo de tu hija?

—¿Tenéis noticias de los secuestradores?

—¿Es cierto que todo esto es porque le fuiste infiel a tu marido con el policía que lleva el caso, tu actual pareja?

Esa pregunta sí que me hizo hervir la sangre, vamos, lo que me faltaba por escuchar.

—Mira, mamarracho —me dirigí a él no de muy buenas maneras, porque no estaba yo para que me tocaran las narices—. Mi marido fue el que me engañó con otra, que no es que os importe una mierda mi vida privada, pero os la cuento. Ese desgraciado nos dejó a mi hija y a mí, renunciando a ella, por irse con aquella mujer que después le desplumó, o qué sé yo. Intentó que volviera con él, engañándome y diciendo que se había llevado a mi hija. El policía que mencionas, sí, es mi pareja, y le conocí mucho después. Y ahora, si me disculpáis...

—Sí, por favor —solloza mi madre—, disculpadnos, pero he venido para estar con mi hija en estos momentos tan duros.

Para matarla, como decía Janis, mi madre era una puta arpía.

Nada más entrar en la casa, cerré la puerta y ni la dejé dar un paso más allá de la entrada.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—No me grites, que soy tu madre.

—Mi madre, dice, qué valor tienes, de verdad. Una madre está al lado de sus hijos desde el primer momento que lo están pasando mal, no ahora. ¿Qué quieres?

—Apoyarte, hija. No me contestas los mensajes, ni las llamadas —dice, de lo más afligida.

—Por algo será, ¿no te parece? Te recuerdo que me pediste que volviera con Pedro, ese que, por si lo has olvidado, me engañó con otra y renunció a la niña cuando nos dejó, para después querer recuperarme de la peor manera.

—Hija, tienes que tranquilizarte —dice, acercándose para acariciarme la mejilla, pero no se lo permito.

—Ya está saliendo de mi casa, señora —le pide Hugo, ese “señora” no es que haya sonado de manera muy cariñosa que digamos.

—También es la casa de mi hija, deduzco, dado que está contigo.

—Lo es, pero no voy a permitir que venga aquí a traer a todos esos periodistas, porque sé que ha sido usted.

—¡Ay, por favor! ¿Cómo se te puede ocurrir pensar eso? —Era para ver la cara de mi madre, en la vida la había visto tan descompuesta, vamos.

—Pues hombre, si no habían venido a molestar hasta ahora... —murmura Janis, la miro y veo que Andrew, que está a su lado, asiente.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro, niña? —pregunta mi madre, mirando a Janis con desprecio.

—No voy a consentir que a mi familia se le hable de ese modo en mi casa, así que, ya se está yendo por donde ha venido, señora —repitió Hugo—, y se lleva a los periodistas que ha llamado usted.

1

—No me pienso ir hasta que hable con mi hija.

Y la veo más que capaz de eso, desde luego, o de presentarse aquí todos los días y traer esa horda de periodistas con ella.

—Vamos a la cocina —le digo, y ella me sigue.

En este momento, y a pesar de ser tan temprano, me habría tomado un whisky para soportar la charla que me iba a dar mi madre, pero me conformé con ponerme un café, y otro a ella.

—Di lo que quieras, y vete.

—Menuda manera de tratar a tu madre, yo, que te di la vida.

—Menuda vida me diste —volteé los ojos.

—Pocas quejas puedes tener.

—Mamá, por favor, dime lo que sea hayas venido a decir, y vete.

—Hija, ¿no te das cuenta de que todo esto te está pasando por estar con ese hombre? Si no hubieras dejado a mi Pedrito...

—Ya estamos con tu Pedrito, de verdad. ¿Por qué no quieres entender que ese desgraciado nos dejó a la niña y a mí por otra, y renunció a ella?

—No es el primer hombre, ni el último, que tiene una aventurilla fuera del matrimonio. Tu padre tuvo unas cuantas.

—Claro, y, porque tú aguantaras sus “aventurillas”, yo voy a tener que aguantar las de tu Pedrito, ¿verdad?

—Deberías, y también perdonarlo.

—Mamá, vete, por favor te lo pido.

—Bueno, me voy —contestó, terminando de tomarse el café—, pero déjame mandarte mensajes y llamarte, hija, por favor, que quiero saber que todo está bien. Es mi nieta la que ha desaparecido.

—Está bien.

—¿Nos vemos esta tarde para tomar un café? Te vendrá bien salir de casa.

—Ya salgo de casa, mamá, no me tienen aquí encerrada.

—Eso lo dudo mucho, pero bueno, allá tú. Te veo esta tarde en la cafetería de casa, ¿vale?

Fue a darme un beso, pero me negué. Que aceptara tomar un café con ella, no quería decir que fuéramos a tener ahora la relación de súper madre e hija.

La acompañé a la puerta y cuando cerré, vi a Hugo cruzado de brazos, mirándome con un cabreo encima, que era descomunal.

—No la quiero volver a ver aquí.

—Tranquilo, que no la vas a ver.

Pasé por su lado, ignorándolo por completo, y fui al salón donde Janis y Andrew, estaban tomándose el desayuno

—¿Estás bien, Alicia? —preguntó Janis.

—Sí, mi madre solo quiere hablar conmigo, tomaré café con ella esta tarde.

—Te acompaño, si quieres.

—No te preocupes, estaré bien.

Ni hambre tenía, se me había quitado al ver a la arpía de mi madre. Pero haría de tripas corazón, tomaría café con ella y, si tenía algo bueno que decirme, aunque solo fuera para animarme, la escucharía.

Pero que no esperara de mí que me confesara con ella, porque eso no iba a pasar nunca.

—Sí, mi madre solo quiere hablar conmigo, tomaré café con ella esta tarde.

—Te acompaño, si quieres.

—No te preocupes, estaré bien.

Ni hambre tenía, se me había quitado al ver a la arpía de mi madre. Pero haría de tripas corazón, tomaría café con ella y, si tenía algo bueno que decirme, aunque solo fuera para animarme, la escucharía.

Pero que no esperara de mí que me confesara con ella, porque eso no iba a pasar nunca.

Capítulo 24: Alicia



Había pasado la mañana limpiando la casa, con algo me tenía que mantener entretenida. Janis me echó una mano y después se puso con la comida, yo es que no tenía hambre, ni ganas de cocinar, y además ella decía que cerca de los cuchillos no me dejaba, ni loca, no fuera a darme por hacer una locura.

Pero no, ahora que estaba a un pasito de recuperar a mi niña, no iba a hacer ninguna locura.

Salí de la casa despidiéndome de ella, y, en cuanto monté en el coche que me había dejado Andrew, supe que tenía a dos de sus hombres siguiéndome. En cierto modo, no me importaba, la verdad.

Me hacía sentir un poco más segura, aunque no había motivos para que alguien viniera a por mí, si tenían a mi niña.

Llegué a la calle de la que había sido mi casa, y fui a la cafetería donde ya estaba esperándome mi madre.

La vi hablando por teléfono, pero estaba como muy nerviosa, y no sabía por qué.

—Hola —dije, sentándome, ella ya estaba guardando el móvil.

—Hola hija. ¿Un cafetito y un bollo de esos que tanto te gustaban? —preguntó, llamando al camarero.

Iba a decirle que no, que tenía el estómago cerrado, pero ni tiempo me dio.

Una vez nos quedamos solas, empezó a hablar.

—Cariño, deberías de perdonar a Pedrito, y quitar la denuncia que le pusiste.

—¿Perdón?

—Alicia, es tu marido.

—Ex marido, mamá, Pedro es mi ex marido. Y no voy a quitar nada, puesto que me retuvo contra mi voluntad, me llevó allí engañada y sé que conspiró con esa gente que se llevó a mi hija.

—Quería recuperarte, y tú debes volver con él.

—No voy a volver con Pedro, mamá, por mucho que insistas. Gracias por el café —dije, poniéndome en pie, a pesar de que ni me lo había tomado.

Volví al coche y empecé a conducir sin rumbo, a los diez minutos me sonó el móvil.

—¿Dónde vas? —era Andrew, y se le notaba preocupado.

—Tranquilo que, ni voy a coger un avión, ni a hacer una locura. Solo necesito estar sola un momento. En media hora estoy en casa, te lo prometo.

—Vale, pero avísame si ocurre algo.

—Llevo dos guardaespaldas, no lo olvides.

—Creí que no te ibas a dar cuenta. Qué iluso soy.

Me reí, porque sabía que eso era broma. Colgué y fui hasta la zona de playa en la que había estado con las chicas días antes, solo que no me bajé del coche, me quedé sentada dentro contemplando el horizonte.

Mi madre debía haberse vuelto loca, no había otra explicación.

Decidí regresar a casa cuando me cansé de llorar pensando en mi hija, el coche con los dos policías me seguía ya más de cerca, hasta que aparqué y entré en casa.

—¿Cómo es que te fuiste de la cafetería, preciosa? —me preguntó Janis, dándome un abrazo, cuando fue consciente de que había estado llorando.

—Mi madre quiere que perdone a Pedro y le quite la denuncia, ¿te lo puedes creer?

—Uf, esa mujer está mal de la cabeza. Ven, vamos a prepararnos un café, que tenemos videollamada con Laia, Ariadna, Jenny y Dylan. Quieren verte.

—Pues sí, tengo una cara yo para que me vean...

—Nada, un agüita y lista —me hizo un guiño y, mientras me obligaba a lavarme la cara, ella preparó los cafés.

Entró en la habitación, puso el móvil en la cómoda y ahí que nos sentamos nosotras delante, esperando a que se fueran uniendo los demás.

—¡Mi hermosura! —gritó Ari al verme— ¿Cómo estás preciosa?

—Estoy, que no es poco.

—Qué carita tienes, amore, sé te ve cansadita.

—Apenas duermo, Jenny.

—Tampoco comes, no hay más que verte. No me hagas volver a esa casa que te llevo un puchero, o dos, para ti sola —amenazó Laia.

—Comer, como, que aquí la amiga —señalé a Janis— se encarga de llenarme el plato a conciencia.

—A ver, si es que te me has quedado en los huesos, Alicia, hija de mi vida —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Qué tal vas con Hugo? —se interesó Dylan.

—No va, directamente. Seguimos ignorándonos y, para colmo, hoy vino mi madre.

—Lo hemos visto, qué don de gentes tiene, oye, menuda lluvia de masas se ha dado la hija de la gran puta —dijo Laia, que no se cortaba ni un poquito al hablar de mi madre.

—Sí, sí, la arpía se las trae, menuda ha liado. Que ha sido ella la que ha llamado a la televisión, a esos programas de chismes, para que vinieran a la casa.

—No lo sabemos, Janis —le dije.

—Por supuesto que lo sabemos, que se ha enterado Andrew. Tendrías que haber visto a Hugo cuando nos lo ha contado. Ha cubierto a tu madre de mierda en un momento.

—Joder, ahora va de buena la señora —contestó Jenny.

—Quiere que perdone a mi ex, y le quite la denuncia. Se ha vuelto loca.

—Ni se te ocurra —fue la respuesta que recibí por parte de todos.

—No lo voy a hacer, pero es que no entiendo a qué viene que me pida eso.

—A mí me huele a chamusquina, desde luego —dijo Janis.

—Y a mí, no sé, no me creo las lágrimas de tu madre, Alicia —contestó Jenny.

—Más falsas no podían ser, desde luego.

—Lo sé, Dylan, yo tampoco me las creí. Algo trama, pero no sé el qué. Y, lo que es peor, no sé por qué.

—Bueno, dejemos a la arpía de tu madre. ¡Que dentro de nada tenemos a Laia con nosotros! —gritó Laia, dando palmadas.

—Estoy deseando, de verdad que sí. La echo mucho de menos.

Y me rompí otra vez, llorando como una niña pequeña mientras Janis me acariciaba la espalda, y las demás lloraban al otro lado de la pantalla.

Así nos tiramos un rato, hasta que Dylan dio una palmada fuerte y nos callamos todas.

—Ustedes no vais a llorar más de pena, ¿me oís? A partir de ahora, esas lágrimas van a ser de alegría, que ya mismo está la niña en casa y nos hace una llamada a todos.

—Ya está sacando los galones —dijo Janis, sonriendo, y él hizo un guiño como diciendo que sí, que los sacaba.

Seguimos hablando un rato hasta que Janis y yo fuimos a preparar la cena, me había animado un poco, y decidimos hacer unas tortillas acompañadas de ensalada.

Fue cenar, sin que Hugo ni yo nos dirigiéramos la más mínima palabra, y me fui a la cama, a intentar dormir, porque conseguirlo, no estaba del todo segura.

—Quiere que perdone a mi ex, y le quite la denuncia. Se ha vuelto loca.

—Ni se te ocurra —fue la respuesta que recibí por parte de todos.

—No lo voy a hacer, pero es que no entiendo a qué viene que me pida eso.

—A mí me huele a chamusquina, desde luego —dijo Janis.

—Y a mí, no sé, no me creo las lágrimas de tu madre, Alicia —contestó Jenny.

—Más falsas no podían ser, desde luego.

—Lo sé, Dylan, yo tampoco me las creí. Algo trama, pero no sé el qué. Y, lo que es peor, no sé por qué.

—Bueno, dejemos a la arpía de tu madre. ¡Que dentro de nada tenemos a Laia con nosotros! —gritó Laia, dando palmadas.

—Estoy deseando, de verdad que sí. La echo mucho de menos.

Y me rompí otra vez, llorando como una niña pequeña mientras Janis me acariciaba la espalda, y las demás lloraban al otro lado de la pantalla.

Así nos tiramos un rato, hasta que Dylan dio una palmada fuerte y nos callamos todas.

—Ustedes no vais a llorar más de pena, ¿me oís? A partir de ahora, esas lágrimas van a ser de alegría, que ya mismo está la niña en casa y nos hace una llamada a todos.

—Ya está sacando los galones —dijo Janis, sonriendo, y él hizo un guiño como diciendo que sí, que los sacaba.

Seguimos hablando un rato hasta que Janis y yo fuimos a preparar la cena, me había animado un poco, y decidimos hacer unas tortillas acompañadas de ensalada.

Fue cenar, sin que Hugo ni yo nos dirigiéramos la más mínima palabra, y me fui a la cama, a intentar dormir, porque conseguirlo, no estaba del todo segura.

Capítulo 25: Hugo



Dos días habían pasado desde que la madre de Alicia se presentara en casa, y al fin teníamos noticias de la liberación de la familia de Kazim.

Andrew recibió una llamada esa mañana, confirmándole que los liberaban al día siguiente, por lo que ahora tendríamos que volver a contactar con el intermediario para concretar la dirección donde recogeríamos a la niña.

Bueno, en realidad tenía que ir Alicia a recogerla, solo que allí estaríamos todos en posición, preparados por si había que intervenir.

No la iba a dejar sola, por supuesto que no.

Porque, a pesar de que seguía sin poder hablar con ella, la quería, la amaba, esa era la verdad.

—Grandullón, que te has quedado en babia.

—¿Qué? —pregunté, al escuchar a Janis que estaba sentada frente a mí.

—Nada, hijo, nada. Coge el teléfono, que lleva Dylan llamándote un rato.

—No me he enterado.

—Ya lo sé, por eso te aviso.

Me fui al despacho y llamé a mi amigo.

—¿Dónde tenías el móvil, tío? —preguntó cuando descolgó.

—Al lado, pero estaba en silencio y yo en mi mundo.

—Los mundos de Hugo, eso da para una novela —rio.

—Calla, anda, que bastante novela tengo yo, pero policíaca, nada de esas románticas que escribimos.

—Ya nos ha puesto Janis al corriente a todos, van a liberarlos al fin, ¿no?

—Sí, deseando estaba. Aunque no merecen la libertad, pero me alegro que al menos lo hagan por mi hija.

—Me alegro, hermano, de verdad que sí. Le pienso llevar un cajillo de chucherías a la niña, y no se te ocurra decirme que no, que a esa niña la vamos a consentir todos, tenlo claro.

—No esperaba menos de vosotros, si la tenéis como si fuera una sobrina.

—Pues igual que a los hijos de Laia, somos unos titos de lo más buenos.

—Sí, sí, todos buenísimos sois.

—Bueno, que en unos días salgo de aquí, me pasaré por tu casa a daros un abrazo, y de paso me como a besos a la niña.

—Espera que te toque, que, primero va su madre, y luego yo.

—Aunque me toque el último, quiero verte sonreír de nuevo como antes, hermano, y a Alicia, joder, que ya os toca ser felices a los dos.

—Lo sé.

—Qué mala la madre, ¿eh? ¿Cómo puede querer que le quite la denuncia a Pedro?

—¿Cómo has dicho? —Arqueé la ceja.

—Joder, ¿no lo sabías?

—No.

—Creí que te lo había dicho Alicia, nos lo estuvo contando la otra noche, cuando hicimos una videollamada todos.

—No me dijo nada. ¿Qué os contó, exactamente?

Durante el resto de nuestra conversación, Dylan me cuenta lo que habló Alicia, que le había dicho la madre.

Esa mujer era mala y no me sonaba bien que quisiera que la hija quitara la denuncia, vamos, es que no tenía sentido alguno.

Colgué a Dylan y me fui directo para Andrew, se lo comenté y se quedó a cuadros, como yo.

Salimos para el salón, donde estaban las chicas, sentadas en el sofá, Alicia leyendo algo en el portátil de Janis.

—¿Por qué no nos dijiste que tu madre te insistió el otro día para que quitaras la denuncia a Pedro? —pregunté, en un tono nada amigable, las cosas como eran.

—Porque es una tontería sin importancia.

—Mira, Alicia, yo ahora mismo, no me fio de nadie en lo que a mi hija respecta —dije—, por lo que, todo, absolutamente todo lo que te digan que tenga que ver con ella, sea de su pasado o su presente, tiene importancia para mí.

—No voy a quitar la denuncia, así que no hay más que hablar, agente —contestó, pero seguía sin mirarme.

Vi que Janis la cogía del brazo, negando levemente con la cabeza, como pidiéndole que no me hablara así, y sí, mejor que no lo hiciera, porque estaba yo como para que me tocaran mucho las palmas, vamos.

—Voy a investigar a tu madre, Alicia, y te juro por mi vida y por mi hija, que como encuentre algo que no me guste, la detengo y mando que le sonsaquen la información, como sea.

—Será una hija de puta y todo lo que quieras, pero no deja de ser una persona, además de mi madre.

—Y le agradezco que exista porque, si no fuera así, no habría conocido a las mujeres más importantes que había en mi vida, hasta que me arrebataron a una, y a la otra le dio por hacer lo que se le vino en gana.

—¡Ya estoy harta! —me gritó, dejando el portátil sobre el sofá y poniéndose en pie— ¿Cuántas veces voy a tener que decir que siento el haberme ido a Irlanda? ¿Eh? ¿Cuántas? Sé que estás sufriendo, pero yo más, es mi hija, no la tuya, me la han quitado a mí.

En cuanto vio mi cara, y fue consciente de lo que acababa de decir, se descompuso por completo.

Laia era su hija, sí, pero también era mía, así la había tratado en ese tiempo que llevaba con ellas.

Era más padre yo, que el que la había engendrado en su momento.

—Lo siento, no quería...

—Pero lo has dicho —la corté, porque sabía lo que iba a decirme—. Lo has dicho, Alicia, lo has dicho.

Salí del salón y, al entrar en el pasillo, di un puñetazo a la pared, que no rompí afortunadamente, pero sí me destrocé los nudillos.

Entré al cuarto de baño para lavarme la mano y quitarme la sangre, me curé un poco y, cuando salía, encontré a Andrew apoyado en la pared.

—Y querías que me fuera con Laia y los niños, claro que sí, hombre, para que redecores tú la casa a base de golpes en las paredes.

—Cállate, no me digas nada más, que al final, pillas tú también.

—Eso está por ver, colega, está por ver. Anda, deja que vea esa mano —dijo, acercándose para vendármela mejor.

—Soy su padre —murmuré.

—Lo sé, y ella también, pero ya sabes que el dolor nos hace decir cosas que no pensamos realmente.

—Quiero a esa niña, más que a mi vida.

—Y te habrías cambiado por ella sin dudarlo.

—Sin dudarlo —contesté, mientras terminaba de vendarme la mano.

:

Laia era su hija, sí, pero también era mía, así la había tratado en ese tiempo que llevaba con ellas.

Era más padre yo, que el que la había engendrado en su momento.

—Lo siento, no quería...

—Pero lo has dicho —la corté, porque sabía lo que iba a decirme—. Lo has dicho, Alicia, lo has dicho.

Salí del salón y, al entrar en el pasillo, di un puñetazo a la pared, que no rompí afortunadamente, pero sí me destrocé los nudillos.

Entré al cuarto de baño para lavarme la mano y quitarme la sangre, me curé un poco y, cuando salía, encontré a Andrew apoyado en la pared.

—Y querías que me fuera con Laia y los niños, claro que sí, hombre, para que redecores tú la casa a base de golpes en las paredes.

—Cállate, no me digas nada más, que al final, pillas tú también.

—Eso está por ver, colega, está por ver. Anda, deja que vea esa mano —dijo, acercándose para vendármela mejor.

—Soy su padre —murmuré.

—Lo sé, y ella también, pero ya sabes que el dolor nos hace decir cosas que no pensamos realmente.

—Quiero a esa niña, más que a mi vida.

—Y te habrías cambiado por ella sin dudarlo.

—Sin dudarlo —contesté, mientras terminaba de vendarme la mano.

Capítulo 26: Alicia



No me podía creer con la borrachera que apareció por el salón Hugo, se iba tambaleando mientras me miraba desafiante.

—Tú te has cargado lo nuestro —me señalaba y miraba de una forma que no me gustaba nada.

—¿De qué vas, Hugo?

—¿De qué vas dices? Me has decepcionado —se tambaleaba intentando aguantar el equilibrio, pero como se cayera, en el suelo que se quedaba, ni lo pensaba levantar.

—Hugo, déjame en paz, da asco ver en lo que te estás convirtiendo.

—Te amé con el corazón —se dio un puñetazo en el pecho con tan buena suerte que cayó en el sillón y ahí que se quedó de piernas abiertas.

—Tú lo has dicho, me amaste... —Me fui a ir a la cocina a fumar un cigarrillo.

—Has perdido a mi hijo por...

Me giré, me fui hacia él y lo agarré por la camiseta.

—Échame la culpa y te juro que te prendo fuego —le dije, apretando los dientes y mirándolo muy de cerca.

Lo solté y continué hacia la cocina.

—Te fuiste con Pedro, con ese que os abandonó —gritó sin fuerzas.

—Me voy a cagar en tu puñetera madre, que no tiene culpa de nada —dije volviendo hacia él—. Cállate, por Dios, cállate, que demasiado nerviosa estoy con lo de mi hija para que me toques los ovarios, que te juro que hago

una locura.

—¿Qué pasa aquí? —apareció Andrew.

—Tu amigo, míralo, da asco y encima echándome cosas en cara.

—Hugo, ve a darte una ducha, te acompaño.

—No quiero, esa me dejó de amar para irse con Pedro —esta vez fue Andrew quién le cogió por la camiseta, muy enfadado y apretó el puño.

—Vuelve a faltarle el respeto y te quito la borrachera de un golpe —lo dejó caer hacia atrás y me agarró, se vino a la cocina conmigo.

—¿¿¿Folláis??? —preguntó de un grito, que no sé de dónde saco fuerzas.

Me fui a ir para él para meterle una hostia a mano abierta, pero me cogió en el aire Andrew.

—No lleguéis a eso, por favor, deja que se le pase la que lleva encima.

—Qué ganas tengo de que pase todo esto y marcharme, qué ganas —negué llorando.

?

—Creo que necesitáis un tiempo para daros cuenta de todo.

—¿Un tiempo? Yo me piro para siempre, para mí los tiempos no existen.

—Me da mucha pena que estéis así, os queríais tanto...

—Tú lo has dicho, nos queríamos, me dejó de querer cuando pasó lo de la niña, me miraba con reproches, no fue capaz de darme un abrazo por mucho que yo me equivocara yendo a Irlanda, pero tampoco fue capaz de hacerlo cuando sabía que estaba embarazada y menos aún, y lo peor de todo, cuando lo perdí.

—¡Esa niña es más mía que de ella! —gritó Hugo desde el salón y volteé los ojos.

—Se está buscando la hostia, Andrew, se la está buscando.

—No hagas nada de lo que luego te puedas arrepentir.

)

—Pues anda que él, cuando se dé cuenta de todo lo que me hizo, el golpe de realidad lo va a superar por los cojones, porque ese se va a arrepentir. Me golpeó con su indiferencia, esa sí que duele.

—No es mal hombre.

—Jamás dije eso, ni lo diré, fue con mi hija el mejor hombre y padre del mundo, es amigo de sus amigos, ama a su familia, respeta a las personas, pero a mí, a mí no me ha sabido cuidar cuando más lo estoy necesitando.

En ese momento llamó a la puerta Dylan, que venía de haber estado en una navegación corta, me abrazó nada más verme.

—Es una mala mujer, no la saludes, amigo —murmuró Hugo desde el sofá y fue cuando ni corto ni perezoso se fue para su amigo.

—¿Qué has dicho?

—Que es una mala mujer —se rio y Dylan, le metió una piña que tuvo que correr Andrew a cogerlo y separarlo, de lo contrario se lo hubiera cargado.

—Qué asco verte así y decir esas cosas, qué asco Hugo, qué asco —decía negando y muy enfadado.

—¿Te la vas a follar tú también?

Andrew agarró a Dylan y se dirigió a Hugo.

—Qué pena me vas a dar cuando regreses a la realidad y te des cuenta de la forma tan deleznable en la que te has comportado, qué pena.

—Qué pena de ustedes cuando os deis cuenta de que soy el único que amo de verdad a esa niña —la de Dios, se la estaba buscando, pero a pasos agigantados.

—Suéltame —grité a Andrew, que tenía aguantado por un brazo a Dylan y por otro a mí.

—Meteros en la cocina, me encargo de él.

—¡Hijo de puta! —le grité.

—Está ido de la olla —dijo Dylan, entrando en la cocina mientras Andrew llevaba a Hugo al baño.

—Sí, totalmente, pero es que bebió.

—No me había dado cuenta —dijo con ironía.

—Es lo que me decía Andrew, no es malo, yo lo sé.

—Y yo, pero no es momento de cogerla doblada y soltar lo más grande por la boca, algo de lo que mañana se va a arrepentir, pero que ya están dichas y el daño hecho. Por cierto, ¿cómo estás?

—Desesperada, esto me tiene muerta en vida.

—Dicen que mañana van a proceder a la liberación.

—Sí, eso dicen, pero no nos quieren decir nada de cómo se hará, incluso a Hugo y a Andrew los dejaron fuera, lo está haciendo el grupo principal de Madrid y ya tomaron contacto con el que me llamó, facilitó un número para los intercambios.

—Seguro que va a salir bien.

—Espero, estoy loca por abrazar a mi hija e irme de aquí.

—¿Te irás?

—Sí, ya Hugo y yo no tendríamos vida para solucionar esto.

—Le va a matar separarse de la niña.

—Lo sé, pero que vaya a verla cuando quiera.

—Odio tanto a Kazim, por su culpa comenzó todo desde lo de Laia.

—Sí.

—Por cierto, ¿dónde está ella?

—Se fue esta mañana, la pequeña Janis tiene fiebre y se marchó para estar junto a ella.

—Ya me extrañaba que no estuviera aquí.

—Lo estuvo hasta hoy, no se separó de mi lado.

—Es una amiga de verdad.

—Es como una hermana.

a

—Lo estuvo hasta hoy, no se separó de mi lado.

—Es una amiga de verdad.

—Es como una hermana.

Capítulo 27: Alicia



Estaba nerviosa, ni el té que me había preparado Janis conseguía calmarme los nervios.

Era el momento de llamar al que hacía de intermediario entre las personas que tenían a mi hija, y nosotros.

En un principio iban a llamarle los de la policía, después, Hugo dijo que llamaría él, pero Andrew me pidió que lo hiciera yo, de modo que esa gente supiera que haría todo lo que me pidieran.

Me temblaban hasta las pestañas, de verdad que sí, y es que cada vez estaba más cerca de poder abrazar de nuevo a mi niña.

—Alicia, es la hora —me informó Andrew.

Yo seguía sentada en la cocina, no me había movido de ahí desde que decidimos que sería yo quien hablara con el intermediario.

Laia me había mandado un mensaje diciéndome que estuviera tranquila, que solo era una llamada, y que los chicos apuntarían la dirección y demás.

—¿Lista? —preguntó, acercándose a mí.

—No queda otra, Andrew —sonreí, pero sin fuerzas.

—Todo irá bien, venga.

Fuimos al salón, donde Hugo y Janis nos esperaban, ella me cogió la mano cuando me senté a su lado, y frotó mi espalda para darme ánimos.

Marqué el número, puse el manos libres y todos esperamos hasta que, tras cinco interminables tonos de llamada, respondió esa misma voz de hombre distorsionada de la otra vez.

—Van a liberarlos esta tarde —dije—, ahora dígame dónde recojo a mi hija.

—Eso será mañana, a las dos, en el parque que hay junto al centro comercial. Deberá ir sola. Si vemos a la policía, olvídense de la niña.

—Sí, lo sé, iré sola, pero, ¿por qué mañana? Le he dicho que los liberan hoy.

—Hasta que no estén en el destino al que deben ir, no le entregaremos a la niña.

—Ese no era el trato —contesté, descompuesta y a punto de llorar.

—Es lo que hay, señorita, yo solo hago de intermediario.

» —¿Es que no tiene corazón? ¿Es usted padre? ¿No sabe lo que duele un hijo? —grité, llorando con el corazón desgarrado.

! —Alicia —miré a Janis, que me pedía calma sin hablar, me abrazó y acabé diciéndole al del teléfono que allí estaría.

—Vamos a movilizar a la gente —escuché que decía Hugo.

! —¿Es que no le has oído? Nada de policías, o no me devuelven a la niña.

—Te la van a devolver, ya tienen lo que quieren. Vamos, Andrew.

Y así, sin más, se marchó con Andrew al despacho. Janis me abrazaba, tratando de calmarme, pero hasta ella lloraba.

Llamaron al timbre, fui a abrir y me encontré a mi madre ahí plantada.

—¿Qué quieres?

—Pasar, que hace frío, lo primero.

—No vas a pasar, Hugo ya te dejó claro que no eras bien recibida en la casa.

—Ese policía te está apartando de mí, y de tu marido. Tienes que dejarle Alicia, ¿no ves que todo esto es por su

culpa? Ese hombre fue quien puso en peligro a la niña, con tantas misiones a las que ir, de un país a otro, exponiendo vuestras vidas a sus enemigos.

—Mamá, ¡vete a la mierda! —grité, cerrándole la puerta en las narices.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Hugo, apareciendo por el pasillo.

—Ha venido mi madre, pero ya se va.

—¿Cómo?

Ni tiempo le dio a Andrew, que estaba a su espalda, a detenerlo. Hugo abrió la puerta, y ahí seguía parada mi madre, con una sonrisa que nunca antes la había visto.

—Creí que le había quedado claro que no quería verla en mi casa.

—Es también la casa de mi hija, y de mi nieta. ¿No dices que las quieres tanto? ¿No aseguras a todo el mundo que amas más a la niña que a su madre? Pues, deja que pase a ver a mi hija.

—Es que yo no quiero verte, porque no necesito que me insistas con esa absurda idea tuya de que quite la denuncia a Pedro y vuelva con él.

—Es lo que más te conviene, Alicia, o puede que haya consecuencias peores. Tienes hasta esta tarde para ir a la comisaría, y retirar la denuncia a tu marido.

—No lo voy a hacer, mamá. No lo voy a hacer, porque ese hombre no es mi marido, ni siquiera es el hombre del que me enamoré hace años. Tú no lo viste, no viste cómo estaba y cómo me trató.

—Ya veremos si lo haces.

Sin decir nada más, se marcha y nos quedamos ahí los cuatro parados.

—¿Tu madre necesita medicación o algo? —pregunta Janis— Porque no se la está tomando, ¿eh?

—No, que yo sepa, otra cosa es que le haga falta, sí.

—Sigo sin entender a qué viene tanto interés por su parte en que quites la denuncia a tu ex —dice Andrew—, es que no tiene sentido. Debería entender que te trató mal y que fue una pieza clave para llevarse a la niña.

—Yo tampoco me lo explico, Andrew, de verdad que no. Pero bueno, es que para ella mi ex siempre fue el mejor. Todo el día que si su Pedrito por aquí, su Pedrito por allá. Le quería más que a mí, y eso es triste de decir.

—Valiente arpía —murmura Janis.

—Bueno, vamos a centrarnos en que mañana vas a por la niña —Andrew me abraza y veo que Hugo aparta la mirada, vamos, que ni eso es capaz de aguantar, que otros me den el consuelo que necesito de él.

El resto del día ni sé cómo se me pasó, y es que yo hacía lo que me decían, contestaba poco y me quedaba en mis mundos.

Hugo, por el contrario, estuvo todo el tiempo en el despacho, mientras Andrew organizaba a los chicos y movilizaba todo para que, al día siguiente, todo saliera bien.

Laia llegó para la hora de la cena, había dicho que no me dejaría sola el día que fuera a por mi niña, y lo había cumplido, ahí estaba para acompañarme.

Hasta en las noticias de la noche pudimos ver imágenes de la familia de Kazim siendo liberada, la sonrisa de triunfo que tenía la madre, era para darle dos guantazos bien dados.

La cuenta atrás, había comenzado. En unas horas, recuperaría a mi hija.

—Yo tampoco me lo explico, Andrew, de verdad que no. Pero bueno, es que para ella mi ex siempre fue el mejor. Todo el día que si su Pedrito por aquí, su Pedrito por allá. Le quería más que a mí, y eso es triste de decir.

—Valiente arpía —murmura Janis.

—Bueno, vamos a centrarnos en que mañana vas a por la niña —Andrew me abraza y veo que Hugo aparta la mirada, vamos, que ni eso es capaz de aguantar, que otros me den el consuelo que necesito de él.

El resto del día ni sé cómo se me pasó, y es que yo hacía lo que me decían, contestaba poco y me quedaba en mis mundos.

Hugo, por el contrario, estuvo todo el tiempo en el despacho, mientras Andrew organizaba a los chicos y movilizaba todo para que, al día siguiente, todo saliera bien.

Laia llegó para la hora de la cena, había dicho que no me dejaría sola el día que fuera a por mi niña, y lo había cumplido, ahí estaba para acompañarme.

Hasta en las noticias de la noche pudimos ver imágenes de la familia de Kazim siendo liberada, la sonrisa de triunfo que tenía la madre, era para darle dos guantazos bien dados.

La cuenta atrás, había comenzado. En unas horas, recuperaría a mi hija.

Capítulo 28: Alicia



Me había tomado dos cafés, un té y ya iba por el quinto cigarro.

Nerviosa no, lo siguiente a eso.

Andrew no hacía más que pedirme que estuviera tranquila, pero no podía, ¿cómo estarlo con las ganas que tenía de ver a mi pequeña? De abrazarla, poder volver a tumbarme con ella en la cama un ratito antes de que se durmiera.

Quería que el tiempo pasara, pero las manecillas del reloj parecían ir más lenta cada vez que miraba la hora.

—Alicia, vamos a prepararte —me dijo cuando llegaron un par de mujeres a la casa—. Ya sabes que queremos escuchar todo si en algún momento entras en contacto con ellos.

—Sí, lo sé.

—Vete con ellas a la habitación.

Asentí, acompañé a las chicas a mi cuarto mientras Laia y Janis se quedaban en el salón, esperando que todo estuviera listo para salir a buscar a mi pequeña.

En cuestión de media hora, tenía un micrófono conectado a mí, además de una pequeña cámara que habían colocado en uno de los botones del abrigo que iba a llevar. Además del pequeño auricular con el que Andrew podría hablarme y escucharme.

Comprobaron con los chicos que había fuera, en una furgoneta de mudanzas por lo que me habían dicho, que todo estaba bien, y salí para reunirme con Andrew y Hugo.

—Estaremos cerca, lo sabes —me dijo Laia, dándome un abrazo.

—Sí, y es lo que me da fuerza para ir sola. Sin vosotros...

—No vamos a dejar que os pase nada, Alicia —contestó Andrew, sabiendo de sobra qué era lo que iba a decir yo

—A mí me da igual, pero a la niña, sacadla viva de allí, ¿de acuerdo? Sé que no estará sola si me pasa algo.

—¿Qué te va a pasar, mujer? —protestó Janis— Anda, tranquila, que ya mismo tenemos aquí a la nena para comérsela a besos entre todos.

—Vamos, se acerca la hora —escuché decir a Hugo.

Fuimos a los coches, Janis y yo subimos en el de Laia, mientras Andrew y Hugo, fueron el de este último, además del camión de mudanzas y varios de policía de incógnito que había repartidos por toda la zona, así como agentes de paisano que merodearían por allí.

Poco antes de llegar, recibí un mensaje del número al que habíamos estado llamando, me mandó una foto de mi niña, de espaldas, con un abrigo rojo y la capucha puesta, sentada en un banco, cerca de la zona de juegos.

Se me saltaron las lágrimas y Janis, que iba delante con Laia, se giró para cogerme la mano.

—Ya está, la tenemos ahí cerquita, preciosa. Venga, sécate esas lágrimas, que la niña te tiene que ver sonriendo.

—Lo sé, Janis, pero me parece increíble que al fin la vaya a recuperar. Están siendo los peores días de mi vida.

Laia paró el coche justo donde le pidió Andrew que lo hiciera, veían el parque de lejos así que ahí debían quedarse.

—Mira lo que tengo —dijo mi mejor amiga, mi hermana, sonriendo mientras sacaba unos pequeños prismáticos del bolso.

—La madre que te parió —rio Janis.

—Esto no sería una misión de espías, si no lleváramos uno.

o

—Madre mía —sonreí, mientras negaba abriendo la puerta.

—Vamos, cariño, a por nuestra pequeña Laia—miré a mi amiga, asentí y me preparé para salir del coche.

—Estamos aquí, Alicia, así que, tranquila —escuché que me decía Andrew a través del auricular, y asentí levemente para que pudiera verme.

. Comencé a caminar hacia el parque, me topé con varias personas que, al ver que hacían un leve gesto con la cabeza, me daban a entender que eran policías.

Aquello era de película, de verdad que sí, todos cuanto rodeaban el parque eran policías dispuestos a salir corriendo al más mínimo movimiento que les pareciera sospechoso.

Y ahí vi a mi pequeña, tan quietecita, sentada en el banco, que seguro que estaba muerta de miedo y ni se movía por si le hacían daño.

s —¡Laia! —grité, comenzando a llorar mientras corría para acortar la distancia— ¡Laia, mi niña!

Llegué al banco, me senté y la abracé con todas mis fuerzas, pero aquella no era mi niña, no era mi hija Laia.

—¡¡No!! —grité tan fuerte, que todos los que estaban más cerca fueron viniendo hasta el banco.

Me habían engañado, aquella no era mi hija, no lo era. Tan solo habían puesto un maniquí vestido con ropa de niña para hacerme creer que Laia me estaba esperando en ese parque.

—¡Por qué me hacéis esto! —gritaba, mirando para todos los lados, en busca de alguien que tuviera pinta de sospechoso.

Laia y Janis vinieron corriendo, seguidas por Andrew y Hugo. Yo estaba fuera de mí, no podía dejar de gritar, maldecir y suplicar que me devolvieran a mi niña.

Intentaban calmarme, pero no podían, me estaba dando un fuerte ataque de ansiedad, y la cosa empeoró cuando recibí varios mensajes.

El primero, con una foto de mi hija, diciéndome que no había hecho todo lo que me pedían. No podía entender nada, habíamos seguido las indicaciones y nadie podía saber que el lugar estaba lleno de policías.

El segundo, de la madre de Kazim, diciéndome que mi amiga y yo pagaríamos nuestros pecados con el mismo sufrimiento que tenía ella desde que perdió a su hijo.

Y el tercero, ese que nunca jamás pensé que recibiría por parte de esa persona.

Mamá: *Te dije que quitaras la denuncia, o las consecuencias serían peores. Esto lo has buscado tú sola, nadie más que tú es culpable de que la niña no esté en ese parque. No vas a volver a verla, Alicia, nunca más.*

—¡Hija de puta! —grité, dejándome caer al suelo, llorando, con las manos en la cara— ¡Eres una hija de puta! No tienes corazón ¡No lo tienes!

—Alicia, ¿qué pasa, cariño? —preguntó Laia, pero no pude hablar.

Me quitó el móvil de las manos y, al leer los mensajes, sobre todo el último, hasta ella dijo unas lindezas sobre mi madre, que jamás antes la había escuchado mencionar.

Janis lo cogió, leyó y se levantó para dárselo a Andrew y a Hugo.

—Sabía que andaba en el ajo —dijo Hugo, y eso me partió el alma en dos.

—Viene una ambulancia de camino, hay que sedarla —escuché a Andrew.

Y sí, la ambulancia llegó, me atendieron, y poco después de subirme en la camilla, todo se volvió negro.

—¡Hija de puta! —grité, dejándome caer al suelo, llorando, con las manos en la cara— ¡Eres una hija de puta! No tienes corazón ¡No lo tienes!

—Alicia, ¿qué pasa, cariño? —preguntó Laia, pero no pude hablar.

Me quitó el móvil de las manos y, al leer los mensajes, sobre todo el último, hasta ella dijo unas lindezas sobre mi madre, que jamás antes la había escuchado mencionar.

Janis lo cogió, leyó y se levantó para dárselo a Andrew y a Hugo.

—Sabía que andaba en el ajo —dijo Hugo, y eso me partió el alma en dos.

—Viene una ambulancia de camino, hay que sedarla —escuché a Andrew.

Y sí, la ambulancia llegó, me atendieron, y poco después de subirme en la camilla, todo se volvió negro.

Capítulo 29: Hugo



En cuanto vimos el mensaje que la madre de Alicia le había enviado, mandamos a varios agentes a su casa para que la arrestaran, pero la muy arpía llevaba semanas sin aparecer por la casa.

No podía creerme que una madre pudiera hacer algo así, es que no me entraba en la cabeza.

Estábamos en el hospital, esperando que Alicia se despertara, cuando aparecieron mis padres.

En todo este tiempo habían estado al tanto de todo, pero prefirieron quedarse al margen y dejarnos hacer nuestro trabajo.

—Hijo —me abracé a mi madre, llorando como un niño, y sentí que mi padre se unía a ese momento, frotándose la espalda.

—No vamos a poder encontrarla, mamá —dije, con todo el dolor de mi corazón.

—No puedes darte por vencido, mi niño —contestó, llorando ella también—. No puedes, Alicia te necesita, y la niña, os necesita a los dos.

—Lo de Alicia está muerto, ya no hay más nada entre nosotros que rencor.

—No digas eso, que te doy un bofetón. Con todo lo que os queréis, ¿cómo puedes decir eso, hijo?

—Se fue sin decir nada, perdió a nuestro bebé y no me había contado que iba a ser padre. La desaparición de la niña nos ha hecho sacar lo peor de nosotros.

—Con el genio que gastas tú a veces, no me cabe duda —intervino mi padre—. Pero tienes un corazón enorme que no te cabe en el pecho, hijo. No quieres a esa niña, la amas, la adoras, sientes pasión por ella y, ¿de Alicia? Estás enamorado de ella desde antes de que fueras consciente, te lo digo yo. ¿Vas a tirar por la borda ese amor tan bonito que tenéis?

—Ya no está, papá, el amor se fue.

—No hijo, ni se fue, ni se acabó, sigue ahí. Solo tienes que ser paciente y luchar por ella.

—Hugo —me giré al escuchar que me llamaba Janis, era la que se había quedado fuera conmigo, Laia estaba dentro con Alicia, y Andrew hablando con la policía para seguirles la pista a todos los familiares de Kazim, además de poner un operativo de búsqueda de la hija de puta de la madre de Alicia—. Me ha dicho el médico que podemos pasar, ya se ha despertado.

Asentí, dejé a mis padres con ella y fui hasta la habitación a la que habían llevado a Alicia.

La puerta estaba entreabierta cuando llegué, por lo que fui a abrir y me quedé paralizado cuando la escuché hablar.

—No voy a recuperar nunca a mi niña, Laia —Alicia lloraba desconsolada, y a mí se me partía el alma de verla así.

—Yo lo que no entiendo es qué hace tu madre metida en este asunto, de verdad que no.

—Ni yo, ya no sé qué pensar. Solo veo una solución, Laia, solo una.

—No se te ocurra decirme que vas a quitar la denuncia a ese hijo de puta de tu ex, porque no te voy a dejar.

—Si lo hago, me devuelven a la niña.

—A ver, ¿qué narices une a tu ex, tu madre, y la familia de Kazim? Porque yo no veo nada más, que lo que me pasó a mí. Querían hacerme daño porque Kazim murió, pero, ¿a ti? ¿Qué narices tiene tu madre en contra tuya?

—No lo sé, pero ya no tengo fuerzas para nada, Laia, me rindo, de verdad que me doy por vencida.

—¿No vas a pasar? —murmuró Janis a mi espalda.

—Sí... no. No, no voy a pasar, ya la he visto, está bien —me giré para marcharme, pero ella me retuvo, agarrándome del brazo.

—Hugo, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Quieres a Alicia, y adoras a esa niña, no las pierdas por ser cabezón y orgulloso.

—Ya las he perdido, a ellas, y al hijo que esperábamos. No me queda nada —sonreí, le besé la frente a mi amiga

y me marché.

—Hugo —me llamó mientras esperaba que se abriera el ascensor.

—Tranquila, voy a encontrar a mi hija, para devolvérsela sana y salva a su madre.

Entré en el ascensor, una vez vi que ella pasaba a la habitación, sonriendo y gritando de alegría.

Sabía lo que tenía que hacer, iba a poner todo mi empeño en encontrar a la niña para traerla de vuelta, no iba a dejar que pasara más tiempo separada de su madre, sabía que la necesitaba, al igual que Alicia a ella.

Me despedí de mis padres, les dije la habitación en la que estaba Alicia, y salí de allí, necesitaba respirar, tomar aire, pensar.

En ese momento me llamó Dylan, se había enterado por Janis, al igual que Ari, Jenny y Aitor, de la jugada que nos habían hecho los secuestradores.

—La madre de Alicia está metida en esto, y aún no sé cómo, ni por qué —le dije, mientras iba hasta mi coche.

—Joder, no lo entiendo. ¿Y ese empeño en que le quitara la denuncia al ex? *Bro*, tenéis que tirar del hilo y ver dónde comienza la madeja —contestó—. Si esa mujer quiere al ex fuera, debe ser por algo importante, no sé. Tira por ahí, a ver qué encuentras. Investiga al ex, a la madre, hasta al vecino del sexto si hace falta, pero da con la niña, porque Alicia se muere sin ella.

—Y yo, hermano, y yo.

Charlé un rato con él, empecé a conducir sin rumbo, tan solo pensando en lo que iba a hacer.

Le mandé un mensaje a Andrew, para que pusieran a nuestra gente a investigar al ex de Alicia. Cuentas, e-mails, llamadas, todo lo que pudieran, absolutamente todo.

También a la madre, algo debía de haber para que ella se hubiera aliado con la gente que conocía a la familia de Kazim.

Iba a encontrar el dato que me llevaría a la niña, era cuanto tenía en mente, aunque me costara la vida, lo iba a encontrar.

Y a Laia, a mi preciosa hija, la traería de vuelta, como que me llamaba Hugo Sanz.

Capítulo 30: Hugo



Teníamos todas las conexiones, absolutamente todas, y las razones por las que la madre de Alicia mostraba tanto interés en que ella quitara la denuncia a su ex.

Todo empezó con Laia y su liberación en Marruecos, la encarcelación de Kazim, y su muerte.

Hasta ahí, no había nada que fuera un nexo de unión entre la familia de ese hombre, el ex y la madre de Alicia, ¿verdad?

Pues bien, acabamos descubriendo por qué la madre de Kazim había colaborado con Pedro, y el motivo de que la madre de Alicia también estuviera en ese entramado.

El padre de Alicia, que en paz descansaba hacía varios años, había hecho un seguro de vida en el que los herederos serían, su esposa, su hija Alicia y el primer hijo que ella tuviera, pero no podrían cobrarlo hasta que este cumpliera cinco años.

La madre se había callado durante todos esos años y guardado el secreto, ese que compartió con su Pedrito del alma. Pero ese metepatas dejó a Alicia y renunció a la niña, tampoco le importó el dinero que iban a coger su mujer e hija, porque a él le iba bien, tenía un buen empleo.

Pero, cuando la nueva novia le dejó con una mano delante y otra detrás, ¿qué hizo? Mentir a Alicia diciéndole que tenía a la niña, cuando la que había orquestado todo fue su madre, para ver si ella así abría los ojos y regresaba con Pedro, puesto que ahora sí le interesaba el dinero, más que su hija.

Igual que a la madre, esa que nunca mostró el más mínimo afecto por ella, ni por su nieta, lo único que quería era el dinero del seguro de vida de su marido.

Cuando le conté a Alicia todo esto, no podía creer que su propia madre hubiera sido quien le produjo tanto dolor, quitándole a la niña.

Lloró de rabia, maldijo a su madre y quiso ir a buscarla donde fuera, pero no la dejamos ni Andrew ni yo hacerlo.

Yo ya la tenía localizada, la muy bruja se había ido a una casa que su difunto marido tenía en propiedad en un pequeño pueblo de Huelva, y ahí era donde había estado nuestra pequeña todo este tiempo.

Teníamos la casa vigilada, así como a la familia de Kazim, esa que había cooperado con la madre y el ex de Alicia para el secuestro de la niña, dado que ni la primera ni el segundo contaban con los medios adecuados para contactar con la gente que podría llevar a cabo el secuestro.

Esos tres, que no estaban en Marruecos, sino en Francia, iban a ser detenidos el mismo día, y a la misma hora, que la madre de Alicia.

El día, hoy, la hora, las once de la noche. De ese modo, ninguno podría sospechar qué es lo que pasaba, ni tampoco podrían escapar en caso de que vieran las noticias de la detención de alguno de ellos.

—Ya queda poco —me dijo Andrew, dándome una palmada en el hombro.

—Sí, lo sé, estoy deseando.

—Alicia está en el jardín, deberías ir a verla.

—¿No te preocupa que nos matemos? —Arqué la ceja.

—Si ella te da una bofetada, se iba a quedar la mar de a gusto, y sé que tú jamás le pondrías una mano encima a ella. Anda, ve.

Asentí y salí del despacho para ir a verla.

La encontré donde él dijo, en el jardín de casa, apoyada en uno de los pilares del porche.

El aire hacía que sus cabellos ondearan, y el aroma de su perfume llegó hasta a mí, por lo que respiré hondo y con los ojos cerrados.

—Vas a coger frío —dije, a su espalda.

—Estoy abrigada, no te preocupes —contestó, dándole una calada al cigarro que tenía en la mano.

Me moría de ganas por abrazarla, pero no podía, hasta ese punto era un poquito cabezón como me había dicho Janis.

—Todo está a punto de acabar.

—Sí, pronto tendré a mi niña, y, cuando la recupere, nos iremos.

—Podéis quedaros, esta es vuestra casa.

—Hugo, necesito tiempo —se giró para mirarme.

—Pero estaréis cerca, ¿verdad?

—Me voy a las Highlands con Laia y su familia. Tranquilo, que puedes ir a ver a la niña cuando quieras, o llamarla. No te voy a prohibir que la veas, eres más padre suyo, de lo que fue mi ex.

—Hugo —me giré al escuchar a Andrew—. Nos vamos ya, el operativo se ha adelantado, no quieren perder a nadie.

Asentí, miré a Alicia y quise decirle cuánto la quería, porque aún lo hacía.

—Trae a mi pequeña a casa, por favor —me pidió, entre lágrimas.

—La tendrás aquí esta noche.

Salí de casa, subí al coche de Andrew y pusimos rumbo a Huelva, a ese lugar en el que estaba mi pequeña.

Nos seguían varios coches de policía, además de los que ya estaban por allí.

El camino se me hizo eterno, y solo pensaba en que iba a ver a Laia de nuevo, que iba a poder abrazarla y que la tendríamos esa misma noche en casa con nosotros.

¹ Cuando llegamos, todas las luces estaban apagadas, la policía entró en la casa mientras Andrew y yo, nos quedamos en el coche, esperando que nos dieran paso.

Una vez lo hicieron, salí para encontrar a la niña.

—¡Laia! —grité, yendo por el pasillo, mirando en el interior de cada habitación, donde tenían a todos los implicados de rodillas en el suelo y detenidos.

—¡Papi! —cuando la escuché llamarme así, cerré los ojos y comencé a llorar.

Corrí hacia donde uno de los agentes me llamaba con la mano, entré en la habitación, y mi niña se tiró a mis brazos.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí, papi, pero os echaba mucho de menos. ¿Por qué me trajisteis aquí? —lloraba, desconsolada.

—No queríamos dejarte, mi vida, llevamos buscándote mucho tiempo.

—Tenía miedo, no podía dormir si no me dabais las buenas noches.

—Lo sé, hija, lo sé. Te quiero, Laia, te quiero con todo mi corazón, preciosa. Vamos para casa.

Ella asintió, se agarró a mi cuello mientras lloraba y la saqué de aquella casa llorando como un niño pequeño.

Al fin la tenía, por fin volvía a sostener a mi hija en brazos.

Me senté en el asiento trasero del coche con ella en mi falda y me la comí a besos, mientras le secaba las lágrimas.

Vi a la madre de Alicia salir esposada de la casa, en cuanto me vio, se le cambió la cara y supo que no tenía escapatoria.

Nada, ni nadie, iba a librar a esa mujer de la cárcel durante unos cuantos años.

Andrew sonrió cuando se montó en el coche, me miró, le hizo un gesto de cariño a Laia, que sonrió al ver a su tito, como le gustaba llamarlo y puso el coche en marcha.

Regresábamos a mi casa, a nuestra casa, de Alicia, Laia y mía, porque, aunque ellas se marcharan, esa era, y siempre sería, también su casa.

Pasé el viaje de vuelta consolando a la niña, pero es que yo no dejaba de llorar tampoco. Conseguí que ella se quedara dormida y al menos descansaría unas horas.

—Hemos llegado, amigo —dijo Andrew, cuando paró el coche.

Bajamos, entramos en casa y vimos a su mujer y a Alicia sentadas en el sofá.

Cuando nos escucharon, ambas se pusieron en pie y comenzaron a llorar.

—Mi niña —murmuró Alicia, acercándose a mí.

—Ya está en casa, Alicia, ya está en casa —le dije, llorando yo también al verla besarle la cabecita a nuestra pequeña, abrazarla y decirle cuánto la quería.

—Gracias, Hugo —susurró, mirándome, mientras la cogía en brazos para llevársela a la cama, con ella.

Me quedo ahí de pie, llorando, mientras las veo marchar. Andrew me da una palmada en el hombro, lo miro y sonrío.

—Te debo la vida de mi hija, amigo —le dije, secándome las lágrimas—. Gracias por venir cuando te lo pedí.

—Sé que tú habrías hecho lo mismo por cualquiera de mis hijos, así que, no me des las gracias.

—Hugo, ve con ellas.

—No puedo Laia, no puedo.

—Se van a venir a vivir con nosotros.

—Lo sé, me lo dijo antes de irme. Estarán bien con ustedes. Descansad, que en un par de días os marcháis.

Laia me da un beso en la mejilla, Andrew vuelve a palmearme la espalda, y se van a su habitación.

Yo, en este momento, siento que necesito un whisky.

Cuando nos escucharon, ambas se pusieron en pie y comenzaron a llorar.

—Mi niña —murmuró Alicia, acercándose a mí.

—Ya está en casa, Alicia, ya está en casa —le dije, llorando yo también al verla besarle la cabecita a nuestra pequeña, abrazarla y decirle cuánto la quería.

—Gracias, Hugo —susurró, mirándome, mientras la cogía en brazos para llevársela a la cama, con ella.

Me quedo ahí de pie, llorando, mientras las veo marchar. Andrew me da una palmada en el hombro, lo miro y sonrío.

—Te debo la vida de mi hija, amigo —le dije, secándome las lágrimas—. Gracias por venir cuando te lo pedí.

—Sé que tú habrías hecho lo mismo por cualquiera de mis hijos, así que, no me des las gracias.

—Hugo, ve con ellas.

—No puedo Laia, no puedo.

—Se van a venir a vivir con nosotros.

—Lo sé, me lo dijo antes de irme. Estarán bien con ustedes. Descansad, que en un par de días os marcháis.

Laia me da un beso en la mejilla, Andrew vuelve a palmearme la espalda, y se van a su habitación.

Yo, en este momento, siento que necesito un whisky.

Capítulo 31: Alicia



Tocaba despedirme de Cádiz, de la casa en la que había vivido los mejores, y también los peores, momentos de estos últimos meses.

Pero debía marcharme, alejarme de todo lo malo que había pasado en estas semanas, unas que dejaban recuerdos de lo más feos y que preferiría que pudieran borrarse de mi memoria.

Dejaba todo atrás, incluso al hombre que más había querido, y seguiría queriendo porque sería imposible olvidar los bonitos momentos que pasamos juntos.

Necesitaba alejarme, rehacer mi vida junto a mi hija, volcarme en ella y no dejarla sola ni un momento.

No quise separarla de Hugo al día siguiente de que me la trajera de vuelta a casa, por lo que les pedí a Laia y Andrew, que retrasaran el viaje para irnos hasta hoy, tres días después de que mi niña regresara a mi lado.

Sabía que Hugo lo agradecía, y yo lo había hecho para que él y la niña pasaran tiempo juntos, no porque quisiera arreglar nada. Lo nuestro, al menos por el momento, no tenía arreglo.

La mañana siguiente de recuperar a la niña hice una videollamada con Ari, Jenny, Aitor, Dylan y Janis, mi niña estaba encantada de verlos a todos, que no dejaban de decirles lo guapa que estaba y las ganas que tenían de achucharla.

Cuando les dije que me marchaba con Laia y su familia a las Highlands, ya todos sabían el motivo, así que, asintieron y me desearon mucha suerte en mi nueva etapa.

Eso sí, al día siguiente tenía un montón de libros suyos, así como cuentos, cuadernos y lápices para colorear, ropa, colonia para mi pequeña, y un perfume para mí.

Que tuvieran ese detalle con nosotras, me hizo pasarme más de media hora llorando, con mi amiga Laia al lado, diciéndome que mi hija era como una sobrina para todos ellos.

Terminé de recoger mis cosas y, al girarme, Hugo estaba apoyado en el marco de la puerta, la niña estaba en el salón con Andrew.

—Al final, os vais.

—Sí, necesito tiempo, alejarme de aquí, respirar... Hay mucho dolor en esta casa.

—¿Podré ver a la niña?

—Claro que sí, no voy a negarte eso, Hugo. Llámala cuando quieras, o ve a verla.

—La voy a echar mucho de menos, amo a esa niña —sonaba derrotado por completo y lo entiendo, porque sé la conexión que tenían, y aún tienen.

—Ella a ti también, lo sé, pero, como te digo, llámala siempre que quieras.

Cojo la maleta, colgándome la otra bolsa al hombro y, cuando paso por su lado, vuelve a hablar, pero esta vez, sin mirarme.

—Con esa niña, te llevas mi corazón.

Trago para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta, no quiero llorar de nuevo y que esta vez me vea la niña.

Le dejo ahí mientras voy al salón y, al verme, Laia viene corriendo a darme un abrazo.

—¿Ya nos vamos? —preguntó, mirándome con los ojos más tristes que le había visto nunca.

—Sí, cariño. Corre, ve a decirle adiós a Hugo.

—¿Por qué no puede venir él, mami?

—Preciosa —escuché a Hugo, y tenía la voz tomada por las lágrimas que él tampoco quería derramar delante de ella, la cogió en brazos y le besó la frente—, sabes que tengo mucho trabajo, pero prometo que voy a llamarte, ¿vale?

—Vale —la veo abrazarse al cuello de Hugo, y sé que está llorando.

—Cuida de mamá, cariño —le pide—. Y no olvides que te quiero.

—¿Cuánto? —preguntó, secándose las mejillas.

—Hasta el infinito, y más allá.

Andrew coge nuestras maletas, Laia me da la mano y salimos de la casa. Yo, sin mirar atrás, conteniendo las lágrimas, mi niña, mirando a Hugo y diciéndole adiós con la mano.

Se me parte el alma, de verdad que sí, se me parte porque sé lo mucho que mi hija quiere a ese hombre.

Montamos en el coche y ella, desde la ventana, sigue diciéndole adiós con la mano, gritándole que lo quiere mucho y pidiéndole que no se olvide de llamarla.

Hasta yo acabo llorando, y Andrew me coge la mano para darme un apretón.

—Deberíais haberos quedado, esto os está partiendo el corazón a los tres.

1

—No puedo, Andrew, no puedo —contesté, sollozando.

En el camino hasta la casa de los padres de Laia, donde nos espera ella con los niños para ir al aeropuerto, mi hija me pide que le deje uno de los cuadernos de colorear que le mandaron sus titos de la tribu, como ella ha empezado a llamarlos.

Con eso ella va entretenida, no pregunta más por Hugo y a mí me evita el acabar llorando a lágrimas tendidas.

En cuanto llegamos a Huelva, Laia y sus padres salen a recibirnos, se comen a la niña a besos y ella va encantada a jugar con sus primos, Hugo y Dylan.

—¿Listas para el vuelo, chicas? —preguntó Laia, tras despedirnos de sus padres y meter su equipaje en el coche.

—Sí, más que listas —sonreí.

Fuimos al aeropuerto, los niños no dejaban de reír y jugar en el coche. Cuando llegamos, tras facturar todo, fuimos a la puerta de embarque y subimos al avión, ese que nos llevaba a una nueva vida, lejos de todo lo que conocíamos, lejos de nuestras raíces.

Hugo me vino a la mente, tal vez con esta decisión me estaba equivocando, pero necesitaba tiempo para pensar, poner distancia de por medio y tratar de olvidar el modo tan feo en que nos habíamos tratado.

Porque sí, el dolor y la rabia nos hicieron decir cosas que ni él ni yo, sentíamos realmente. Sobre todo, él, el día que llegó borracho a casa diciendo que yo era la culpable de todo y que era una mala mujer.

Todo cuanto dijo dolió como puñales clavándose en mi pecho, pero era el alcohol el que hablaba, no él.

—Mami, ¿podemos llamar a Hugo cuando lleguemos?

—Claro, mi niña, puedes llamarlo y hablar con él —la besé.

No, mi hija no me iba a poner fácil que me olvidara de ese hombre, ese, al que todavía quería con todas mis fuerzas.

1

3

5

Porque sí, el dolor y la rabia nos hicieron decir cosas que ni él ni yo, sentíamos realmente. Sobre todo, él, el día que llegó borracho a casa diciendo que yo era la culpable de todo y que era una mala mujer.

Todo cuanto dijo dolió como puñales clavándose en mi pecho, pero era el alcohol el que hablaba, no él.

—Mami, ¿podemos llamar a Hugo cuando lleguemos?

—Claro, mi niña, puedes llamarlo y hablar con él —la besé.

No, mi hija no me iba a poner fácil que me olvidara de ese hombre, ese, al que todavía quería con todas mis fuerzas.

Capítulo 32: Alicia



Tres meses llevaba en Inverness, dos meses en los que solo hacía mirar a mi hija y pensar que no me quería separar de ella ni un segundo para que nunca le volviera a pasar nada.

Laia y Andrew, se habían portado conmigo mejor que mi madre en toda su vida, así de duro, esa madre que había tenido que enterrar en vida y que odiaba a más no poder, así de fácil, porque después de lo que hizo no era para menos.

A la semana de estar allí a Laia no se le ocurrió otra cosa que decir que montáramos una tienda online, sí, lo peor de todo es que Andrew, nos animó tanto que al mes ya la teníamos.

Ellos pusieron el dinero, escogimos el género, hicimos la página y con la ayuda de los autores de la tribu y su promoción, al siguiente mes aquello era una locura de ventas y éxito donde las veinticuatro horas del día se registraban pedidos y pedidos.

Ya estaban con el dinero casi recuperado y teníamos ganancias, habíamos conseguido cobrar nuestro primer sueldo y yo estaba loca de contenta.

Mis planes eran irme en septiembre para Huelva, me iba a meter en el piso de Laia hasta que encontrara algo, pero yo no me veía viviendo en Escocia, desde allí trabajaría por Internet con ella, nuestro negocio era perfecto para trabajar desde casa y cuidar a nuestra familia.

Con Hugo no había vuelto a hablar, eso sí, cada tarde le hacía una videollamada a Andrew y le ponía a la pequeña Laia, esa que le llamaba papá y que se le iluminaba la cara con solo verlo tras la pantalla.

Yo no lo había olvidado y me daba mucha pena haber acabado como lo habíamos hecho, pero las cosas se nos fueron de las manos y nos dijimos tantas palabras duras que aquello, ni con el tiempo se olvidaría.

Esa borrachera en la que me habló de aquella manera fue más dura incluso que el día que no estuvo a mi lado cuando perdimos al bebé, mucho más duro. Al final solo nos quedó una cosa en común, el amor que sentíamos por nuestra pequeña Laia.

Eso lo tenía bastante claro y es que, ningún hombre amaría a mi hija como lo hacía él, que pasó de quererla a ser una obsesión cuando desapareció y es que se volvió completamente loco, parecía otro, no asumía que ella no estuviera, no podía soportarlo, pero yo tampoco. La diferencia es que no le hice esos vacíos que él a mí sí, ni lo traté de ninguna manera hasta que ya me calentó por completo y tuve que comenzar a contestarle.

Era duro, lo seguía siendo porque yo lo quise con todas mis fuerzas, aún lo seguía queriendo, pero tenía claro que era pasado, todo nos había venido demasiado grande y cuando las cosas no se afrontan de la mano, es mejor decir adiós.

—¿En qué piensas? —se acercó Laia al porche trasero que estaba cerrado y lo usábamos para fumar.

—Pues en todo, en estos primeros tres meses aquí, en cómo cambió todo cuando se llevaron a Laia —di un trago del vaso de leche con miel que me estaba tomando.

—Dentro de un mes es tu cumpleaños, me gustaría regalarte algo que te haga especial ilusión, que se te ilumine la cara y te haga feliz.

—Este trabajo que hemos hecho de la tienda online, aunque no lo creas, es lo que más feliz me pudo hacer del mundo.

—Pero quiero regalarte algo, no sé, piensa en qué te podría hacer muchísima ilusión.

—Lo material no me importa y lo más importante ya lo tengo.

—No, tienes que pensar en algo.

—Que cabezona te pones, hija mía.

—Si fuera tu hija... —nos echamos a reír.

a

—De verdad, el mejor regalo sois ustedes, mi familia, esa que para mí es lo más importante del mundo, sin ustedes no sabría ni que hacer, ni por dónde empezar...

—Venga déjate ya de sentimentalismos, piensa en algo.

—Un viaje a Bora Bora —me reí.

r

—¿Te vale con una semana?

—Estoy bromeando, no me voy a ir una semana allí ni loca.

—¿Por qué no?

—Primero, no metería a mi niña tantos días de vuelo y segundo, aquello vale un pastón.

—Tengo el dinero para comprarlo, quiero regalártelo y te irás sola a despejarte, a un hotel chulo, con una cabañita en el mar, conocerás gente por el hotel y te lo pasarás de muerte.

—¿Separarme de mi hija? ¡Estás loca! —me reí.

—Tu hija se quedará aquí con nosotros y esa semana se vendrá Hugo a estar con ella y que aproveche.

—Que no, que no, en serio, no me separo de mi hija y no te hago gastar ese dinero.

—Lo dicho, te vas.

—¡Ni se te ocurra! Te juro que vas a tirar el dinero, de verdad, que no, no estoy para separarme de mi hija ahora mismo.

—Estás para estar sola sin problemas, pensar, encontrarte a ti misma, tomarte unos días desconectada de todo, estás para eso, créeme.

—Ni muerta, no me voy ni muerta, te lo advierto ya.

—Te digo que te vayas haciendo de las prendas para ese viaje, tienes un mes para organizarte, el mismo día de tu cumpleaños volarás para allá.

—No te lo crees ni tú, de verdad que no.

—Me da igual lo que me digas, me voy a poner como tú cuando sabes que tienes que hacer algo y no cuentas con la opinión de nadie —me recordó cuando fui a Irlanda—. Lo voy a hacer y sé que te vas a marchar.

—No lo hagas en serio...

—Sabes que sí —sonrió y se encendió un cigarrillo, ese que nos fumábamos antes de dormir.

a

l

Capítulo 33: Alicia



Y lo hizo, vamos si lo hizo...

Ahí estaban ellos con sus hijos y mi hija diciéndome adiós con la manita en el aeropuerto antes de entrar a embarcar.

Reí negando, no me lo podía creer, no podía ser que al final me hubieran convencido...

Hugo llegaba al día siguiente a Escocia y pasaría esos días con ellos, sabía que mi pequeña se lo iba a pasar genial con él y que estaría muy feliz.

Yo llevaba mi Tablet para allí inspirarme en nuevos modelitos para la web, la verdad es que estaba loca de contenta en cómo marchaba todo.

Me esperaba un viaje largo, demasiado, pero ya comencé a emocionarme al imaginarme entre aguas cristalinas y despertando con uno de los mejores paisajes del mundo, aquello iba a ser para no olvidar y, algo así me hacía falta, esa era la verdad.

Entré al avión y me habían comprado una buena clase, no era ni la turista, ni la primera, era intermedia y los sillones eran amplios.

Me senté en ventanilla, me puse los cascos y miré por la ventanilla, iba a dejar Escocia, ese lugar en el que encontré un poco de paz después de las duras Navidades que había pasado.

Sentí como alguien se paraba para sentarse a mi lado, levanté la cabeza para saludar con amabilidad.

—¡La hostia! —dije poniéndome la mano en los ojos y negando.

—Dejemos las hostias, eso ya quedó atrás —sonrió y tomó asiento.

—Hugo...

—El mismo, a veces poli que no da ni una y otras, escritor —me hizo un guiño.

—¿Qué haces aquí?

—Me salía más barato venir los dos que regalártelo a ti sola.

—A mí me lo regalaron...

—¿Laia y Andrew? —se echó a reír.

—Los mato...

—Yo le pedí que te dijera cuál es el regalo que más deseabas en el mundo y tú pediste este —se encogió de hombros, causándome una sonrisilla que hacía mucho que no sacaba.

il

—¿A quién mato ahora? —Volteé los ojos.

—A nadie, mejor celebramos tu cumple al llegar y disfrutamos del buen clima.

—¿Sin matarnos?

—Yo vengo en son de paz, como padres de Laia, tenemos que llevarnos bien —me hizo un guiño y a mí, a mí se me cayó la baba.

—No sé si darte dos besos o una hostia —me reí negando.

—Dame un abrazo y eso será el mejor regalo que me puedas hacer.

—¿Y por qué tengo yo que hacerte un regalo? —reí y lo abracé.

—Como premio a yo haber sido el hombre más gilipolla sobre la faz de la tierra —murmuró y se me cayeron las lágrimas.

—Ya me has hecho llorar.

—Bueno, uno... —Se secó él las suyas y es que también se había emocionado.

—Quiero que volvamos a ser amigos, Hugo, no nos merecíamos un final así —dije entre lágrimas.

—Siempre serás la mamá de mi niña y solo por eso te voy a querer mucho y estaré para cuando lo necesites.

—Gracias, Hugo, yo también estaré para ti.

—Pero ahora vamos a disfrutar de esos siete días juntos y limar todas las asperezas sin echarnos nada en cara.

—Claro.

—¿Amigos? —Me extendió su mano.

—Siempre —se la di sonriendo.

—En cuanto regrese me voy a liar a escribir esta historia, ya Ariadna hizo la de tu amiga y Andrew y creo que es hora de que escriba yo la nuestra.

—¿En serio?

—¿Cuento con tu permiso?

—Siempre —sonreí.

El vuelo despegó y él cogió mi mano y se la llevó a sus labios.

—Este viaje es el que recordaremos siempre y no de la forma en que nos despedimos la anterior vez.

—Hemos dicho que vamos a limar asperezas sin recordar nada de lo que pasó —carraspeé.

—Tienes razón —me hizo otro guiño.

El vuelo duró más que un embarazo, pero dormimos, charlamos, nos reímos a carcajadas con sus cosas y merecí la pena ese trayecto donde parecía que una parte fea anterior se había quedado en el pasado.

Aterrizamos en el noroeste de Tahití en la Polinesia Francesa, solo ese momento en el que íbamos entrando y se veía aquellas aguas turquesas, era impresionante, estaba loca con aquella estampa que tenía ante mis ojos.

Un coche nos llevó al hotel, aquello era de lo más exótico del mundo, impresionante, esa era la palabra, impresionante.

Ya ni que decir ese hotel en aquel lugar ante el mar, con luces en plan antorchas, con ese mar impresionante, bares de madera por todos lados que eran de lo más bonitos y llamativos. Yo estaba alucinando en colores.

—Y que tú me hayas regalado esto —dije, asomándome a la terraza de aquella cabaña sobre el mar.

—Y la Luna si me la hubieses pedido... —murmuró tras de mí y puso delante su mano para que cogiera una copa de vino.

—Hugo... —Me sequé las lágrimas sin querer ni girarme.

—Dime, preciosa.

—No tendré vida para pagarte esto, quizás sin ti jamás habría venido.

—Ese era el asunto, que no vinieras sin mí —reí al escucharlo.

—No me estarás ligando, ¿verdad? —carraspeé, bromeando.

—No. Aún no —sonrió y me dio un abrazo por detrás.

—Explícame eso de, aún no —me giré.

—No he dicho nada, *preziosota*.

—*Preziosote* la que te voy a dar yo—me reí abrazándolo.

Y nos quedamos un buen rato así, con nuestra copa de vino en la mano, en silencio, me besaba el cuello una y mil veces, en ese momento parecía que algo estaba haciendo que nos olvidáramos de lo malo y nos demostráramos ese cariño tan grande que nos teníamos.

—Bueno —me aparté —, que el vino y esos besos, no quiero que se mezclen las cosas —medio sonreí y fui a rellenármela. Metió su mano por delante para que también le echara a él.

—¿Y qué cosas no deberían mezclarse?

—Lo sabes, el vino es muy traicionero —arqueé la ceja.

—Y si te robo un beso, ¿sería la culpa del vino?

—No, sería mía de la hostia que te iba dar.

—No serías capaz —quitó la copa de mi mano y me pegó a él.

—No lo hagas —le advertí riendo.

l

—Dame una razón para que no lo haga.

—La cagarías.

—No sería el primero —se rio, pegándome más con esa mano que rodeaba mi espalda y con la otra agarró mi mandíbula y se acercó a besarme.

—No, no lo hagas —murmuré sonriendo y apretando los dientes cuando lo tenía a unos milímetros de mí.

—Sí, lo voy a hacer —se acercó y me dio un beso que duró unos segundos.

—Lo has hecho —agaché mi cabeza a su pecho riendo y puso su mano en mi cabeza.

—Lo he hecho porque algo tan bonito que han vivido dos personas, no se puede terminar por una sola situación y eso de que no lo hemos afrontado juntos, no me lo creo, lo hicimos a nuestra manera, pero estuvimos en la misma dirección.

—No me hagas llorar, joder —me fueron cayendo lágrimas que él quitaba con la yema de sus dedos.

Se giró y cogió algo de su neceser, lo tenía puesto en la mesa de la terraza.

l

e —Alicia —abrió una cajita que contenía una preciosa sortija —. Lo primero feliz cumpleaños —murmuro, causándome una carcajada de lo más nerviosa mientras él me miraba sonriente —Lo segundo ¿Me aceptarías como marido y padre con apellidos de nuestra hija?

—Espera —me puse la mano en el pecho mientras lloraba.

—¿Me estás diciendo de que quieres casarte conmigo?

—Creo que sí, espera que lo pienso —le dio un trago a la copa mientras yo reía a carcajadas y a lágrimas tendidas.

—Acabas de romper todo el romanticismo.

—Eso lo arreglo rápido — se giró y sacó una flor que colocó en mi oreja, echó mi mechón de pelo hacia delante por detrás de la oreja —. Te estoy diciendo que quiero ser el padre con todas la de la ley de nuestra hija — acariciaba mi mechón de pelo y miraba hacia el —. Te estoy diciendo que quiero ser oficialmente tu marido, y te estoy diciendo que no quiero pasar ni un solo día más sin vosotras. Sois todo lo que amo en esta vida —me besó.

—No he aceptado aún —murmuré, riendo entre besos.

—Ni falta hace —me cogió la mano y colocó el anillo —. Confirmo con tu mirada, lo que tus labios no se atrevieron a pronunciar.

—Hugo...

—Bésame mientras pronuncias mi nombre.

—Deja al escritor y saca al poli malo que me estás matando —reí.

—Matando de amor será, ¿no?

—Algo así —volteé los ojos.

Y me volvió a besar. Aquel beso fue el mejor de todos los regalos de mi cumpleaños.

—Creo que sí, espera que lo pienso —le dio un trago a la copa mientras yo reía a carcajadas y a lágrimas tendidas.

—Acabas de romper todo el romanticismo.

—Eso lo arreglo rápido — se giró y sacó una flor que colocó en mi oreja, echó mi mechón de pelo hacia delante por detrás de la oreja —. Te estoy diciendo que quiero ser el padre con todas la de la ley de nuestra hija — acariciaba mi mechón de pelo y miraba hacia el —. Te estoy diciendo que quiero ser oficialmente tu marido, y te estoy diciendo que no quiero pasar ni un solo día más sin vosotras. Sois todo lo que amo en esta vida —me besó.

—No he aceptado aún —murmuré, riendo entre besos.

—Ni falta hace —me cogió la mano y colocó el anillo —. Confirmo con tu mirada, lo que tus labios no se atreven a pronunciar.

—Hugo...

—Bésame mientras pronuncias mi nombre.

—Deja al escritor y saca al poli malo que me estás matando —reí.

—Matando de amor será, ¿no?

—Algo así —volteé los ojos.

Y me volvió a besar. Aquel beso fue el mejor de todos los regalos de mi cumpleaños.

Capítulo 34: Alicia



No se trata de decir adiós, se trata si de realmente dejaste ir aquello que amabas por miedo a una situación, estaba claro que el amor estaba ahí, en esos primeros besos que volvían a erizarnos la piel por completo.

La noche en la cabaña se dibujaba preciosa, entré a ducharme y ponerme el pijama cortito que me había comprado para el viaje.

Hugo se quiso meter conmigo en la ducha y no lo dejé, era demasiado rápido todo, pero sabía que no iba a tardar esa noche en caer, estábamos deseosos de devorarnos el uno al otro.

Cuando salí él se había duchado en la que había fuera, al lado del jacuzzi, me esperaba guapísimo con unas calzonas de atletismo azules con las rayas blancas a los lados y una camiseta blanca.

Había echado dos copas de ron con cola de las que había en el bungalow.

—Toma —me la acercó y me dio un beso.

—Hugo, dime que no estoy soñando —miré al mar donde se reflejaba la Luna.

—Dímelo tú a mí —se rio, dándome otro beso.

—Me encanta esta canción —había puesto música en su móvil y sonaba la de Ese hombre, de Pimpinela, pero versionada por “Los 4” en salsa, y sonaba de lo más bonito.

—Baila conmigo —me agarró por la cintura y comenzó a llevarme.

—Me muero.

—Me encanta que te sonrojes por mí.

—No me mires así, por favor —me mordí el labio y fruncí el rostro.

—¿Por? —decía apretando mi mano por encima de nuestros pechos y moviéndome a su antojo al son de esa música.

—Me muero —reí, apoyando mi cara en su pecho y seguimos bailando.

No me lo podía creer, que él tuviera que ver en este viaje y que se hubiera sumergido en el a mi lado, no me lo podía creer...

Se sentó en un sillón balancín que era como medio globo.

—Coge las copas y ponte aquí —las cogí, además del tabaco y el cenicero que apoyé en un lado que tenía para eso y luego me senté de lado con las piernas cruzadas entre las suyas.

—Prefiero esto a bailar —me reí.

—Me encanta bailar contigo —me rodeaba con sus manos mientras me hablaba mirando a mis labios.

—Hugo, por Dios, que no me lo esperaba y es demasiado impacto para mí —reí.

—No sabes este mes cuanto he soñado con este momento.

—Joder, menos mal que yo no sabía nada —reí.

—No sabes lo que te has ahorrado.

—Me lo imagino —apreté los dientes y me besó.

Nos quedamos mirándonos unos segundos en los que nuestras miradas lo podían decir todo.

—¿Cuándo nos vamos a casar?

—He pensado que este verano...

—Genial, me tendré que dar patadas en el culo —reí incrédula.

—Solo te tendrás que encargar del vestido tuyo y de la niña.

—¿Y mientras tanto?

—Os venís conmigo, no me podéis dejar solo ni un día más —me besó—. Estaremos tres días en Escocia a la vuelta y regresaremos los tres a Cádiz, a nuestra casa.

—Tu casa —me reí.

—Nuestra casa. Tú aceptarás que yo le ponga mi apellido a la niña y yo aceptaré cambiar mi casa a nombre de los dos.

—No quiero que hagas eso, lo de la niña es independiente.

—Todo es de los dos, la niña y la casa —me besó.

Parecía que estaba viviendo una novela de esas que él escribía, era todo tan bonito y perfecto que parecía eso, una historia de esas que te sacan muchos suspiros.

Estábamos reventados del viaje, así que después de esa copa nos fuimos a la cama, a dormir juntos por supuesto.

Se metió y abrió mi parte.

—Vente conmigo, *preziosota*.

—Me llamas igual que a las chicas de la tribu —me reí.

—Para que veas lo que te aprecio —me mordió la nariz.

—¡Tonto! —reí.

—Dime una cosa, Alicia.

—A ver...

—¿Me echaste de menos?

—Cada día...

—Con eso me vale.

—Pero también te maldecía —carraspeé y me tapé la cara con las sábanas.

Y ahí me quedé entre sus caricias en la espalda y pelo, derrotada por ese viaje tan largo y llena de emociones que me conducían a la felicidad.

s

1

—Con eso me vale.

—Pero también te maldecía —carraspeé y me tapé la cara con las sábanas.

Y ahí me quedé entre sus caricias en la espalda y pelo, derrotada por ese viaje tan largo y llena de emociones que me conducían a la felicidad.

Capítulo 35: Alicia



Desperté y Hugo estaba besando mi barriga.

—Si bajas un poco te hago una llave de Karate Kid —reí.

—Acaba de traer una barca el desayuno y lo han dejado fuera, así que te vas a librar.

—¿Y cómo sabes eso?

—Tocaron la campana de la mesa.

—Joder, pues ni me enteré —reí —, pero les agradezco lo oportunos que han sido —dije con ironía.

—El desayuno puede esperar —comenzó a sacar mi pantalón cortito y la braga.

—¡Hugo, no! Por Dios... —resople al tener ya su boca entre mis labios vaginales.

—Por Dios, no, por ti —sacó la cabeza para decírmelo y volvió a esconderse entre mis piernas.

Me agarré a las sábanas y me retorcí de placer. Al jodido era normal que le llamaran, el chupa tapas de yogures ¡Si la gente supiera! La realidad, superaba a la ficción.

Sus dedos ayudaban a ponerme más excitada y, de repente, elevó mis piernas y las dejó reposada sobre sus hombros.

Madre mía la que me estaba dando, yo creí que me iba a infartar y no llegaba al clímax, aquello estaba siendo demasiado para mí.

Creo que en mi vida chillé tanto ni caí tan desfallecida en mi vida después de un orgasmo, me había dejado caos.

—¿Estás bien? —preguntó subiendo a mi lado y dándome un beso en la cara, pero eso sí, con esa sonrisilla.

—Te voy a matar —me puse las manos en la cara.

—Vamos a desayunar —me las quitó y besó.

—Ah no, te toca a ti disfrutar — lo tiré hacia mí y no tardó en penetrarme.

—Porque tú me lo has pedido...

—Si ya... —reí.

Y ahí de nuevo me puso a mil por horas, se agarró a mis caderas y comenzó a entrar y salir mientras a mí no me daba lugar ni a respirar.

Jadeantes caímos de nuevo en una explosión de placer que nos dejó tirados sobre la cama pegados sin poder movernos.

Sin esperarlo, me cogió en brazos desnuda y salió a la terraza, fue bajando por la cuestecita de la cabaña y entrando al mar, era una pasada, siempre había visto en las fotos escaleras, pero esto era andando, alucinante.

El agua estaba perfecta, nos dimos un baño y mil besos, luego volvimos, nos rodeamos con una toalla y nos sentamos a desayunar.

—No me puedo creer lo que está pasando —murmuré, cogiendo un trozo de bollo y metiéndomelo en la boca.

—Bueno, creo que estamos donde debemos de estar, creando nuestra propia historia.

—Joder, pero es demasiado bonito todo.

—Tú lo elegiste...

—Parece que mi subconsciente sabía algo —me chupé el dedo que se había manchado de crema de cacao.

—¿Te lo chupo yo?

—No —relamí el dedo a más maldad.

—Me estás provocando...

—Yo no, eres tú que tienes la mente muy calenturienta.

—Será porque me provocan.

—Ah no, yo venía a unas vacaciones, a encontrarme.

—Y no me dirás que no lo has hecho —me sirvió un poco más de café.

—Bueno, te encontré a ti, cosa que no me esperaba.

—¿Y la sonrisa tan bonita con la que luces ahora?

—No sabes la que he tenido este tiempo —le saqué la lengua.

—Tengo muchos videos tuyos —me hizo un guiño—. Te recuerdo que soy poli.

—Y yo que tengo unos amigos que me han vendido —negué riendo.

—Tus amigos son tu familia, esa que tú elegiste.

—Sí, pero bueno, era ella, luego llegó toda la tropa, tribu incluida —reí al recordarlos a todos.

—Hablando de la tribu ¿Qué tal si nos tiramos un selfi y lo subo al grupo?

—No eres capaz —lo reté.

—Sonríe —me agarró por el hombro y tiró la foto. Parecía una estampa de postal.

Y la subió, los comentarios no tardaron en comenzar, nos daban la enhorabuena y nos ponían unas cosas preciosas, la verdad es que todas eran adorables y lo vivían todo con mucha intensidad.

Ese grupo era uno de lo más bonitos que había visto en mi vida, esas chicas eran todas unas guerreras que amaban las novelas y les tenía a los autores un cariño muy fuerte, lo demostraban cada día. Era brutal como apoyaban y compartían los posts de publicidad de sus libros.

—Me encanta como son —murmuró sonriente y mirando los comentarios.

—Eso estaba pensando, tenéis las lectoras más buenas personas del mundo.

—Se les coge mucho cariño, es nuestra familia virtual.

—Lo sé, además, por nuestra niña hicieron mucho.

—Soy consciente de ello —sonrió emocionado, recordándolo.

Y se le iluminaba la cara con solo nombrarlas. Hugo era muy entregado a las chicas, además, tenía santa paciencia comentando los comentarios que le hacían en sus posts. Bromeaba con ellas sin pelos en la lengua, pero con el respeto siempre por delante, como era él, un chico de lo más respetuoso.

Tenía mucha suerte de estar rodeado también por autores que se partían la cara los uno por los otros, se arropaban con cada salida de novela y siempre a la hora de la verdad, estaban ahí para apoyarse todos.

Amé la lectura gracia a todos ellos y es que ya era una fan absoluta de esos once autores a los que iba leyendo y poniéndome al día con sus novelas. Eso sí, con Hugo tenía predilección, leer sus letras era escucharlo a él, en toda su esencia y es que en cada libro había una parte de él.

Y ahora estaba aquí, como si de una de sus historias se tratara, de esas que cuando todo está patas arriba, llega un momento que se arregla y se forman chispas en el aire. Ahora me estaba tocando vivirlo a mí de nuevo y en primera persona, junto a él, junto a ese hombre que, pese a todo, siempre ame...

—Eso estaba pensando, tenéis las lectoras más buenas personas del mundo.

—Se les coge mucho cariño, es nuestra familia virtual.

—Lo sé, además, por nuestra niña hicieron mucho.

—Soy consciente de ello —sonrió emocionado, recordándolo.

Y se le iluminaba la cara con solo nombrarlas. Hugo era muy entregado a las chicas, además, tenía santa paciencia comentando los comentarios que le hacían en sus posts. Bromeaba con ellas sin pelos en la lengua, pero con el respeto siempre por delante, como era él, un chico de lo más respetuoso.

Tenía mucha suerte de estar rodeado también por autores que se partían la cara los uno por los otros, se arropaban con cada salida de novela y siempre a la hora de la verdad, estaban ahí para apoyarse todos.

Amé la lectura gracia a todos ellos y es que ya era una fan absoluta de esos once autores a los que iba leyendo y poniéndome al día con sus novelas. Eso sí, con Hugo tenía predilección, leer sus letras era escucharlo a él, en toda su esencia y es que en cada libro había una parte de él.

Y ahora estaba aquí, como si de una de sus historias se tratara, de esas que cuando todo está patas arriba, llega un momento que se arregla y se forman chispas en el aire. Ahora me estaba tocando vivirlo a mí de nuevo y en primera persona, junto a él, junto a ese hombre que, pese a todo, siempre ame...

Capítulo 36: Alicia



Íbamos andando por la arena de la playa dando una vuelta cuando...

—Una piedra en el camino me enseñó que mi destino... —cantó Hugo, cuando le metió sin querer una patada a una con el dedo gordo de su pie.

Me eché a reír de verlo cantar resoplando y agachado, aguantándose el dedo.

—Mira que toda la playa es de arena blanca y para una piedra que hay, vas y te la comes —no podía dejar de reír

—Desde luego, mira que reírte —se levantó me cogió y me tiró sobre la arena.

—No me dirás...

—No te lo diré —se movió encima de mí, entre mis piernas.

—Aquí no, por Dios —reí a carcajadas.

—Estamos solos...

—¿Y si aparece alguien?

—Pues —me echó el bikini hacia un lado y me penetro —que se una a la fiesta —me mordisqueo el labio.

—Te mato, te juro que te mato —me reí.

Y me llené las manos de arena de apretarla al sentir esa excitación tan grande a la que solo Hugo me sabía hacer llegar. Ni recuerdo tanta sensación a los principios de Pedro, ni comparación, Hugo era todo lo que amaba y deseaba...

Después de hacerlo nos metimos en el agua.

—Noto como me cae todo tu liquido —dije riendo.

—Te lo has buscado —me apretó contra él y metió sus dedos por mi vagina para limpiarme.

—No seas cochino.

—¿Cochino? —se rio mordisqueando mi labio.

—Me estás...

—Eso quiero —sonreí.

Y me volví a excitar mientras jugueteaba en aquellas aguas cristalinas con mi clítoris, me corrí dejándome caer sobre él.

—¿Nos vamos a pasar así toda la semana?

—Claro.

—Quiero ir sin bombo a mi boda.

—Va, no pasaría nada, hacemos el anuncio del barril de cerveza.

—¡Tonto! —Le di un puñetazo en su fuerte brazo.

Y ahí que nos quedamos un rato bañándonos y jugueteando hasta que nos fuimos a tomar algo a un chiringuito en el que sonaba la música y se veía que se estaba de lujo con aquella zona Chill-Out.

—Me quiero emborrachar —murmuré tomando el primer trago de cerveza.

—Nadie te lo impide.

—Tú no, ¿eh? Vayas a liarla como la otra vez y te cojo por el pescuezo y te ahogo —me reí.

—Yo la voy a coger peor que tú —se reía.

—Esta vez te pongo la mandíbula a dos metros de tu cara como me digas algo.

—Te diré cosas bonitas.

—¡Suelta! Que estoy escocida —me reí.

Y nada, me cogió y me sentó en su regazo

—A mi lado —me mordisqueó el labio.

—Esto no es a tu lado, esto es encima de ti.

—Así te quiero siempre.

—Si hombre, lo que me faltaba —me reí —, el aire tendrá que correr.

—Cuando yo vaya a trabajar.

—Ah no, a mí no me vas a tener todo el día así.

—Bueno, todo el día no, tengo que atender a mi hija —volvió a besarme.

Me encantaba que la llamara su hija, porque era verdad que lo sentía así, ya tenía claro que ella para él, era más importante que yo, pero como madre de Laia, eso me hacía completamente feliz.

Me volví a sentar en mi sitio y miré al mar, me encantaba hacerlo con él a mi lado, mientras acariciaba mi pierna y disfrutábamos de aquella cerveza bien fría.

1

Aún estaba en shock con su aparición, yo que tenía claro que ya no volvería con él, lo tenía clarísimo, pero fue verlo y mi corazón dar un vuelco y demostrarme lo que seguía sintiendo por él, que era mucho, lo amaba con todas mis fuerzas.

—Deja de pensar —me dijo besando mi mejilla.

—Bueno, ahora lo hago feliz... —sonreí.

Hugo levantó la mano y le pidió al camarero que nos trajera dos chupitos de tequila.

—Hay que celebrar eso de que pienses, pero feliz.

—Te has tomado en serio el que nos vayamos a emborrachar.

—Hoy vamos a celebrar que después de todo lo vivido, todos estamos bien. Laia grande, Laia pequeña y tú que..

—¡No me lo echés en cara! —grité riendo.

—Sabes que no —dijo cogiendo la sal y poniéndola en mi mano para tomar el chupito.

Chupamos la sal, tomamos el chupito y mordimos el limón como marca la tradición y nos reímos, sabíamos que ese día íbamos a terminar borrachos como cuba.

Y vaya si la cogimos, dos horas después estábamos en la cabaña tomando las copas y no en el chiringuito. La verdad es que, teniendo ese lugar espectacular para nosotros solos, no era necesario estar en ningún otro sitio.

Terminamos a lágrima tendida recordando lo bueno y lo malo, terminamos diciendo que jamás nos volveríamos a separar en la vida, entre medias le hicimos una videollamada a nuestra pequeña, que reía diciendo que tenía ganas de vernos.

—¿Ves cómo la felicidad es la misma para los dos? —preguntó tras colgar, refiriéndose a Laia.

—Claro, eso nunca lo dudé.

—¿Y sabes que nosotros somos el complemento para que ella nunca deje de sonreír?

—Lo sé Don Hugo —dije jugueteando con mi copa de ron con cola.

—¿Y sabes que quiero tener dos hijos más y que seamos una gran familia?

—No lo sabía —dije después de escupir el trago que me estaba tomando—. Joder, hijo, es que dices las cosas de una forma... —nos reímos.

—¿Y sabes que hoy lo vamos a hacer toda la noche, hasta el amanecer?

—¿En serio? —pregunté, haciéndome la sorprendida en plan irónica.

—Y tan en serio.

—¿Y tienes tanto aguante? —me mordisqueé el labio.

—No lo sabes bien, tengo unos deseos irrefrenables.

—Un minuto de silencio por mis partes bajas, hoy terminarían muertas —me reí.

—O tocando las palmas con los labios.

—¡Hugo! Eres más bruto que todas las cosas.

—Ya sabes que soy una mezcla de todo —me hizo un guiño.

—Y encima te amo...

Vaya si lo amaba, con todas mis fuerzas y con todo mi corazón...

1

Pasamos unos días inolvidables, lleno de abrazos, besos, miradas cómplices y fantaseando con un futuro que acababa de comenzar.

2

—¿Y tienes tanto aguante? —me mordisqueé el labio.

—No lo sabes bien, tengo unos deseos irrefrenables.

—Un minuto de silencio por mis partes bajas, hoy terminarían muertas —me reí.

—O tocando las palmas con los labios.

—¡Hugo! Eres más bruto que todas las cosas.

—Ya sabes que soy una mezcla de todo —me hizo un guiño.

—Y encima te amo...

Vaya si lo amaba, con todas mis fuerzas y con todo mi corazón...

Pasamos unos días inolvidables, lleno de abrazos, besos, miradas cómplices y fantaseando con un futuro que acababa de comenzar.

Capítulo 37: Alicia



Aterrizamos y un taxi nos llevó directamente a la casa, allí lo primero que hizo la pequeña Laia al vernos, es tirarse a los brazos de Hugo, mientras lo llamaba papá.

—Niña, por Dios, que es muy pronto para que te explique cómo viniste al mundo y lo que pasé para que salieras de este cuerpo —dije, protestando por no haberme elegido a mí.

—Mamá —dijo sonriendo, pero agarrada al cuello de él.

—No te tires a mis brazos, no, por Dios, tanto amor no —volteé los ojos y me acerqué a besarla.

—Dale un achuchón a mamá —le pidió Hugo, haciendo un gesto gracioso con la cara y la niña se tiró a mis brazos.

—Joder y encima le hace caso a la primera —la miré con cara de enfado y sonrió tocándome el pelo.

—No me digas ya que quieres más a papá que a mamá, que me desmayo —le bromeé.

—Sí —dijo riéndose y se la puse en los brazos del tirón a Hugo.

—Ahora sí que necesito una borrachera —me giré cuando estaba acercándose mi amiga con todos los niños y Andrew.

Me abracé a ella haciendo la que lloraba.

—¿Qué pasa? —preguntó riendo.

—La puñetera hija mía, que dice que lo quiere más a él que a mí, ni se cortó en callarse, ni lo intentó, vamos, lo dejó bien claro —nos reímos.

—A mí no me cabía duda —dijo la muy condenada.

—¡Hala! Anda prepárame un café o me lío con el alcohol directamente.

—¿Se te olvidó como se hacía?

—Vaya, mi hija me da un revés y mi amiga otro ¿Qué está pasando aquí? —me fui hacia la cafetera a prepararme uno mientras resoplaba.

—Cariño, yo te lo preparo —apareció Hugo por detrás, rodeándome por la cintura.

—Bueno, al menos uno que me compadece.

—Uno que te ama más que a nada en este mundo.

—Bueno, algo es algo —reí negando.

—Tu hija te ama...

—Sí, ya —revolví los ojos.

—No seas tonta —sonreía, mientras preparaba los cafés.

—Hugo, no le digas nada, es cabezona —dijo Laia, riendo.

—¿Tú estás preñada? —le pregunté por lo rara que la veía.

—Lo has acertado —se rio.

—No... —me puse la mano en la boca.

—Sí, sí, confirmadísimo.

—¡Felicidades! —dije apretando los dientes, incrédula.

—Joder, con el Andrew, ese no se come la tapa de los yogures, ese se come hasta el plástico del vaso —dijo Hugo, causándonos una carcajada.

—Madre mía —me puse la mano en la boca —¿Cómo fue?

—¿Tengo que explicártelo? —preguntó sonriendo.

—No, quita, quita, tonta pregunta que me salió, estoy que no reacciono.

—Estamos muy contentos.

—Tía, ya serán cuatro —me reí.

—Como las sevillanas, para que vea que llevo mi Andalucía en la sangre —nos echamos a reír.

—Si lo deseabais, muchas felicidades —la abracé y me la comí a besos.

—Por supuesto, queríamos cuatro, lo hablábamos, pero de esta ya se corta la cola para que no tengamos más.

—Sí, tía, por Dios, que os veo cogiendo carrerilla y teniendo un equipo de fútbol.

—¿Me lo vas a criar tú acaso? —preguntó riéndose y poniéndose las manos a cada lado de su cintura.

—Yo los cuido —dijo Hugo y le di un codazo bien dado.

—Pobrecito, hija.

—Que se joda por meterse donde no lo llaman —le saqué la lengua y noté una colleja por detrás.

—Hugo, como me des una más me giro y te doy una hostia que vas a mirar para ambos lados como si fueras un abanico.

—Relax, *preziosa* que fue en defensa propia.

—¿Y quién te dijo que tienes derecho a defenderte?

—Perdón, perdón —bromeo y me hizo un guiño.

—Vaya dos tortolitos y eso que no se querían ni ver.

—Por cierto, capulla, que sé que el viaje me lo regaló mi futuro marido ¿Dónde está entonces mi regalo?

—¿¿¿Os vais a casar???

—Dame mi regalo y te lo cuento —me encogí de hombros.

—Serás... —negaba riendo y fue a por él.

Miré a Hugo que aguantaba la risa y le hice una burla. Aproveché, me pegó a él, me dio un beso.

Apareció Laia con una caja y la puso en mis manos.

—¿Sin envolver? —protesté bromeando, la caja era preciosa.

—Abre, petarda que no veas lo que rajas —negó.

Abrí la caja y vi dos preciosas alianzas que cogí y leí. En una estaba grabado mi nombre y en otra el de Hugo, las dos con una fecha, el seis de julio.

—¿Y esto? —Los miré alucinando.

—Esto es mi regalo de cumpleaños, sabía que te iba a pedir matrimonio y sabía que le dirías que sí...

—¿Y la fecha?

—Sabía que me dirías que sí —murmuró Hugo, apretando los dientes y aguantando la risa —y la pedí en el juzgado, tú no te puedes casar por la iglesia porque ya lo hiciste una vez —se encogió de hombros.

—¿Habéis planeado mi boda a mi espalda?

—Un poquito —murmuró Laia, poniendo cara de susto.

—Sois unos cabrones con todas las letras —resoplé riendo.

—¿Estás feliz? —Me agarró Laia por la cintura.

—Más que nunca.

—Pues quédate con eso, el resto, lo hacemos nosotros.

—Por cierto... —dijo Hugo, carraspeando.

—Verás —murmuré volteando los ojos.

—Los niños ya los bautizamos a todos de golpe cuando nazca el bebé —señaló la barriguita de Laia, que aún no se notaba.

—Hostias, es verdad —reí—. Ya va siendo hora.

—Pues sí —rio Laia —, es hora de que pongamos orden.

Y sí, que ya con el que venía tendríamos entre todos cinco niños, bueno, yo una y mi amiga el resto ¡Que valor!

Pero bueno, yo sabía que ella tenía una vida feliz en este rincón de Escocia y que amaba el ser madre, le encantaban los niños y su vida se veía plena.

Pasamos tres días con ellos y luego nos despedimos, nos íbamos de regreso para comenzar de nuevo una vida en Cádiz, a tres meses de casarme y convencida de que ahora sería para siempre, esta vez tenía que serlo...

—Por cierto... —dijo Hugo, carraspeando.

—Verás —murmuré volteando los ojos.

—Los niños ya los bautizamos a todos de golpe cuando nazca el bebé —señaló la barriguita de Laia, que aún no se notaba.

—Hostias, es verdad —reí—. Ya va siendo hora.

—Pues sí —rio Laia —, es hora de que pongamos orden.

Y sí, que ya con el que venía tendríamos entre todos cinco niños, bueno, yo una y mi amiga el resto ¡Que valor!

Pero bueno, yo sabía que ella tenía una vida feliz en este rincón de Escocia y que amaba el ser madre, le encantaban los niños y su vida se veía plena.

Pasamos tres días con ellos y luego nos despedimos, nos íbamos de regreso para comenzar de nuevo una vida en Cádiz, a tres meses de casarme y convencida de que ahora sería para siempre, esta vez tenía que serlo...

Capítulo 38: Alicia



Fue entrar por la puerta de la casa y la pequeña corrió para su habitación, se acordaba perfectamente, a mí se me saltaron las lágrimas.

—Bienvenida a tu casa, mi vida —me abrazó por detrás.

—Qué fuerte, te juro que se me han venido miles de recuerdos de golpe.

—¿Buenos?

—Buenos sí, aunque se me vienen flashes de esos días y me remueven las entrañas.

—Yo lo pasé muy mal durante muchos días, después de lo que sucedió, soñaba cada noche, bueno eran pesadillas.

—Lo imagino.

—Estoy muy feliz de teneros de regreso —me dio un beso en el cuello.

—Y yo de estar aquí de nuevo...

Y ahí fue cuando me di cuenta de que nunca me debí de haber ido, pero que, si no lo hubiera hecho, ahora no estaríamos así de bien. Tuvimos que darnos ese espacio de tiempo para echarnos de menos y, sobre todo, para comprender que lo nuestro era de verdad.

El día era una maravilla, finales de abril y un sol que lucía de lo más resplandeciente, eso era el sur de España, donde podías disfrutar de más días buenos que malos.

Me salí a fumar un cigarrillo al jardín.

—Acabas de entrar y te has salido —murmuró Hugo desde la puerta.

—Lo necesitaba, demasiadas sensaciones juntas.

—Pero, ¿estás bien?

—Sí, tranquilo —lo miré sonriente.

—Bueno, voy a pedir algo de comer.

—Genial.

La verdad es que era lo mejor, habíamos aterrizado un domingo y hasta el día siguiente no podríamos ir a comprar.

—¿Pizza, chino, Hamburguesas?

—Todo, en ese orden —nos reímos—. Prefiero pizza y a la niña le encanta.

—Perfecto, marchando dos pizzas familiares.

—Vale.

Me quedé fumando el pitillo y mirando al cielo, parecía que me alumbraba dándome la bienvenida, así lo quería yo entender.

Volvía a entrar y me puse a colocar toda la ropa de la niña, luego la mía, en tres días nos llegaría lo demás que lo enviarnos desde Escocia con una empresa de paquetería.

Comimos en el jardín, la pequeña no dejaba de mirarme feliz y sonriente, al igual que a Hugo. Se le notaba que esto era lo que ella quería, a su familia unida y estar en esta casa con sus padres, así nos veía, porque a Hugo lo amaba como tal.

Esos primeros días fueron preciosos, tranquilos, llenos de amor, así es como estaba viviendo mi nueva etapa junto al hombre al que pronto daría el, sí quiero.

Él se incorporó al trabajo y una mañana me fui con la niña a probarme vestidos de novia, sí, además quería que las dos fuéramos iguales, así que tenía que conseguir en tiempo récord que el que yo eligiera, se lo hicieran a ella.

Y me enamoraré de uno que era de lo más sencillo: tirantes finos, el pecho cuadrado y ajustado hasta la cintura, e iba cayendo como una especie de tul desde el corte, una preciosidad.

Lo mejor de todo es que se lo hacían a la peque en una semana.

Escogimos una tira para la frente y al lado unas flores de lo más ibicencas, nos íbamos a dejar la melena suelta con blondas en las puntas y la raya en medio.

Dejé una señal y quedamos en dos semanas antes, hacernos la prueba definitiva.

Llamé a Laia, Ari, Janis y Jenny para decírselo, la verdad es que se pusieron locas de contenta, estuvimos hablando un buen rato mientras yo miraba a mi peque que se había montado en un avión de esos que le echas una moneda y te hace unos movimientos.

Pasamos por la comisaría para ir a casa y fuera estaba Hugo saliendo del trabajo, vivíamos tan cerca que él iba y venía andando, así que se montó en el coche y de seguida entramos en la casa.

Me quería sacar como era el vestido, pero ni de broma, lo bueno que la niña que le hacía caso en todo se lo describió, pero nada que ver con la realidad, ella decía que era de princesa y no era así.

Los siguientes días me dediqué a arreglar lo del próximo curso de la pequeña, le conseguí plaza en el que quería, así que ya me quedé tranquila de ese problema.

De la boda no me dejaron hacer más nada, si digo nada, es nada, porque todo iba a ser una sorpresa y yo encantada, demasiado estrés tenía con pensarlo.

Se iba acercando el momento del enlace, a Hugo le daban quince días por matrimonio y quince días más que le quedaban de vacaciones, así que se pilló un mes, se dejó los días de asuntos propios para cualquier cosa que luego nos hiciera falta.

La barriguita de Laia ya era notable, se habían venido unos días antes a su piso de Huelva y el día anterior a la boda ya los teníamos en casa.

Eso de la novia dormir aparte, no, ni de broma, ni mucho menos despedida de solteros, nosotros eso no lo queríamos.

La luna de miel iba a ser en Disneyland París, ya nosotros tres meses atrás la tuvimos por adelantado en Bora Bora y ahora queríamos disfrutar con la enana de ese parque durante unos días en los que estábamos seguros de que sí, todos nos lo íbamos a pasar genial.

Los nervios se apoderaron de mí esa noche, estaba que me iba a dar algo, Laia me preparó dos infusiones relajantes y yo no dejaba de fumar en el patio.

—Estás hecha un flan —me acarició mi amiga la espalda.

—Estoy de lo más emocionada, este momento para mí es muy bonito.

—Lo sé.

—Mi otra boda nada tuvo que ver, te juro que lo que siento por Hugo...

—No me lo tienes que explicar, lo sé de sobras.

—Es un hombre de los pies a la cabeza.

—Lo es, hemos tenido mucha suerte.

—Si de algo estoy segura es que mi hija es tan feliz con este enlace como yo.

—Eso no hace falta que lo digas —me abrazó.

Y no fue hasta las dos de la mañana que me acosté, no podía pegar ojo, esa noche me metí en la cama con Laia y no con el novio...

,

Los nervios se apoderaron de mí esa noche, estaba que me iba a dar algo, Laia me preparó dos infusiones relajantes y yo no dejaba de fumar en el patio.

—Estás hecha un flan —me acarició mi amiga la espalda.

—Estoy de lo más emocionada, este momento para mí es muy bonito.

—Lo sé.

—Mi otra boda nada tuvo que ver, te juro que lo que siento por Hugo...

—No me lo tienes que explicar, lo sé de sobras.

—Es un hombre de los pies a la cabeza.

—Lo es, hemos tenido mucha suerte.

—Si de algo estoy segura es que mi hija es tan feliz con este enlace como yo.

—Eso no hace falta que lo digas —me abrazó.

Y no fue hasta las dos de la mañana que me acosté, no podía pegar ojo, esa noche me metí en la cama con Laia y no con el novio...

Capítulo 39: Alicia



Y llegó el día de nuestra boda...

Yo me preparé en el dormitorio principal y él en otro. Vinieron las chicas del maquillaje y peluquería.

Me dejaron a mí y a la niña perfectas, me veía natural y muy guapa, ni que decir cómo lo estaba mi bichito.

Él se fue antes, lo llevaba Dylan que iba de chofer de él y de madrina, Laia, no podía ser otra.

A mí me llevaba Jenny. Me juró por su vida que iría atenta y no se comería ni un bordillo, ya que me habían contado mil y una anécdotas de sus episodios al volante.

De padrino llevaba a Andrew, no podía ser otro, además me hacía muy feliz.

—Estás preciosa —me dijo cuando me puso su codo para que me agarrara a su brazo.

—Gracias —sonreí emocionada, cogí a la pequeña de la mano y fuimos hasta el coche que nos llevaría al lugar donde se iba a hacer la ceremonia.

Me encantó descubrir que iba a ser en la playa, en una zona donde habían colocado una carpa de madera en lo alto de una ladera que daba al mar y tenía unas vistas impresionantes, lo habían preparado para ceremonias.

Me baje del coche emocionada viendo a Hugo en el altar mirándonos emocionado. No me dio tiempo a aguantar la pequeña, Laia salió corriendo hacia los brazos de Hugo, ante la risa de todos los invitados.

—Esa niña se está convirtiendo en mi trauma —me reí, agarrándome al brazo de Andrew.

En ese momento comenzó a sonar la canción de “La habitación” de “La Niña Pastori”

Lo primero que vi fue a todos los autores de la tribu, cada cual más guapo, no me podía creer que estuvieran ahí.

“Pero tú no me digas que no...”

Sonaba la canción a través de unos bafles y yo me emocioné llorando a lágrimas tendidas hasta que llegué a Hugo y me agarró de las manos —eso sí, Laia agarrada a su pierna con una sonrisilla.

—Estás preciosa —murmuró, mirándome emocionado.

—Estás guapísimo con ese traje que te queda que ni pintado —iba de crudo con una camisa blanca.

Miramos al que iba a officiar la ceremonia y comenzó a decir lo típico, al ser civil era corta.

Alicia ¿Quieres por esposo a Hugo?

—¡No! Hugo para mí —gritó mi pequeña, ocasionando una carcajada en todos.

—Lo que me faltaba... —murmuré riendo y apretando los dientes.

—Sí, quiero —dije negando ante la risa de todos los presentes.

Hugo ¿Quieres por esposa a Alicia?

—Todos los días de mi vida —murmuró mirándome, sonriendo y con los ojos humedecidos.

Nos declaró marido y mujer y nos dimos un beso entre los aplausos y vitoreo de los asistentes.

Hicimos el paseílo y nos tiraron pétalos de rosas, luego nos dieron unas copas de cava y brindamos mirando hacia todos.

De allí nos fuimos a la parroquia del padre Marcos, amigo de Hugo, allí nos esperaban para bautizar a los cinco niños, así matábamos todos los pájaros de un tiro.

El padre Marcos al recibirnos a los cuatro con nuestros hijos en el altar, dijo algo ante todos, allí estaban también nuestros invitados.

Se dirigió a Hugo y a mí...

Yo os bendigo ante los ojos de Dios, porque ese Dios también es moderno y sabe que, aunque ella ya está casada

por la iglesia, el amor puede llegar de segundas, así que en su nombre y en el mío, os declaro marido y mujer ante los ojos de Dios.

¡ Le dimos las gracias muy emocionados y nos besamos, fue un acto muy valiente y bonito por su parte, aunque solo fuera de manera simbólica, ya que la iglesia no lo aceptaría.

De mi hija fue la madrina Janis, de Laia, yo, como no podía ser de otra manera. De los pequeños Hugo y Dylan, pues como no podía ser de manera diferente, Hugo y Dylan grandes. Y en ese momento Laia le comunicó a Ari que de la niña que estaba esperando, ella sería la madrina y le pondría su nombre.

Fue un momento de lo más bonito y emocionante, terminamos todos llorando y emocionados.

Le dijimos al padre Marcos que si le apetecía se podía venir a la celebración y no se lo pensó ni un segundo, dijo que se cambiaba de ropa y nos seguía.

El lugar que habían elegido era una finca con piscina, cabañas para dormir, un salón exterior gigante en forma de porche y mirando a la piscina donde estaban las mesas preparadas. Además, había unas barras de madera y una zona como de bodega, era una pasada y allí dormiríamos esa noche todos.

Nos recibieron con bandejas de jamón, vasitos de salmorejo con jamón, croquetas, queso, panecillos con queso y cebolla caramelizada, además de un montón de entrantes más, acompañados por la bebida que quisieras.

Luego nos sentamos a comer, de primero una degustación de marisco, de segundo una langosta para cada uno y luego los postres. Por la noche habría carnes a la brasa y demás.

Era emocionante todo, al cortar la tarta todos los chicos comenzaron a cantar la canción de la “Boda de mi mejor amigo” la de “I Say A Little Prayer” fue uno de los momentos más divertidos y bonitos que había vivido, se me puso la piel de gallina.

Disfrutamos todo lo que pasó en esa boda, en la que reímos y lloramos, bebimos a más no poder, al igual que comer. Nos dio el amanecer disfrutando de la mejor boda del mundo, la mía y la de Hugo, el hombre de mi vida..

por la iglesia, el amor puede llegar de segundas, así que en su nombre y en el mío, os declaro marido y mujer ante los ojos de Dios.

Le dimos las gracias muy emocionados y nos besamos, fue un acto muy valiente y bonito por su parte, aunque solo fuera de manera simbólica, ya que la iglesia no lo aceptaría.

De mi hija fue la madrina Janis, de Laia, yo, como no podía ser de otra manera. De los pequeños Hugo y Dylan, pues como no podía ser de manera diferente, Hugo y Dylan grandes. Y en ese momento Laia le comunicó a Ari que de la niña que estaba esperando, ella sería la madrina y le pondría su nombre.

Fue un momento de lo más bonito y emocionante, terminamos todos llorando y emocionados.

Le dijimos al padre Marcos que si le apetecía se podía venir a la celebración y no se lo pensó ni un segundo, dijo que se cambiaba de ropa y nos seguía.

El lugar que habían elegido era una finca con piscina, cabañas para dormir, un salón exterior gigante en forma de porche y mirando a la piscina donde estaban las mesas preparadas. Además, había unas barras de madera y una zona como de bodega, era una pasada y allí dormiríamos esa noche todos.

Nos recibieron con bandejas de jamón, vasitos de salmorejo con jamón, croquetas, queso, panecillos con queso y cebolla caramelizada, además de un montón de entrantes más, acompañados por la bebida que quisieras.

Luego nos sentamos a comer, de primero una degustación de marisco, de segundo una langosta para cada uno y luego los postres. Por la noche habría carnes a la brasa y demás.

Era emocionante todo, al cortar la tarta todos los chicos comenzaron a cantar la canción de la “Boda de mi mejor amigo” la de “I Say A Little Prayer” fue uno de los momentos más divertidos y bonitos que había vivido, se me puso la piel de gallina.

Disfrutamos todo lo que pasó en esa boda, en la que reímos y lloramos, bebimos a más no poder, al igual que comer. Nos dio el amanecer disfrutando de la mejor boda del mundo, la mía y la de Hugo, el hombre de mi vida...

Epílogo: Hugo



Diez años habían pasado desde que me casé con Alicia, esa mujer que me regaló lo más valioso de mi vida, a mi Laia, además de a mi Jenny, esa niña que vino dos años después de la boda y que ahora tenía ocho años, se llevaba siete con su hermana.

Andrew y Laia, tuvieron después de nuestra boda a Ariadna, pero no terminaron ahí, luego nació Aitor, así que su familia fue a lo grande, como sus corazones.

Cada verano nos íbamos una semana con ellos a Escocia y luego se venían ellos otra a Cádiz.

Mi pequeña Laia y el hijo de estos, Hugo, comenzaron una relación un año atrás y estaban enganchados al teléfono, así que cuando les dieron las vacaciones del instituto y fuimos a verlos, nuestra niña se quedó allí y volvería con ellos cuando vinieran al mes siguiente y aquí se quedaría Hugo, hasta final del verano.

Sabíamos que era una historia de adolescentes, pero se adoraban.

Nosotros, soñábamos que ojalá fuera duradero, los apoyaríamos sin dudas, que mejor pareja que una sacada de dos familias que se adoraban y se querían como si fueran de sangre.

Las chicas seguían con su empresa online, era toda una firma de lo más reconocida, tenían más de cuarenta trabajadores.

Todo lo gestionaban desde casa, había un almacén desde donde salían los pedidos y personas que controlaban que todo marchara bien, ellas elegían todas las novedades y se preocupaban de que no faltaran prendas o complementos que crearan tendencia.

Yo seguía en mi puesto de inspector y con el tema de los libros, no podía dejar de escribir y menos de estar con mis chicas de la tribu, esas que seguían año tras año ahí, apoyándonos, era mi otra familia.

Andrew estaba de comisario en Inverness y feliz con su vida, era un hombre ejemplar y cada vez me daba más cuenta de que era el hombre más leal del mundo, junto a Dylan, ese que siempre sería mi *bro*.

Ese *bro* seguía escribiendo con Janis, seguían con ese tándem perfecto cosechando éxitos, como todos los demás.

Y sí, así lucía mi vida diez años después de ese enlace, siendo el hombre más feliz sobre la faz de la tierra y decidido a pasar hasta el último día de mi vida junto a Alicia, la que sin duda fue, es y será, la mujer de mi vida.

a

l

e

Ese *bro* seguía escribiendo con Janis, seguían con ese tándem perfecto cosechando éxitos, como todos los demás.

Y sí, así lucía mi vida diez años después de ese enlace, siendo el hombre más feliz sobre la faz de la tierra y decidido a pasar hasta el último día de mi vida junto a Alicia, la que sin duda fue, es y será, la mujer de mi vida.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora